

# *El último verdugo de Sevilla*

José Andrés Muriel Cabello  
Máster de Escritura Creativa  
Trabajo Fin de Máster 2020-2021



**Vº Bº Tutor.**

**Profesor D. Juan Carlos Gil González**





## **ÍNDICE**

<b>EL ÚLTIMO VERDUGO DE SEVILLA.....</b>	<b>4</b>
<b>MEMORIA JUSTIFICATIVA.....</b>	<b>85</b>
<b>0. Unas notas iniciales.....</b>	<b>85</b>
<b>I. Punto de partida. Objeto y fundamentos.....</b>	<b>86</b>
<b>II. Estructura de la composición.....</b>	<b>90</b>
<b>III. Técnicas y estilos ensayados.....</b>	<b>95</b>
<b>IV. Dificultades y soluciones.....</b>	<b>107</b>
<b>V. Resultados.....</b>	<b>109</b>
<b>VI. Bibliografía citada.....</b>	<b>110</b>

## **EL ÚLTIMO VERDUGO DE SEVILLA**

### **JORNADA 1.**

Va a ser verdad que el periodista es como un cazador de aguardo. Vaya si es verdad, joder. En el momento más insospechado salta la liebre y encañonas la escopeta, pero para que eso ocurra hay que estar preparado detrás del puesto, pasando horas a la intemperie y dejándote confundir con la maleza. ¡Y zas! Un director de mi periódico le dijo en una ocasión a un compañero de la redacción que parecía un perro lebel y la verdad es que a mí me cogió aquello falto de reflejos porque no entendí lo más mínimo, pero fíjate que hoy he acabado de entenderlo. Enderezando el rabo y oliendo el suelo como un Pointer inglés he salido esta mañana de la Audiencia provincial de Sevilla. Te cuento, en esta manía que ya he instaurado de contarte las cosas como si hubiera alguien al otro lado, como si me confesara en solitario, como las cartas a uno mismo del gran Gómez de la Serna. Digo yo que algún día alguien leerá estas líneas. Y si no las lee nadie pues qué más da. Cae en la misma fosa común que los artículos que mando todos los días a la rotativa o al espacio infinito de internet. El polvillo cósmico del que no va a quedar ni el más mínimo rastro, pero al menos se lleva uno el gustillo de este onanismo de escribir sin que nadie te corrija un titular, ni te meta prisa, ni te bloquee la página. La libertad, ay, la libertad.

En fin, que me despisto. Esta mañana le he hecho una interviú -qué sesentero suena eso de la interviú, pero me gusta- al presidente de la Audiencia provincial de Sevilla. Hemos hablado de temas que ya ves lo que interesan en la barra de bar, que es el verdadero termómetro de las noticias: la saturación de los juzgados de lo social y lo mercantil, la posibilidad de construir de una vez por todas la ciudad de la Justicia, la pendencia judicial... ¡la pencial judicial! Fíjate si hacemos una mini encuesta de estas que caen en los periódicos ahora como si fueran una manga de tejerinos, quién sabe lo que es la pendencia judicial... El caso es que estaba ya en los tanteos finales con el presidente de los togados, hablando de las cosas intrascendentes que se hablan cuando tampoco se

quiere decir nada, y me iba para casa con el ladrillo de entrevista, café para los muy cafeteros, poco interés pero dos páginas de nevera para el fin de semana; en ese momento, se me acercó el fotógrafo: “tengo unas fotos de unos artilugios de tortura que hay en el sótano. Vale para un reportaje”. Tortura, sótano, artilugio... García Márquez dice que el periodista siente una suerte de orgasmo cuando consigue la “scoop”. A mí la verdad es que siempre me ha parecido una exageración. Al pan, pan, y al vino, vino. Pero no voy a negar que algo de excitación, de subida de la temperatura, de entrada en ignición siente uno cuando escucha así, botando, una frase como esa. Porque el fotógrafo lo soltó así, sin más, como el que añade a un traje un ribete sin importancia.

Allí estábamos los tres -el señor presidente de la Audiencia, el fotógrafo y el que escribe esto para nadie ¡en el agua, como el epitafio de Keats!-, y entonces fue cuando comenzó de verdad la “entrevista”. Encendí otra vez la grabadora, mandé sentarse al señor de las puñetas y por supuesto le dije al fotógrafo que estas cosas, hombre, se avisan. Pues sí, estaba en lo cierto el foterero. En los sótanos de la Audiencia hay un garrote vil. Qué yuyu. Allí me dijo el presidente de la Audiencia que lo depositó el último verdugo que hubo en Sevilla y que ejecutó al último reo que murió en España de estas pacíficas maneras en 1974, poco antes de que la palmara el César visionario que tuvimos durante 40 años. Y que allí arriba se lo perdonen.

¡Qué demonios hace un garrote vil en la Audiencia! Al señor presidente empezó a incomodarle tanta pregunta y tanto interés, pero parece que este verdugo -que allí arriba se lo perdonen también- se llamaba José Monero y en la sede de justicia cobraba su soldada. Oficialmente, para la familia y las vecindonas del barrio, era vendedor de libros -o eso dicen- pero la realidad es que se dedicaba a apretar la manivela y despenar al personal que señalaban los tribunales ordinarios. Para ser exactos, José Monero, según nuestro señor de las puñetas, sólo despenó a una persona. Vivía y ponía la mano ajeno a su puesto de administrador de matarile hasta que un día se personaron en su casa unos cuantos agentes de la ley con el encargo de que hiciera el petate, se subiera en el coche, y se fuera a apiolar a un reo que estaba en la cárcel de Tarragona. Un tal Heinz Ches (o Chez, que no sé distinguir ahora si el de la Audiencia le puso la s o la z al final). El nombre

real era Georg Michael Welzel, ciudadano alemán pero que se hacía pasar por polaco y que llegó huyendo a España después de pasarse media vida en prisión. Allí, en Tarragona, se desahogó según parece metiéndole un par de tiros a un Guardia Civil con una escopeta de caza.

¡No me digas que esta historia no tiene más salsa que la pendencia judicial y la saturación de los juzgados de lo social y lo mercantil con los que me estaba ametrallando el señor de los juzgados!. Pero aquí no acaba el asunto, el último verdugo de Sevilla, según nos dicen, no estaba por la labor de irse a Tarragona, ni de coger los trastos de matar. Lo suyo no era vocación sino necesidad. Asumió el puesto pensando que no llegaría la hora. Y llegó, como llegan las cosas que no tienen mucho sentido.

Lo que ocurrió en Tarragona debió quedarse en Tarragona porque nuestro entrevistado dice que hay un total ocultismo. Lo que sí parece es que nuestro verdugo, poco ducho en el oficio, volvió a Sevilla con el garrote vil. Y en él -según me enseña el fotógrafo- hay un saco liado con una cuerda a modo de cuña o almohadilla que debió utilizar para encajar el cuello del reo porque no había forma de que se fuera al otro mundo. ¿Una masacre, una chapuza?. El verdugo dejó los artilugios en el sótano de la Audiencia a la vuelta de Tarragona y le dijo a sus superiores que se pasaría por allí otro día a recogerlos. Hasta hoy. Han pasado 36 años. Y allí sigue el garrote en el sitio donde lo dejó el matarife. No hay muchos voluntarios para bajar a los sótanos a última hora de la tarde...

No me dirás que este enredo no parece el guion de una película de Azcona y Berlanga con un toque de Alfred Hitchcock apareciendo de repente en las primeras escenas. Toda esta historia latía en el subsuelo de la Audiencia mientras hablábamos de la pendencia judicial y de toda esa quincalla administrativa que a los escasos lectores de periódicos no le interesa lo más mínimo... Vaya contradiós. Así nos va a la canalla periodística, siempre mirándonos el ombligo y a contramano del interés de la gente. A la barra, a la barra de bar es donde tenemos que llegar. En la barra del bar es donde se deben vender los periódicos y no en los quioscos, aunque la verdad es que ya no se venden ni en la sección

de oportunidades. “Caput” estamos. El último que leyó, apagó la luz. Pero ¿quién demonios será el último verdugo?

## **JORNADA 2.**

A buena hora me topé yo con la historia del verdugo de Sevilla, y a buena hora me enseñó el fotógrafo el garrote vil de los sótanos de la Audiencia. ¿No te ha ocurrido a ti? Quiero decir, ¿no te ha ocurrido que hay alguna gente que va pidiendo literatura, que lleva puesta la percha literaria? No paro de darle vueltas a este asunto. Agradable no es esta historia del verdugo, te soy sincero, pero voy más allá de la sangre, de lo truculento, de todos esos despojos de la historia que sirven para colgarlos en la espetera del morbo. ¿Qué le lleva a una persona a trabajar en este desempeño manual y oficinesco de la muerte? ¿Qué siente un verdugo a la hora de la verdad, en el instante trágico en el que tiene que apretar con todas sus fuerzas una manivela para romperle las vértebras a una persona que no conoce y separarle la cabeza del tronco? ¿Hay arrepentimiento, hay duda? ¿duermen los verdugos? ¿son también reos los verdugos? ¿sufren? ¿hay compasión?, ¿hay arrepentimiento?, ¿hay sentimiento de culpa? ¿hay...?

Menos mal que ya han muerto todos los verdugos que había en España -la pena de muerte se abolió, a Dios gracias, con la Constitución de 1978- porque a quien de verdad me gustaría ahora entrevistar es a un verdugo para que me respondiera a todas estas preguntas, al verdugo mayor que existiera en la península. Me ha picado, la verdad es que me ha picado, ese garrote del sótano de la Audiencia porque encierra una historia que late por sí misma, de la que poco o nada se conoce. Se lo he contado a mi pareja. Blanca está preparando oposiciones y de retirada en el periodismo. Ella no ve tanto magma filosófico. Dice -y quizá tenga razón...- que siempre ha habido gente marginal en la sociedad, sin moral, capaz de hacer lo más sórdido sin que se le mueva una pestaña. Ella ve buenos y malos, blanco y negro, el reo y el verdugo, como en el teatro de tesis de la Comedia Nueva: o con el Rey o contra el Rey. Y yo veo grises, qué quieres que te diga. El último

verdugo de Sevilla no quería ser verdugo y tuvo que matar a un asesino sin querer matar a un asesino. Lo mató a rastras, a palos, como un caballo que cruza una acequia tirado del ronzal.

¿Quién sería de verdad este José Monero? La historia me obsesiona porque no veo fotos en internet, no hay más que pequeñas pinceladas de una vida enigmática y apenas esbozada. No lo sabe nadie, te lo cuento a ti porque ya te has convertido en mi único confidente. Mi confidente enigmático -o enigmática- como el último verdugo de Sevilla. Ya he hecho las primeras pesquisas, aunque poco he pescado en esta primera tirada de red. He vuelto a quedar con el presidente de la Audiencia con la excusa de que me interesaba mucho matizar una cuestión sobre la situación de los juzgados -¡ya ves!- y he contraatacado con el asunto del verdugo. Él no conoció personalmente a José Monero. El verdugo apareció la última vez por la Audiencia de Sevilla aquel día de marzo de 1974 en el que, tras acabar la faena, dejó allí los trebejos con los que mató a Heinz Ches. Ches, con ese, según me ha aclarado. A partir de ese día se le pierde la pista. O eso le han contado al señor de las puñetas. La ejecución de Heinz Ches fue su única y última faena, ya que con la abolición de la pena de muerte el verdugo de Sevilla se quedó sin trabajo y en la calle. Murió algunos años después, en noviembre de 1985, sin que se sepa mucho más de lo que fue su existencia dicen que en el barrio de las Candelarias, una zona vecinal del entonces extrarradio sevillano en el que ya campeaba el caballo y la delincuencia. Allí lo sitúan algunas escuetas informaciones. Enjugó su penuria con un pellizco de indemnización al pleitear por su despido. Antes, en su otra vida, antes de entrar en el cuerpo de verdugos en el año 72, con Franco dando las últimas boqueadas, parece que trabajó como vendedor de libros, una profesión con la que blanqueó su oficio homicida. Fue remachador y sereno, una profesión habitual en la España heredada de la posguerra, de calles de arena y casas sin taza del wáter, en la que había que salir al patio a cagar con las gallinas.

Todo lo que rodea a José Monero Renomo o José Monero Monero, es un enigma. Le he preguntado también a un antiguo miembro del Consejo General del Poder Judicial, con muchos quinquenios como secretario en la Audiencia, y efectivamente hay más historia

de boca a boca que negro sobre blanco. Él no lo conoció. Un misterio. El último verdugo de Sevilla acudía periódicamente a recoger su sobre a las instalaciones judiciales por un trabajo que no hacía, hasta que llegó el momento de enfundarse el traje de faena y entonces es cuando se produce el fundido en negro. Nadie sabe lo que ocurrió esa mañana del dos de marzo de 1974, salvo que Heinz Ches murió a garrote, a garrote vil, igual -y con quince minutos de diferencia- que el anarquista Salvador Puig Antich, al que ajustició otro de los últimos verdugos que tuvo esa España de pinturas negras del Goya de la Quinta del Sordo.

¿Qué pasó? ¿Quién era realmente José, el verdugo? Me despiertan por la noche estas preguntas como si fueran pájaros negros que vienen a picarme en la cabeza. El periodismo está sembrado de verbos que no me interesan lo más mínimo: “criticó”, “censuró”, “contestó”, “replicó”. ¿A quién le importa lo que le contesta un partido a otro?, ¿qué más da lo que critique ese poncio provinciano que no conoce nada más que el color de la moqueta? Son causas fugaces, que se disuelven a la vez que se pronuncian. La historia está en nuestro verdugo, en la noche que debieron presentarse los agentes de la autoridad en la casa de José Monero y éste tuvo que meter en el maletín de verdugo su destino, que era ese garrote, y enfilarse camino de Tarragona para romperle el cuello a un tipo del que nunca, jamás, había escuchado su nombre: Heinz Ches. ¿Quién era Heinz Ches?

### **JORNADA 3.**

Hoy me he tenido que poner un botón más en el cinturón. Estoy haciendo una dieta de verdugo porque desayuno, almuerzo y ceno con José Monero, el último verdugo de Sevilla. Esto, que lo sepas, no lo digo yo, lo dice mi pareja, Blanca, que está tan harta de mí como el presidente de la Audiencia, quien ha optado por dejar el teléfono que suene hasta que se consuma la última llamada. La historia te vive o no la vives y Blanca, mi “partenaire” bélico-afectivo -así la llamo yo cuando toca el cornetín de guerra-, ya ve las

grandes historias con gafas de opositora de administración general: un trabajo de verdugo, pero sin tener que coger los trastos de matar. Que no me oiga.

He estado buceando en los últimos días y resulta que Heinz Ches, el reo que mató José Monero, fue realmente un acólito, es decir, la pareja que debía acompañar al anarquista Salvador Puig Antich, que era el verdadero objetivo. Un criminal común junto a un criminal político para que el régimen franquista pudiera ofrecer la imagen de que nadie se escapaba a un imperio de la ley que en 1974 estaba ya con aviso de derribo.

Te cuento. La espoleta de todo es el asesinato del almirante Luis Carrero Blanco, “El cejas”, al que la Banda Terrorista ETA le puso un 20 de diciembre de 1973 los kilos de goma 2 suficientes para que su coche volara como los cohetes que salen de Cabo Cañaveral hasta la azotea de un edificio. Un rato le llevó al personal encontrar el Dodge 3.700 de fabricación española. Esa fue la “Operación Ogro”. Se produjo en un momento en el que muchos españoles -ingenuamente- veían a ETA como una organización libertadora del régimen. A Franco, ya con la voz temblorosa por el Parkinson y problemas prostáticos que le provocaban pérdidas inesperadas, no le falló sin embargo el pulso. Montó la vendetta porque el almirante estaba llamado a ser uno de los delfines del nuevo régimen que pergeñaba el caudillo. Y en ese momento es cuando aparecen en escena el anarquista Salvador Puig Antich y el alemán, que se hace -o hacen- pasar por polaco: Heinz Ches.

Tengo delante una página de La Vanguardia en la que cuenta los aciagos sucesos. Es un mar gris de letras, sin foto, labor heredada de los antiguos linotipistas. Año 74. Un tiempo en el que no había nacido internet y el periodismo -también gris- trataba de zigzaguear para no toparse con Franco y con un tal Carlos Arias Navarro que ya andaba por allí luciendo el bigotito fino-fino, como una cuerda de hormigas, que se puso de moda en los cuarenta. Una imagen efectivamente vale más que todas las palabras grises: otro titular grande, destacado, llamativo: “Hasta los últimos momentos Puig Antich conservó la

esperanza de conmutación de la pena”. Por abajo, escondido, dispuesto para no molestar: “Tarragona: el polaco Heinz Chez, asistido por dos sacerdotes”.

“Salvador Puig Antich fue ejecutado ayer por el sistema de garrote vil en la prisión provincial de Barcelona. La hora de ejecución fue las diez menos veinte minutos de la mañana, es decir, a las doce horas de serle comunicada la sentencia. No pudieron asistir a la ejecución ni sus tres hermanas, ni su abogado, ni un sacerdote salesiano amigo de la familia, todos ellos en la cárcel hasta los últimos momentos. El cadáver de Puig Antich fue trasladado inmediatamente de la cárcel al depósito del cementerio Sudoeste (Montjuich)”.

“A las cuatro de la mañana, aproximadamente, se produjo un momento de alarma pues se creía que, debido a lo adelantados que estaban los trabajos preparatorios de la ejecución, ésta se iba a anticipar. A las seis le fue ofrecido a Puig Antich la asistencia religiosa a través del sacerdote de la cárcel. Puig Antich rechazó sus servicios solicitando, en todo caso, la presencia de un religioso salesiano de Mataró que había sido maestro suyo”. “Posteriormente se hizo abandonar la cárcel a las tres hermanas de Puig Antich y a las 9 horas veinte minutos fueron invitados a marcharse los dos abogados. Se les dijo que ninguna ley preveía la presencia de abogados en las ejecuciones y que tampoco estaba contemplada esa posibilidad en el reglamento de prisiones”.

La conmutación de la pena no llegó. Siempre había una última esperanza. El sonido de una moto que llegara con el indulto o la conmutación de la pena por parte del Consejo de Ministros. Ocurrió con la ejecución de la deslumbrante envenenadora de Valencia. En aquella ocasión se confundió el ruido del tubo de escape de la moto redentora con el bajante de una tubería. Esta vez no. “Únicamente cuando le pusieron las esposas -los dos últimos minutos- para conducirlo al lugar de ejecución perdió la confianza de la que había hecho gala durante las doce horas de capilla. La ejecución de Salvador Puig Antich, mediante garrote vil, fue presenciada por el juez instructor, un capellán de la prisión, un médico militar y dos testigos, probablemente dos funcionarios. El sacerdote salesiano,

amigo de la familia, que permaneció en el interior de la cárcel, sólo pudo estar con Puig Antich hasta los dos minutos de que fuese ejecutado. Dicho sacerdote fue el que le dio la noticia de la ejecución a un grupo de personas que se hallaba en la calle”.

Puig Antich, anarquista, antifascista, formaba parte del Movimiento Ibérico de Liberación. Era el verdadero objetivo, pero necesitaba algún acompañante en el patíbulo. Lo condenaron a muerte a través de un Consejo de Guerra por el homicidio del subinspector del Cuerpo General de Policía en Barcelona, Francisco Anguas Barragán: 24 años. Fíjate en las casualidades: a Puig Antich lo debió ejecutar el verdugo titular de la Audiencia de Barcelona, el mismo que debió ejecutar también a Heinz Ches, el reo del verdugo de Sevilla que me está quitando el sueño y el hambre. El azar es el que decide en la mayoría de los casos, el azar. De no haberse producido este cambio en los planes, José Monero Renomo hubiera cumplido su sueño: jubilarse de matarife de la Audiencia sin tener que empuñar el arma homicida. Pero no fue así. Vicente López Copete fue expulsado del cuerpo de verdugos poco antes de la condena a garrote de Puig Antich y Heinz Ches. Le acusaron de estupro, que no es otra cosa que tener relaciones con una menor de edad valiéndose del engaño o la superioridad, un pecado que no admitía perdón en la España franquista. Ante la caída del verdugo titular, otro pacense (Antonio López Sierra) recibió el telegrama para ejecutar a Puig Antich; y José Monero, el último verdugo de Sevilla, tuvo que coger el maletín con los aparatos -el maletín que no para de sonar a metálico en la película de Berlanga como el repiqueteo de la propia conciencia- para romperle el cuello a Heinz Ches. Eran los tres últimos verdugos de España.

De López Sierra sí hay fotos, vídeos, incluso Basilio Martín Patino recogió su testimonio en *Queridísimos verdugos*, un documental grabado en la clandestinidad y con medios precarios que de no ser verdad lo narrado -y tan verdad- podría ser el guion de una película de neorrealismo italiano de Vittorio de Sica o Visconti. Ya te digo. El verdugo apartado del cuerpo y el que lo sustituyó para agarrotar a Puig Antich se conocían bien. Habían sido compañeros de correrías y engaños por los pueblos de la Extremadura del hambre y del tercer mundo. Malcomían con lo que daba de sí el estraperlo y los timos en las ferias. Antonio López Sierra puso en el camino a Vicente López Copete. Para ser exactos los

puso en el camino un policía de la secreta que le preguntó al ejecutor de Puig Antich si tenía valor para ser verdugo: “Me da lo mismo mientras me dé de comer”.

Parece que el día de la ejecución de Puig Antich, Antonio López Sierra volvió a pasarse con el alpiste. El alcohol servía para ayudar a pasar mejor el trago. Y eso pudo ser una de las causas de que la agonía del joven anarquista se prolongara más de la cuenta. Un hijo del verdugo de Puig Antich habló muchos años después para el periódico *El País*. Recordaba de niño que su padre se iba de casa tras recibir un telegrama. Cualquiera día, a cualquier hora. Y al día siguiente volvía desprendiendo aún un fuerte olor a coñac.

¿Qué pasó aquel día en el que José Monero recibió el telegrama para poner rumbo a Tarragona y ajusticiar a Heinz Ches? ¿bebió también como el verdugo de Puig Antich para doblarse la voluntad?, ¿cómo fue ese recorrido hasta Cataluña arrastrando su propia cruz para llevarla al Gólgota? ¿quién era el reo?, ¿quién era el verdugo? ¿quién era realmente el Heinz Ches que aparece en los periódicos de la época como un simple acompañante, una coartada del anarquista de Puig Antich? Esta encrucijada de preguntas sin respuesta se me agolpan sin descanso mientras he puesto el piloto automático para cumplir de la mejor forma posible en el periódico. Esto sí merece el tiempo, una investigación, aquí hay una historia. ¿Quién sería realmente el último verdugo que tuvo Sevilla y que mandó al cielo o al infierno al último reo a muerte que tuvo España?

#### **JORNADA 4.**

Pues Heinz Ches, Georg Michael Welzel, la víctima del último verdugo de Sevilla, también tenía su historia pese a que el régimen franquista le conviniera más su anonimato. Era mejor un extra que pasara desapercibido para acompañar a Salvador Puig Antich. Un apátrida, un reo sin familia y sin rastro que entró a España a las bravas, salió en un ataúd de pino de la cárcel de Tarragona en la furgoneta de una frutería y acabó en la fosa común

de un cementerio catalán, sin lápida. Heinz Ches quería escapar, igual que José Monero quería escapar de la pobreza de la España del hambre. Heinz Ches quería dejar atrás el régimen comunista de la Alemania del Este, una república llamada democrática pero escasamente democrática y envuelta en un ambiente de delaciones y de miseria, en la que las formas poco amigables de la Stasi imponían la ley y el orden: el silencio. Puig Antich y Heinz Ches vivían los dos bajo el yugo de un régimen autoritario: uno fascista y otro comunista, pero parecidos en el fondo y en las formas. Un régimen sin libertad que fue de algún modo el detonante para que los dos acabaran la mañana de un 2 de marzo de 1974 en el asiento del garrote vil.

Heinz Ches quería escapar. Intentó fugarse en tres ocasiones: 1964, 1967 y 1970. No pudo. Pasó entre rejas buena parte de su juventud. Escapar de la RDA era un crimen para el Estado comunista. Pero insistió. Cruzó el Telón de Acero en otra intentona en mayo de 1972. Y en España se fue encaminando paso a paso hacia el patíbulo. Buscando la libertad en el sur encontró la muerte más vil. Entró en España por la frontera de Portbou con un pasaporte falsificado burdamente a nombre de Klaus Hermann Rudolf Sackman. Una semana después asesinó a un agente de la Guardia Civil en el bar de un camping de Hospitalet del Infante. Ches llegó a las puertas del local con una escopeta robada unos días antes en el chalet de un viticultor alemán. A nadie le extrañó que llevara un arma con doble cañón porque el mes de diciembre era mes de caza. La aparición en la escena de un Guardia Civil descuadró la situación. No está claro si Ches se puso nervioso, hubo un forcejeo o simplemente optó por disparar a quemarropa. Lo cierto es que llenó de plomo el cuerpo de Antonio Torralbo. No tardó en apresarlo la Guardia Civil. Meses antes del Consejo de Guerra Militar que lo llevó al patíbulo, la Interpol informó a la Policía española de la identidad real de Ches. El reo tenía nombre y se llamaba Georg Michael Welzel. Había nacido en 1944 en Cottbus, a 30 kilómetros de la frontera con Polonia. Tenía hermanos, una mujer con la que no se casó, tres hijos y una madre a la que no dejó de escribir desde que inició su huida del régimen del terror que había impuesto la Stasi en la Alemania del Este. Cuando se cortó la comunicación vía carta fue cuando su familia sospechó que algo podía haber ocurrido. Pero nunca creyeron que algo tan grave.

Al régimen franquista, sin embargo, le interesó que Ches siguiera siendo polaco y que no tuviera familia, ni a nadie a quien escribir ni de quien recibir cartas. Lo de Polonia venía fenomenal porque Franco, nuestro César visionario, no tenía relaciones diplomáticas con Varsovia y así se podía ahorrar tener que dar ningún tipo de explicaciones. Ches confesó el crimen. Oficialmente lo confesó. Lo que no constan son los métodos para que así fuera. Tuvo tres defensores: un militar que no era ni abogado, otro civil que lo reclutaron en la barra de un bar, y finalmente otro militar, de oficio, que como argumento de defensa citó en su escrito varias frases de Raskolnikov de *Crimen y Castigo*. Esta parte es intrigante. Las últimas horas las pasó Ches junto al sacerdote católico Juan de la Cruz Badell. Justo hasta el momento de la verdad estuvo con total entereza, como si aquello no fuera con él. Algo parecido le pasó a Puig Antich. Tanto es así que Heinz Ches pasó buena parte de la noche jugando al parchís. Sí, al parchís... La escueta información de La Vanguardia recoge: “A las nueve y media de la mañana de ayer fue ejecutado en la prisión provincial de Tarragona el súbdito polaco señor Heinz Chez, de 33 años de edad. La ejecución se ha producido por garrote vil. A eso de las ocho de la tarde, la sentencia fue notificada a su abogado defensor, que no pudo recibirla por estar fuera de su despacho hasta las cuatro y media de la madrugada. El reo recibió la confirmación de su pena de muerte a las nueve y diez de la noche, desde cuyo momento fue puesto en capilla y estuvo asistido por dos sacerdotes, uno católico y otro protestante. El señor Heinz Chez, cuyos familiares no han estado presentes, pasó la noche jugando al parchís y se despidió de varias personas pidiéndoles perdón. Tanto el abogado defensor como el decano del colegio de abogados de Tarragona declinaron la asistencia al acto y aguardaron mientras tanto en una sala contigua a que se produjera la ejecución”.

A las nueve de la mañana José Monero, el verdugo de Sevilla, debió comenzar a preparar el aparataje homicida. Ajustaría la bisagra a la altura del cuello de Heinz Ches y comprobaría que estaba todo en orden: la abrazadera que sirve para hundir el tornillo en las vértebras, la manivela, la aceitera, la capucha, el posible trago de anís o coñac, las pastillas tranquilizantes, la llave inglesa para apretar bien los tornillos... Ambos se enfrentaron cara a cara con un destino que no querían. En la sala estuvieron presentes cinco testigos. El horror quedó oculto porque el comandante Francisco Muro, miembro del tribunal que lo condenó, impuso la ley del silencio. Nadie ha explicado qué ocurrió

en aquellos trágicos minutos en la cárcel de Tarragona. El garrote que está en el sótano de la Audiencia provincial de Sevilla habla por sí mismo de una operación traumática, fruto de la inexperiencia de un principiante que no debió estar aquel día frente al reo. El saco y las cuerdas enrolladas hablan de un capítulo aciago que nadie se atrevió a contar. ¿Cuál fue la actitud de José Monero, el último verdugo de Sevilla? ¿cómo encaró su primera y única encomienda para ajusticiar a garrote vil? Hay muchas incógnitas, demasiadas incógnitas que me queman como si fueran un hierro incandescente.

### **JORNADA 5.**

Van pasando los días y tengo que reconocer -te reconozco- que son más las puertas que se cierran que las que se abren. No hay forma de encontrar a antiguos trabajadores de los juzgados que hayan tenido contacto con nuestro verdugo. Digo nuestro porque en esta indagación permanente José Monero se va acercando cada vez más a mi familia. He hecho una primera incursión por el barrio de Las Candelarias pero allí la historia no suena ni remotamente. No ocurre lo mismo con el predecesor de José Monero en el oficio de matarile en la Audiencia de Sevilla. A nuestro verdugo le antecedió Bernardo Sánchez Bascuñana. Un tipo bastante particular por lo que he indagado: un poco de rapsoda, un tanto de pequeño filósofo y, por encima de todo, según su propia carta de presentación, “ejecutor de sentencias”.

Bernardo Sánchez Bascuñana nació un día de noviembre de 1905 en Carrión de los Céspedes, en la provincia sevillana, pero mudó la patria a Granada, donde trabajó un tiempo como Guardia Civil. En plena posguerra aprovechó que se quedó vacante la plaza de verdugo en la Audiencia y lo asumió como un capítulo más de su abnegada existencia. En su tiempo de ejercicio “traspasó a la eternidad” -el eufemismo es parte de su prosapia- a una veintena de reos. En una ocasión tuvo incluso que hacer triplete apretando la manivela. Fue en el 56 tras el “crimen de las estanqueras”. Le puso la capucha a Lorenzo Castro alias “El Tarta” (por su tartamudez), Juan Vázquez Pérez y Antonio Pérez Gómez.

A los tres les dio el golpe de verduguillo con profesionalidad tras invitarlos a rezar bajito un credo. “Parecía que estuvieran iluminados por el espíritu santo, deseaban morir para salvarse”.

Bernardo Sánchez Bascuñana, según las imágenes que han pervivido y el documental de Martín Patino, tenía cierto engolamiento en el vestir, con pajarita, sombrero de fieltro y pantalón planchado a raya de tergal. Pero el engolamiento era mayor en el hablar. “Los mandamientos son los siguientes: primero que este mundo es un embustero. Segundo que anda muy revuelto el mundo. Tercero: comer carne de oveja cuando no hay ternero. Cuatro: ayunar después de “jarto”. Y quinto: bebe blanco cuando no hay tinto. Estos cinco mandamientos se resumen en dos: comer mucha carne, no mucho vino y que le den por culo a “tó”. He dicho”.

Bascuñana no se parece a los otros verdugos y no creo que se pareciera a nuestro verdugo, que huía de su verdadera profesión haciéndose pasar por vendedor de libros. O eso dicen... El verdugo que más tiempo estuvo al mando del garrote en la Audiencia no se parece realmente a nadie porque es difícil reunir en una única persona esa dosis de cáustica, de sordidez y de remilgo. Igual cogía los bártulos para destrozarle a un reo el bulbo raquídeo, que ejercía de pretendido detective de los casos que tenía que finiquitar, o se pegaba unas “pataítas” por bulerías en el barrio del Albaicín donde montó su particular nido del águila, saludando como una estrella del “rock and roll” a gitanos y a payos.

Ni un sentimiento de arrepentimiento, ni un sentimiento de culpa, ni un mal remordimiento. Al menos cuando le preguntaban. Bascuñana intentó unirse a los franciscanos de joven y el prior le pidió un millón de pesetas. No le quedaron muchos más caminos que ganarse la vida de la mejor forma en las peores condiciones. “La vida es un valle de lágrimas. En esta vida nadie es dichoso, salvo el que se propone serlo”. Tenía hijos. Cuando murió en 1972 -el año que cogió el relevo nuestro verdugo- dejó sin padre a una niña de apenas cuatro años. Su mujer también falleció poco después y la

menor se quedó en este mundo a cargo de unas tías que la ingresaron en un internado. La pequeña pensó siempre que su padre era Guardia Civil, según aseguró ella misma en una entrevista en el periódico *El País*. “Tenía recuerdos borrosos de jugar en su regazo, de su sombrero de ala ancha, la pajarita, de su espíritu místico. Se había construido una imagen ideal de él. De adolescente discutió con una de sus tías y le soltó: ‘eres tan criminal como tu padre’”.

“Con esa frase retumbando dentro de ella, Inés Sánchez, como se llama esa niña, consultó a un amigo de la familia. ‘Tu padre fue verdugo’, le dijo, ‘y de hecho grabó una película’. Pasó los siguientes años buscando esa cinta sin éxito. No había internet y nadie de los que conocía recordaba el “filme”. Le atormentaba que el recuerdo que tenía sobre el hombre religioso, cariñoso, que conoció no fuese compatible con el oficio que tuvo. Descolgó el teléfono para contactar con un hermanastro, hijo de un primer matrimonio de su padre. ‘No quiero saber nada de eso’”. Inés persistió y buscó por cielo, mar y tierra hasta desenterrar el pasado de su padre, el verdugo que estuvo al mando de las ejecuciones de la Audiencia de Sevilla entre 1949 y 1972. Nunca ha entendido la doble vida de aquel hombre afable y de verbo socrático, de misa diaria y apariencia inofensiva. “No me cuadraba que él se dedicara a eso, pero he descubierto que él sufría de verdugo y ese sufrimiento se lo llevó a la tumba. No juzgo a mi padre, no soy nadie para hacerlo y quien lo haga es un hipócrita. Sé que era un hombre bueno. Yo estoy orgullosa de él, es historia de España. Es miserable esconderlo. Todos somos reos o verdugos aún hoy. Así es este mundo”.

José Monero, el último verdugo de Sevilla, también tenía mujer y cuatro hijos que probablemente vivan hoy en día. Nunca se ha conocido el testimonio de ninguno de ellos. No han hablado públicamente como la hija de Bernardo Sánchez Bascuñana o el hijo de Antonio López Sierra, el encargado de apretar la manivela para partirle el cuello a Puig Antich aquella mañana del 2 de marzo del 74. Ninguno de ellos ha dicho si indultan o no a su padre por ejercer -una vez- la profesión que no quería. Y que seguramente la aceptó -o quizás no- para sacar adelante a una numerosa prole. Todo es una incógnita, un profundo fundido en negro. Nadie lo conoce. O no quieren hablar. El único testigo es el

garrote en el sótano de la Audiencia de Sevilla; y el saco y la soga que me están atando a esta historia como un Cristo de la Misericordia.

## **JORNADA 6.**

Ayer me enviaron a cubrir un incendio en una residencia de ancianos de Sevilla. “¿Falta algo? No falta nada, ya está cargada la lavadora”. Así, ¿sabes?, llamamos en el periódico a acabar las páginas para picar billete: cargar la lavadora. La verdad es que me gustaría en algún momento indagar en la importancia de los electrodomésticos en el lenguaje periodístico porque a los artículos de adelanto le llamamos la nevera y a la maniobra de los partidos de esparcir sus excrecencias entre la opinión pública, poner el ventilador... Pero bueno, no era precisamente esto lo que quería contarte hoy. Lo que te decía es que ayer salí -tarde- del periódico y a los diez minutos, cuando iba enfilando camino de mi casa, apareció en el teléfono el número del redactor jefe. Dudé en cogerlo porque iba con mi verdugo a cuestas, dándole vueltas a la cabeza sobre el viaje atropellado a Tarragona, y sobre el asombro de su mujer, de sus hijos, ¿llegaron a enterarse sus hijos?... Lo cogí. Fatalmente lo cogí. Hay en el fondo una pulsión a coger siempre el teléfono como si fuera un gesto inexorable, como si nos picara en lo más profundo de nuestra curiosidad el teléfono langosta que diseñó Dalí. ¿No te pasa? “Está ardiendo una residencia de ancianos en Nervión. Vete volando que he pedido un colchón de media hora antes de que nos tapen la página”. Llegué a los cinco minutos pegándome patadas en el culo. Tres manzanas antes de alcanzar la residencia ya descollaba entre los edificios una columna negra de humo y se oían las sirenas de las ambulancias y los coches de Policía. En esos momentos a uno se le amontona la sangre y se siente periodista, se siente impelido por un deber... ¡Yo qué sé qué deber! El caso es que te pega un chutito de adrenalina y te sientes reportero. En la puerta de la residencia había numerosos vecinos que estaban ayudando en todo lo que podían: algunos cargando cubos de agua y otros llevando mantas. Juro que dudé si ponerme al servicio del periodismo o de los viejecitos de la residencia. Me decanté, sin dedicar mucho tiempo a elegir, por lo primero. Y me puse a preguntar: “¿cuándo comenzó el incendio?, ¿cuál cree usted que fue la causa?, ¿hay algún herido?,

¿alguna persona ha muerto?”. Y mientras preguntaba me hice la última de las preguntas: ¿por qué no hay aquí ningún periodista?, ¿por qué no hay nadie sobre el terreno?, ¿ningún otro redactor jefe le ha amargado la salida a sus plumillas cuando estaba la lavadora cargada?

Te juro que tuve una sensación que no he tenido nunca porque de pronto me vi, en mitad de las camillas con los viejos, en mitad de las sirenas y de los vecinos portadores de mantas y cubos de agua, solo, absolutamente solo. Se apagaron las luces destellantes y se apagaron todos los sonidos. Sólo me escuchaba interiormente repetir de forma mecánica, como en una pieza psicodélica, la misma pregunta: ¿en qué mierda se ha convertido el periodismo?, ¿en qué mierda...? Aquí hay unos viejos que se están achicharrando y los periodistas están atrincherados -acolchados- en las redacciones esperando que alguien les cuente por Twitter o a través de un teletipo de agencia qué es lo que está pasando. ¿En qué mierda se ha convertido esta canalla periodística...?

En ese momento se abalanzó a mi cabeza otra vez José Monero, el que se embarcó a rastras camino de Tarragona, el que se camufló como vendedor de enciclopedias. Allí, en mitad de aquel incendio sólo podía pensar en el último verdugo de Sevilla. Indagar en su pasado sí es el periodismo que merece la pena, el periodismo que no se pliega a las modas: ir al sitio, preguntar y contarlo. La vida de José Monero es la última oportunidad que me voy a dar con el periodismo. Dirás que por qué te cuento todo esto. Pues por desahogo, por puro desahogo. Y tengo que contarte más de esta filípica que toca hoy contra el periodismo actual que detesto cada vez más y con todas mis fuerzas. Las redacciones están llenas de gallinas ponedoras. Sí, de gallinas ponedoras que editan teletipos al mismo tiempo que pican entrevistas, suben chorradas a internet y esperan el último soplo interesado de un político para ponerle el título rojo de periodismo de investigación. Te hago un gran favor no hablándote de la televisión...Hoy no tendría cabida en una redacción Gay Talese. Ni por supuesto ninguna de las grandes firmas de *Esquire*, el *New York* o *Life*. Thomas B. Morgan, Brock Brower, Terry Southern, Norman Mailer, James Baldwin, Breslin, Robert Christgau, Doon Arbus, Gail Sheehy, Tom Gallagher, Robert Brenton, David Newman. A todos los hubieran desechado por servir un producto lento y

caro. Y por supuesto a Hemingway, y a Dos Passos, y al mejor periodista español del siglo XX: Manuel Chaves Nogales. En esta gran fábrica del nuevo periodismo a Gay Talese le hubieran abierto un expediente por baja productividad. Y, claro, no hubiera visto la luz sus *Retratos y Encuentros* o el mítico *Honrarás a tu padre*, en el que cuenta, como uno más, la historia de las cinco familias de la mafia neoyorquina capitaneadas por Joe y Bill Bonanno. ¿Y sabes por qué la cuenta como uno más? Porque se empotró durante meses con la mafia. Comió en su mismo plato y pasó el mismo miedo. Se convirtió en otro miembro con pistola y traje a rayas para poder contarlo.

Hacia ese camino me empuja el último verdugo de Sevilla. Yo también quiero ponerme el traje a rayas y la pistola y salir a la calle a preguntar y luego contarlo. Pero necesito tiempo. El tiempo que me roban las ruedas de prensa inútiles y cargar todos los días la lavadora con temas insulsos que caducan como estrellas fugaces. ¿Te acuerdas de lo que te dije del polvillo cósmico? Estoy de acuerdo con Umbral en que el periodismo avillana el estilo. Lo que más me gustaría en este mundo es tener el asiento suficiente para escribir la gran novela del último verdugo de Sevilla. Cuando digo asiento, digo tiempo, reposo, tranquilidad, sin que me molesten las moscas del periodismo de urgencia que claro que malogran y avillanan el estilo. “El consejero de no sé qué departamento o Gobierno se opone a los fondos europeos para la economía azul...”, “El PSOE rechaza la propuesta del PP y la considera una cortina de humo...”. Ay la cortina de humo... el periodismo está lleno de “cortinas de humo”, de “mesas de trabajo”, de interminables “manos tendidas” que no llegan a ninguna parte... El problema que arrastran los políticos es que no saben ni distinguir siquiera entre enemigos, contrincantes y oponentes.

En mitad de toda esta hojarasca late la historia que me quita el sueño. Esta historia sí que merece realmente la pena vivirla y contarla. En la vida de José Monero está la vida de mucha gente que se ve arrastrada por las circunstancias y tiene que ganarse el pan de alguna forma: sobrevivir, le llaman. La tragedia la debió llevar José Monero dentro, hincada en el pecho. Según he podido averiguar, cuando llegaron los agentes de la autoridad a su casa para transmitirle la orden de ajusticiamiento se salió fuera, a la calle, para que su mujer no escuchara nada. Quizá se lo dijeron en voz baja haciendo sordina,

como se hace un comentario en el banco de una iglesia. En el barrio no era todavía el verdugo, sino el vendedor de libros y enciclopedias. Todo esto iba pensando de vuelta a casa, con el olor a humo en la ropa, la libreta en una mano y el cigarrillo en la otra. Por cierto, me demoré en enviar los datos del incendio y taparon la página. Me lo dijo el redactor jefe. No sé si será redundante apuntar que me lo dijo gritando, imagino que con las cuerdas de violín en la garganta. Esta vez sirvió de poco ser el único periodista en el lugar del crimen...

Voy a seguir indagando sobre el último verdugo, sobre la historia callada del garrote vil con cuerdas y saco que está en la Audiencia de Sevilla. Y me voy a poner la pistola, el sombrero y el traje a rayas como Gay Talese para hacer verdadero periodismo, el que no caduca ni entiende de modas ni de prisas. Algún día exhumaré esta historia como un cadáver exquisito.

## **JORNADA 7.**

He tenido que inventarme una mala historia para poder ir hoy por la mañana a la hemeroteca a buscar alguna pista de nuestro verdugo. En la agenda del día tenía asignada la estúpida ronda de ruedas de prensa de los portavoces parlamentarios -como cada miércoles que no hay pleno- para abordar asuntos tan trascendentales como los plante y desencuentros que se producen en la Mesa de la Cámara; y las chicanas más o menos oportunas al hilo de proyectos de ley, proposiciones de ley y proposiciones no de ley que nadie conoce razonablemente bien. Los socorridos grados de fiebre siempre son un salvoconducto a mano para poder, de vez en cuando, sentirse uno un poco más libre. Así que cogí el autobús, me dirigí al centro con el subidón de adrenalina que produce estar en la antesala de un posible descubrimiento, una señal que te lleve a un nuevo camino.

Bajé en Santa Catalina y entré a las nueve en punto de la mañana en el edificio granítico de la calle Almirante Apodaca, el que fuera capitán general de Cuba y Virrey de la Nueva España, un gaditano muy avisado que ascendió en el ejército tan rápido como el rayo. El tiempo se ha detenido en este espacio en el que todos los trabajadores lucen batas de un blanco higiénico para presentarse con grandes tomos bajo el brazo como custodios de una ciencia científica o sanitaria, quién sabe. La hemeroteca de Sevilla es ciertamente un viaje integral al pasado: hay silencio, hay tiras de papel para señalar las páginas de los periódicos, que por supuesto son también de papel, y los que atienden al personal aparentan ser de una época remota. Me dio las indicaciones, en tono castrense, un hombre en edad de retirada y una abolladura en la calva. Al cumplir sin pensar sus instrucciones, me di cuenta del gran error que cometí. Elegí una silla frente al mostrador principal, que el trabajador de la abolladura craneal ocupaba como un centinela en una noche de vigilia para que nadie pudiera sortear con una foto del móvil el pago de las fotocopias.

Me cargué de valor y, con la cámara del móvil preparada, decidí comenzar por *La Hoja del Lunes*, el único periódico autorizado que se editaba el primer día de la semana para garantizar el descanso dominical. El 2 de marzo del 74 fue sábado y decidí empezar por el tiro que creí más certero. *La Hoja del lunes* era un periódico en el que por motivos obvios abundaba el fútbol, mucho fútbol. “Rotundo resultado del Betis Balompié sobre el Osasuna”, recogía el subtítulo de una información del “Domingo deportivo” encabezada por “La Real Sociedad, único visitante vencedor de Primera”. El Betis, sin embargo, estaba en segunda, pero culminó lo que parecía una jornada de laureles balompédicos: “En Segunda División continúa la trayectoria firme del Real Betis, que este domingo consiguió el rotundo resultado de 5-0 sobre el Osasuna. Como además el Cádiz perdió en Coruña, los verdiblanos se despegan aún más y, por tanto, se consolidan en el primer puesto de la Liga de los veinte”. El Sevilla tuvo una jornada menos gloriosa al caer vencido en el Plantío 1-0, con el campo convertido en un lodazal. En la alineación: Paco, Jayo, Hita, García, Chacón, Conejo, Rodríguez, Uriona, Costas, Blanco, y el gambiano Alhaji Momodo Njie, al que en la Híspalis de los 70 bautizaron para los restos con el nombre de Biri Biri. El único pensamiento que tenía en ese momento era que en ese silencio de la hemeroteca me gustaría escribir el libro del último verdugo de Sevilla y tener todas las horas del mundo para seguir pasando páginas y escribiendo hundido en

un asiento, con el tiempo y las obligaciones canceladas. Me dio valor aquella sensación y seguí haciendo fotografías furtivas cada vez que el bedel de la abolladura en la calva se despistaba, ya con el sudor prendido en las manos por la pequeña excitación de lo ilícito. En la portada de *La Hoja del Lunes*, el protagonismo, aparte del fútbol, se lo llevaba una catástrofe aérea en el aeropuerto de París, donde murieron trescientas cuarenta y cinco personas al estrellarse un avión DC-10 de la Turkish Airlines: la mayor catástrofe de la historia de la aviación civil. Una página con retazos de teletipos de la agencia Efe resumía bien lo sucedido sin evitar detalles escabrosos o sensacionalistas: “El aparato estalló en el aire antes de chocar contra los árboles, que aparecen decapitados en un radio de un kilómetro. El avión, vuelo 981, procedía de Estambul y había llegado a Orly a mediodía para continuar después vuelo a Londres. La compañía propietaria dice que en el aeropuerto de París embarcaron más de doscientos pasajeros, de ellos cien franceses”. Con el cintillo de “visión dantesca” el periódico se sumerge en detalles que hoy -todo hay que decirlo- aparecerían destacados con letras de gran guarismo: “Al llegar las fuerzas de socorro al lugar mismo del accidente pudieron darse cuenta de que era muy difícil que existieran supervivientes, ya que el aparato había resultado completamente desintegrado. Restos del mismo se hallaban en un radio de varios centenares de metros en medio de un cráter que se originó al ser destruidos los árboles. Los cuerpos de las víctimas también se desparramaron por los alrededores. Muchos de estos cuerpos aparecían atrocemente mutilados, y una vecina de un pueblo próximo afirmó que se encontró con una mano y algunos miembros cuando, después de presenciar el accidente, se acercó al lugar donde se produjo”. Hasta el lugar de la tragedia se acercaron el embajador de Turquía en París y los ministros Olivier Cichard y un joven Jacques Chirac. Ninguno de ellos quiso hacer comentarios sobre las causas.

Fui pasando las páginas pero ni una pequeña noticia, ni un breve, ni rastro del ajusticiamiento de Heinz Ches por nuestro verdugo en *La Hoja del Lunes*. La jornada iba, sin embargo, de aviones: el avión israelí que derribaron los sirios en los Altos del Golán, y, sobre todo, el avión que esperaba al purpurado Añooveros en el aeropuerto de Bilbao camino de un frustrado destierro: “Un avión oficial en el aeropuerto de Bilbao, por si monseñor Añooveros quiere ir a Roma”.

En esos días de marzo de 1974 se produjo la mayor crisis entre la Iglesia y el Franquismo. A Añoberos, el díscolo obispo navarro, le dio por publicar la homilía “El cristianismo, mensaje de salvación para los pueblos”, que veladamente -y sin tantas veladuras- apostaba por más libertad e independencia: “El pueblo vasco, lo mismo que los demás pueblos del Estado español, tiene el derecho de conservar su propia identidad, cultivando y desarrollando su patrimonio espiritual sin perjuicio de un saludable intercambio con los pueblos circunvecinos, dentro de una organización sociopolítica que reconozca su justa libertad”. El entonces presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, dijo eso de ¡aquí Troya! pese a lo muy nacional católico que fuera el régimen. Mandó a la Policía de Bilbao a que arrestara al obispo y le enseñara la salida de España aparcándole un avión en el aeropuerto vasco. Las aguas tardaron en volver a su cauce, pero volvieron, y algunos años más tarde Añoberos se convirtió en obispo cesante, retirado a una residencia de monjas de Bilbao llamada “El Refugio”. Probé por cierto con la siguiente *Hoja del Lunes* del 11 de marzo pero, más allá del fútbol, lo más interesante era una noticia sobre la reaparición en Filipinas de un soldado japonés de la Segunda Guerra Mundial -Hiroo Onoda- que había estado oculto en la jungla durante veintinueve años creyendo que la guerra aún no había terminado.

Acabado el tomo de la *Hoja del Lunes*, y sin rastro del ajusticiamiento de Tarragona, tengo que reconocer que me asaltó el desánimo. Una sensación que acabó de cundir cuando el cambio de vigilantes desencadenó la amonestación de una trabajadora -también vestida de impecable bata blanca- por el uso furtivo de la cámara de mi teléfono móvil. Solventé el trance cambiando el teléfono por el bolígrafo y la *Hoja del Lunes* por el diario *ABC*. La portada del 2 de marzo de la edición sevillana del periódico de los Luca de Tena no fue un buen presagio. La batalla electoral en Gran Bretaña ocupaba todo el protagonismo: “No habrá mayoría absoluta en el Reino Unido”. En el interior los grandes temas de debate seguían siendo el pulso del obispo de Bilbao y la escalada de los precios por los coletazos de una crisis del petróleo que provocó el cierre del grifo del oro negro por parte de los países árabes. El *ABC* se situó claramente al lado del Gobierno franquista y a toda página tituló en la edición del 5 de marzo, unos días después del ajusticiamiento

de Heinz Ches: “La homilía de monseñor Añoveros, un gravísimo ataque a la unidad nacional”. El medio de comunicación, basándose en una nota informativa del Ministerio de Información y Turismo que algunos años antes había dirigido Manuel Fraga, reprendía al purpurado por la distribución de su homilía libertaria y secesionista “a los medios informativos internacionales antes de ser leída en los templos”: “un hecho insólito” que “acredita el decidido propósito de consumir una clara incitación a la discordia ciudadana”. Las páginas de *El Correo de Andalucía*, que fui marcando siguiendo reglamentariamente el protocolo, esto es, con una “R” en un jirón de papel para enviarlas a reprografía, se ponían sin embargo de parte de Añoveros. *El Correo*, más moderno pese a su adscripción a la iglesia, titulaba a todo color en la misma edición del 5 de marzo: “Monseñor Añoveros no abandonará su diócesis sin orden del Papa”, “La homilía no tiene intenciones políticas”.

Sin embargo, el gran tema de aquel Consejo de Ministros en el que se decidió el ajusticiamiento de Heinz Ches y de Salvador Puig Antich era la subida del precio de los productos como consecuencia de la Crisis del Petróleo que se desató por la decisión de la Organización de Países Árabes, entre los que se encontraban Egipto y Siria, de no exportar crudo a los países que habían apoyado a Israel durante la Guerra del Yom Kippur. El *ABC* del 6 de marzo informaba de un intento de asesinato a Kissinger en Damasco, con el telón de fondo del posible levantamiento del embargo del petróleo y la guerra enconada entre los países árabes y los israelíes. *El Correo de Andalucía* lo llevaba a términos mucho más mundanos y en su portada del 2 de marzo del 74 atacaba con un titular en forma de misil a cinco columnas: “Sube todo”. La gasolina oscilaba en España entre veinte y diecisiete pesetas -en función de los octanos-, el butano rondaba los 159 y el incremento era generalizado: electricidad, taxis, carnes y productos de primera necesidad. Tan grave era la situación que *El Correo* apelaba en el texto de portada a su espíritu religioso: “Confiamos que una realista y cristiana política en materia de revisión de salarios, como asimismo de protección para los actuales puestos de trabajo, consiga paliar en el futuro la lógica recesión económica que habrán de tener las decisiones ayer adoptadas”. En la portada, sin embargo, ni una palabra sobre los dos reos, que a la hora de café y la lectura del periódico matutino ya habían sido fulminados.

El *ABC* del 6 de marzo sí que avanzaba una noticia profética, que adelantaba varias décadas la economía circular de la que tanto se habla en estos días: “Los periódicos podrán ser comidos, además de leídos”: “Próximamente los periódicos podrán ser leídos y comidos, según estima un equipo de científicos norteamericano, que ha descubierto el método de convertir viejos periódicos y otros tipos de desperdicios en alimentos y combustible”. A todo trapo, el rompedor *Correo* lanzaba un reportaje con Miguel de Carranza (94 años), “el más viejo cultivador de algodón andaluz” al que premiaron con una sulfatadora y una sembradora por su afición a la tierra, a la “caza con costillas y al reclamo”. El texto, bien muñequeado por Benito Castellanos, decía: “Y llegó nuestro hombre. Un abrigo duro tapaba su cuerpo; unas botas ennegrecidas, como las de los militares, cubrían sus pies. En la mano derecha, un fuerte palo de naranjo le sirve de bastón; un puro carcomido y casi hecho colilla prendía entre sus labios. Su semblante es sobrio, seguro, sin aje alguno su cuerpo, tan fuerte y maduro como el de un álamo. Un fajo de arterias claramente diferenciadas corre por sus manos; son unas manos ásperas, cansadas, con algunas pequeñas cicatrices”.

El bedel de la abolladura en la cabeza volvió. Y seguía mirándome con la indisimulada intención de matar el rato cazando a un pequeño infractor de fotocopias. Yo ya me había disculpado y depuesto mis intenciones pero el hombre seguía con celo su vigilancia. Lo que menos me importaba en esos momentos era el placer de delinquir porque tenía en el cuerpo la excitación del minero que toca con la punta del pico un filón de mineral. La portada interior del *ABC* del 2 de marzo remitía al ajusticiamiento de Heinz Ches y Puig Antich: “El Gobierno tuvo conocimiento de dos sentencias de muerte impuestas en consejo de guerra”. En las páginas interiores la información se colaba entre la subida del butano y el gas-oil: “El Consejo de Ministros ha tenido conocimiento de las sentencias de pena de muerte a Salvador Puig Antich y al súbdito polaco Heinz Ches, a través del ministro competente y según lo establecido en el artículo 867 del Código de Justicia Militar, ha dicho el ministro de Información y Turismo, don Pío Cabanillas Gallas, en respuesta a preguntas hechas por los informadores en su habitual rueda de prensa tras la

referencia del Consejo de Ministros. Respondiendo a otra pregunta sobre el mismo tema, el señor Cabanillas dijo: “Un acto de justicia es fundamental”. La única foto de las páginas gráficas de *ABC* era la de Puig Antich. Heinz Ches era en ese momento un anónimo súbdito polaco que pasaba sin más pena ni gloria para la opinión pública española. *El Correo de Andalucía* sí que abundó más en la atención que le dedicaron los ministros de Franco a las dos ejecuciones. “Preguntado si habría posibilidad de indulto, el ministro de Información respondió que este asunto era ajeno a su competencia, por lo que no podía informar de este extremo. También se le preguntó si había tenido en cuenta la repercusión que tendría en el exterior cualquier medida sobre este caso, a lo que respondió diciendo que un acto de justicia es fundamentalmente un acto de justicia, y que las medidas que se adopten tienen por sí un contenido que basta para las decisiones. Por tanto, no podemos dejarnos influir por ningún tipo de condicionamientos externos a la hora de ejercer la justicia, puesto que si nos dejáramos influir estaríamos en un país no civilizado”.

El clima estaba caldeado. En otra información, *El Correo* informaba del escrito que enviaron a Franco trescientos intelectuales para ablandarle el corazón, pero el caudillo seguía conservando su espíritu pasado, cuando firmaba penas de muerte bebiendo a sorbos su chocolate con soconusco. Entre los firmantes: Enrique Tierno Galván, Joaquín Ruiz Jiménez, Jaime Miralles, Raúl Morodo, Leopoldo Torres Bourseu, Gregorio Peces Barba, José María Mohedano y Aurora Albornoz. Decían estar “profundamente impresionados por la sentencia del consejo de guerra en la que se condena a la pena de muerte a Salvador Puig Antich”. Ni una mísera referencia a Heinz Ches.

El tres de marzo, día después de la ejecución, los periódicos sí que reforzaron la cobertura. *El Correo de Andalucía* fue el más contundente. En portada y en páginas interiores, el mismo titular: “No hubo indulto”. El periódico abundaba en todo tipo de detalles sobre la muerte de Puig Antich, describiendo por minutos los instantes previos a la ejecución: “A las seis de la mañana le ha sido ofrecida la asistencia religiosa por el sacerdote de la cárcel. Puig Antich ha rechazado sus servicios, solicitando, en todo caso, la presencia de un religioso salesiano de Mataró, que había sido maestro suyo que, poco después, se personó en la prisión celular. Sobre las 7:15 de esta mañana, sus tres hermanas, acompañadas del

abogado señor Caminal, han abandonado la capilla, despidiéndose de su hermano Salvador. A las 9:20 se han despedido de Puig Antich los abogados José Oriol Arau y Condemines, hijo”. Heinz Ches, arrinconado al final de la información: “A las nueve y media de esta mañana ha sido ejecutado en la prisión provincial de Tarragona el súbdito polaco señor Heinz Ches, de 33 años. La ejecución se ha producido como la del señor Puig Antich, por el sistema de garrote vil, tras ser confirmada por el Consejo Supremo de Justicia Militar la sentencia del consejo de guerra en que fue condenado a muerte, y previo ‘enterado’ del Gobierno en el Consejo de ministros celebrado ayer. A eso de las ocho de la tarde, la sentencia fue notificada a su abogado defensor, señor Salva Cortés, que no pudo recibirla por estar fuera de su despacho hasta las cuatro y media de la madrugada, pero la recibió el letrado sustituto. A partir de esta hora, el abogado defensor y el decano del colegio de abogados de Tarragona, don Enrique Ixaet Ventosa, se trasladaron a la cárcel provincial, donde pudieron mantener una entrevista de media hora con el reo. Según ha manifestado el abogado defensor, el señor Heinz Ches, ‘en todo momento se comportó de una manera admirable, departió con nosotros amablemente y con mucha serenidad’. El reo recibió la confirmación de su pena de muerte a las 9:10 de la noche, desde cuyo momento fue puesto en capilla, y estuvo asistido de dos sacerdotes, uno católico y otro protestante. El señor Heinz Ches, cuyos familiares no han estado presentes, pasó la noche jugando al parchís y se despidió de varias personas pidiéndoles perdón -según su abogado- por si les había ofendido en algo. Tanto el abogado defensor como el decano del colegio de abogados de Tarragona declinaron su asistencia al acto de justicia y aguardaron mientras tanto en una sala contigua a aquella en que se produjo la ejecución. Asistieron el director de la cárcel provincial, un médico militar, los dos sacerdotes citados y tres testigos. El verdugo que ejecutó la pena es el que corresponde a la circunscripción de Sevilla”. Esta es la única mención que he podido encontrar a José Monero, nuestro verdugo. Un verdugo anónimo para una víctima prácticamente anónima.

Indulto sí que hubo, pero no para Puig Antich ni para Heinz Ches. *El Correo de Andalucía* informó discretamente de la medida de gracia para Antonio Franco Martín, un Guardia Civil que había matado en octubre de 1973 a un superior, el capitán Francisco Manfredi Cano, al que le metió en el cuerpo varias balas en su propio despacho. *ABC* fue más contenido aunque relató todos los detalles de la ejecución de Puig Antich y Heinz Ches

con el titular: “Han sido ejecutados en Barcelona y Tarragona, respectivamente, los autores de los asesinatos de un policía y un guardia civil”.

El 5 de marzo era día de dispensa para los periódicos. Sólo salía a la calle La *Hoja del Lunes*. *ABC* seguía informando en los siguientes días: “Los restos de Salvador Puig Antich recibieron sepultura en un cementerio de Barcelona”. El entierro de Heinz Ches también quedaba arrinconado: “A las 9:20 horas de ayer recibió sepultura en el cementerio de esta capital el cuerpo del súbdito polaco Heinz Ches, ajusticiado el sábado en la prisión provincial, en cumplimiento de la sentencia dictada por un consejo de guerra. Hasta el momento no se ha recibido comunicación alguna del exterior interesándose por el cuerpo de Heinz Ches, autor de la muerte de un guardia civil en 1973 en la urbanización Cala d’Oca, en Hospitalet del Infante”. El régimen de Franco no podía tapiar el malestar ciudadano que cobraba ímpetu en las universidades. “Manifestación estudiantil en Bilbao”, “anormalidad universitaria en Barcelona y Zaragoza”, “desórdenes callejeros en Barcelona”, “seis jóvenes detenidas en Cádiz”, eran algunos de los titulares de *ABC* en la edición del miércoles 6 de marzo. Y, a toda página, *El Correo de Andalucía*: “Enfrentamiento entre policías y estudiantes”. Ni una palabra sobre Heinz Ches: “Fuerzas contingentes de Policía Armada, con equipos especiales antidisturbios, han acudido al mediodía de hoy al recinto universitario de Zaragoza, donde, desde las primeras horas de la mañana, se han producido constantes anormalidades en todas sus facultades. La tensión ha culminado a las doce del mediodía con un paro muy generalizado, aprobado previamente en numerosos grupos y cursos. Antes, muchos carteles habían sido pegados o escritos en las paredes de todas las facultades y escuela superior de Zaragoza. Todos los carteles estaban relacionados con la ejecución y condena de Salvador Puig Antich”.

Todos los carteles estaban relacionados con la ejecución y condena de Puig Antich, todos los detalles publicados eran sobre la muerte de Puig Antich y las únicas fotos que aparecían en los periódicos eran de un joven Salvador Puig Antich. Las referencias a Heinz Ches y al verdugo de la Audiencia provincial de Sevilla eran escuetas, mínimas, arrinconadas al final de informaciones plomizas, escasas de fotos, aunque tengo que confesarte que salí de la hemeroteca municipal, enfilando Santa Catalina, con la exaltada

alegría de haber descubierto algo. O, al menos, de haber sentido el asiento del escritor. Una mañana de silencio, de obligaciones canceladas, entre grandes volúmenes de periódicos, alejado de los teletipos y las noticias de microondas que caducan a los pocos minutos de ser consumidas. Una noche más brindo por nuestro verdugo.

### **JORNADA 8.**

Llámame loco pero el sonido metálico del garrote vil se me ha metido en las sienes y no puedo sacármelo: clic, clac, clic, clac. Lo tengo dentro y se ha quedado a vivir conmigo como si fuera un acúfeno impenitente. Cierro los ojos y veo a José Monero arrastrando una maleta de madera que lleva dentro el sonido metálico de la muerte. Los hierros chocando con los hierros que preludian el último hálito que dispensa el corbatín de acero.

El verdugo de Sevilla no pudo elegir la forma de ajusticiar. Matar a garrote era la única de las opciones. Hubiera sido mucho más fácil llenar de balas el tambor de una pistola y amartillar el gatillo. Un disparo seco, certero, y en un instante todo hubiera pasado a la historia. Puede que en esos casos la conciencia cargue con un peso diferente porque el hombre no tiene que emplearse de forma tan artesanal en la muerte. José Monero tuvo que preparar el palo y ajustar el asiento a la altura del cuello de Heinz Ches para que el hierro percutiera de forma directa, con un golpe de manivela, en el bulbo raquídeo y no en la base del cuello, lo que supondría una muerte más lenta por estrangulamiento. Eso mismo fue lo que ocurrió con Jarabo. José María Jarabo Pérez-Morris, el seductor y rico criminal dedicado al empeño de joyas tras haber dilapidado parte de su fortuna por Nueva York y Puerto Rico. La última de sus operaciones ocurrió en un caliente verano de 1958, cuando una de sus amantes, la inglesa Beryl Martin Jones, le puso contra la espada y la pared para que rescatara un caro brillante que le había regalado su marido. El asesino, desesperado, tiró por la calle de en medio y en lugar de ir a la tienda de empeños se dirigió a la casa del propietario. Abrazó a su víctima por la espalda haciéndose pasar por su mujer

y le metió una bala en el cráneo mientras estaba en el cuarto de baño. No fue el único cadáver. Jarabo se agenció otros tres cuerpos, que acabaron encharcados en sangre. Todas las muertes ocurrieron de forma instantánea pero la de Jarabo fue mucho más lenta. Mucho más...Veinte terribles minutos en los que Antonio López Sierra, el verdugo extremeño que se ganó la vida por las ferias engañando al trile y simuló una sífilis para volver de Alemania tras alistarse como voluntario en la División Azul, luchó contra el cuello de Jarabo como si fuera un pescador que trata de subir a flote un inmenso atún. Melville y Hemingway redivivos. O no era suficiente la fuerza de Antonio López Sierra; o la fortaleza del cuello de Jarabo era excesiva; o ese día, como era habitual, el verdugo oficial de la Villa y Corte se había pasado con el alpiste. Lo cierto es que aquello fue una carnicería como parece que fue también la de Heinz Ches aquella mañana del 2 de marzo en la que José Monero, nuestro verdugo, aparejó el garrote en la cárcel de Tarragona.

Pienso una y otra vez en la muerte carnicera de Jarabo y en el garrote de la Audiencia de Sevilla con el saco y las cuerdas. Nadie sabe realmente lo que ocurrió pero es fácil intuirlo. El garrote, el sonido de ese garrote lo escucho y lo tengo metido en todo el tuétano posible de mis huesos. Solo la palabra garrote asusta, y mucho más cuando le ponemos el apellido vil. La humanidad ha dedicado mucho esfuerzo en crear formas de matar a lo largo de su historia. El garrote no ha sido ni la más salvaje ni la más humillante, hasta el punto de que en el siglo XVIII sustituyó a la horca, que sí estaba reservada a los plebeyos, quienes, para redondear la humillación, hacían un paseíllo arrastrados en serón o montados en bestia de albarda. Para los hidalgos: garrote y cabalgadura en bestia de silla. Un lujo...

Fernando VII, su católica majestad, tuvo la deferencia -entiéndeme la deferencia...- de instaurar el garrote frente a la horca para complacer a su mujer, la reina María Cristina, por su cumpleaños allá por el 1832. “Deseando conciliar el último e inevitable rigor de la justicia con la humanidad y la decencia en la ejecución de la pena capital, y que el suplicio en que los reos expían sus delitos no les irroque infamia cuando por ellos no la mereciesen, he querido señalar con este beneficio la grata memoria del feliz cumpleaños de la reina mi amada esposa; y vengo en abolir para siempre en todos mis dominios la pena de muerte en horca; mandando que en adelante se ejecute en garrote ordinario la que

se imponga a personas del estado llano; en garrote vil la que se castigue los delitos infamantes sin distinción de clase; y que subsista, según las leyes vigentes, el garrote noble para los que correspondan a los hijosdalgo”.

Resulta, ¡manda riles!, que el garrote vil era una forma más humanitaria de ajusticiar o de traspasar los umbrales de la eternidad, tal y como decía Bernardo Sánchez Bascuñana, el verdugo de Sevilla que le dio el testigo a José Monero. Es una cuestión de comparación. Todo en el fondo es una cuestión de contraste. El garrote es desde luego una forma humanitaria de matar en relación a algunas costumbres como las de hervir al reo en una caldera hasta que encontraba el punto de ebullición; arrojarlo al río en un saco de cuero junto a un perro, un gallo, una víbora y una mona -pasaba en Pompeya-; o vertirle plomo derretido en la garganta -una manía de los persas- para quitarle la costumbre de fumar.

Es el hombre de otro tiempo, pero es la naturaleza humana -el hombre de todos los tiempos- el que ha dedicado tanto esfuerzo a perfeccionar las formas de matar. El carnifex romano, el sayón, el verdugo, el borrero, el bochín, el que en definitiva se alza en juez supremo de la vida de los demás...y se la quita. O, tal vez, sólo es un ejecutor de sentencias, un puente administrativo entre los tribunales de justicia y la nada. O la eternidad. Jesucristo protagonizó el más famoso ajusticiamiento público. El que está en los cielos, sentado a la derecha del padre, tardó nueve horas en morir pero aquello fue una grata excepción. La agonía de los crucificados se prolongaba durante varios días. La falta de oxígeno provocada por el desangramiento y por la tensión que generaban los músculos abdominales llevaba a la atrofia pulmonar, al paro cardíaco e, incluso, a las dos cosas a la vez. Cuando el crucificado sentía que le faltaba el aire, descansaba el peso del cuerpo sobre el taco de los pies para aliviar los músculos del tronco. La sangre subía y bajaba la sensación de asfixia, pero el que iba a morir se hundía aún más en su cruz. Los verdugos, que ya existían hace dos mil años, tenían en algunos casos la deferencia de acelerar la muerte del crucificado fracturándole los huesos de las piernas con una barra de hierro. Así, la expiración se precipitaba porque el crucificado no podía apoyar las piernas en el sedile. A Jesucristo, por el contrario, le prolongaron la agonía perforándole el costado con

una lanzada para que el aire penetrara directamente en el pulmón. Y aún así su muerte sólo duró nueve horribles horas...

La ejecución de Heinz Ches se produjo a las nueve y media de la mañana. Nadie sabe cuánto duró exactamente -¿diez, quince, veinte minutos?- y si nuestro verdugo, José Monero, tuvo que luchar contra el cuello del reo como el día en el que Antonio López Sierra ejecutó a Jarabo... Sólo sabemos que José Monero nunca antes se había enfrentado tan de tú a tú a la muerte y que Heinz Ches, que tenía la edad de Jesucristo (33), pasó buena parte de la noche jugando al parchís junto al sacerdote y otros funcionarios. Por cada ficha que se comían, se bebían un trago de moscatel. Mientras Heinz Ches agotaba la botella y las últimas risas de su vida, el verdugo de Sevilla se acercaba a la prisión de Tarragona con una maleta que llevaba dentro un garrote vil, un instrumento de matar humanitario si lo comparamos con las mil formas en la que el hombre se ha esforzado en convertir en cruel la muerte.

## **JORNADA 9.**

Acabo de llegar del periódico. Ya sabes a lo que me refiero cuando te digo que me he dejado la lavadora puesta. Una gran lavadora de noticias fútiles sobre comisiones parlamentarias y el incendio de una estación eléctrica -¡otro incendio!- que ha dejado sin luz a varios miles de vecinos en un distrito de Sevilla. Te juro que me hubiera gustado que el incendio hubiera ocurrido en la propia redacción. Un fuego fatuo, un fuego salvífico del que seguro saldría algo nuevo. Pavesas redentoras...

Estoy destructivo ¡y tanto que lo estoy!. No es para menos. ¿Sabes lo que he descubierto? José Monero no miró a la cara a Heinz Ches. No lo miró a la cara. Y no fue porque le pusieran una capucha para evitarle la dureza del trance, no. Nuestro verdugo le puso al reo una funda de cojín. Lo cuenta Marcel Beltrán en un artículo periodístico que he

encontrado mientras apuraba las últimas horas en el periódico como una gallina ponedora. En el patíbulo, además del reo y del verdugo, se apiñaban varios funcionarios y testigos. Monero ató de pies y manos a la víctima, que seguramente ya había confesado y pedido sus últimos deseos. Puede que los nervios de la primera vez provocaran el olvido. No había capucha ni nada que se le pareciera, así que reclamaron algo con lo que cegarle la visión al reo. Lo único que encontraron fue la funda de un cojín. Así esperó George Michael Welzel a que José Monero efectuara los últimos ajustes en el aparato homicida, hasta que empezó a agarrotarlo tal y como le habían contado que había que hacerlo: con giro contundente de la manivela.

El indulto no llegó y nadie hizo nada por defender ante los tribunales a Heinz Ches. Su abogado se desentendió de la defensa. Apareció por la cárcel sólo horas después de que al polaco le leyeran la sentencia de muerte y lo sacaran de la celda 44 donde había estado jugando al parchís y bebiendo moscatel. En el tapete se enfrentaron fichas verdes contra azules. Mientras esto ocurría, el abogado estaba cenando con su mujer en una marisquería cercana. Unos se comían fichas del parchís; otros se chupaban los dedos con la salsa de los crustáceos. Pasadas las nueve de la mañana no había sonado ningún teléfono. Llegaba la hora del reo y del verdugo. Monero ante su primera y última ejecución. Heinz Ches, esperando atado con una funda de cojín en la cabeza...

Esta imagen me está taladrando. Era el 2 de marzo. Todavía no había llegado la primavera. En Tarragona debió hacer frío aquella mañana de 1974, el mismo año en el que murió el presidente Georges Pompidou y en Portugal prendía la revolución de los claveles. Franco se le iba de las manos a su médico, que era el yernísimo marqués de Villaverde...La libertad, en la antigua Hispania, se estaba abriendo camino a hachazos. La última vez que se había producido una ejecución por garrote vil en una prisión española fue en 1966. Ocho años en barbecho que llevaron a pensar a José Monero que cobrar como verdugo era una auténtico chollo: cobrar por no matar a nadie y, mientras tanto, dedicado a la venta de libros y otras mercancías. Pero llegó el momento. Según cuenta Marcel Beltrán, a nuestro verdugo también se le olvidó poner el poste para agarrotar al reo. Un nuevo error que debió sorprender a los escasos testigos que obligaba

la ley. Monero pensó que el garrote se ponía directamente en el cuello y después accionaba la manivela. Pidió a dos funcionarios que se situaran a ambos lados de la silla y que sostuvieran a la altura pertinente las guías del artilugio. Calculó a ojo de buen cubero. Uno de los ayudantes, en mitad de ese caos, sufrió un ataque de histeria y tuvo que ser sustituido. Nuestro verdugo intentó acabar lo más rápido posible pero eran demasiados los errores que se acumulaban. Es en ese momento en el que José Monero debió desmontar el corbatín de acero y estrecharlo añadiéndole la cuña de saco con una cuerda...Y así, con el saco, la cuerda, y la sangre de Heinz Ches, sigue el garrote vil en el sótano de la Audiencia provincial de Sevilla esperando que se exhumen todos los detalles de esta historia.

Hay pocas fotos de George Michael Welzel. Todas en blanco y negro. Podía confundirse con un joven apuesto que aparece en la cartelera de cualquier cine. Fuerte de constitución, moreno de piel, pelo y ojos castaños, un metro y ochenta centímetros de altura. Nada llama tanto la atención como su mirada honda, penetrante, de lobo solitario que ha atravesado Europa escapando de los mordiscos de la Stasi para acabar en una cárcel del norte de España y ser agarrado por un verdugo novato que le puso una funda de cojín en la cabeza... Fue el último fundido en negro de la mirada honda y atractiva de Heinz Ches.

Después de conocer todo esto es imposible pegar un ojo. Estoy en la habitación contigua a la de matrimonio. Matrimonio...Blanca, mi partenaire bélico-afectiva, hace ya varias horas que está durmiendo. En el último mes no hemos hecho el amor. Quiero decir que ni siquiera lo intentamos. Vamos cuesta abajo. Me he metido tan dentro de José Monero que me defrauda cuando conozco novedades como las de hoy. Me gustaría pegarle un puntapié a esta jodida historia y rehacerla entera. Ahora estaría escribiendo a ritmo de combate si hubiera descubierto que José Monero declinó la caperuzza que rudimentariamente le ofreció uno de los funcionarios. Y después dijo: “No hace falta, quiero mirarle a la cara a este reo como se miran por última vez los hombres”. Si fuera así ahora también estaría preparando la coartada para echarle un polvo a Blanca, pero lo

cierto es que ninguna de las dos historias está funcionando como estaba previsto. La de Blanca difícilmente tiene remedio.

Aún quedan muchos interrogantes sobre nuestro verdugo y esa mañana del 2 de marzo del 74, pero no será esta noche cuando siga investigando. Estoy apurando un cigarrillo y he vuelto a llenarme el vaso de güisqui. Blanca dice que no entiendo su música y que odio lo que no comprendo. La verdad es que prefiero beberme este último Macallan en silencio y olvidarme de todo. Quiero beber y beber para llegar perfumado a alcohol a la cama, como llegaba Antonio López Sierra, el verdugo de Madrid, a cada una de las decenas de ejecuciones que llevó a cabo en su vida.

Quizá nuestro verdugo también le dio al alpiste en la noche o en la mañana previa del patíbulo para templar los nervios. Quizá por eso se fueron acumulando los errores y Heinz Ches acabó sin palo del garrote y con una funda de cojín en la cabeza como si hubiera sido víctima de una broma pesada. O quizás no. Puede que fuera simplemente el guion trágico y cómico de una historia a la que le faltan muchos capítulos y seré yo el que los escriba. Por supuesto que voy a ser yo el que los escriba.

## **JORNADA 10.**

Me estoy aficionando al café y a las madrugadas. Y las acompaño con algo de güisqui. ¿Te gusta el güisqui? Creo que me estoy volviendo definitivamente loco. Mi verdugo me está dejando tarumba. No sé si bebo güisqui porque me inspira o porque me evade. Lo cierto es que me transporta a un paraíso artificial que necesito para alejarme del periodismo oficinesco y de esta relación -también oficinesca- con Blanca que se ha quedado sin amor, sin sexo y puede que pronto sin diálogo. En esto de la inspiración cada uno tiene sus trucos. Creo que era Stendhal el que se inspiraba oliendo una manzana -¿o quizá fuera leyendo el Código Civil?-. Sin duda, hay formas mucho más prosaicas de

entrar en harina literaria. Son las dos de la madrugada. Y mi vaso de güisqui es a estas horas todo mi universo. No tengo grandes avances que contarte, salvo la discusión de hoy con Blanca sobre la conciencia de los verdugos. Blanca imagina a seres de hojalata, sin corazón ni sentimientos. Yo veo a personas que cogen un día el garrote vil porque era el único camino expedito en la encrucijada. Pero esto significa para ella una ofensa de pensamiento, un ignominioso pliego de descargo.

La discusión se ha producido a cuenta de mi verdugo. Yo no lo sé, nadie sabe si José Monero pudo o no dormir la noche antes de matar a Heinz Ches, si mantuvo o no el pulso, si se derrumbó o se mantuvo incólume, si le temblaron las manos o apretó la manivela con todas sus fuerzas. Lo único que puedo decir es que no hay hombre al que no le alcance en algún momento su conciencia. El verdugo que precedió a José Monero en la Audiencia de Sevilla, Bernardo Sánchez Bascuñana, decía que se limitaba a ejecutar las sentencias y por tanto a ayudar a que los reos traspasaran el “umbral de la eternidad”. Pero tenía sus problemas de conciencia, claro que los tenía. “Como juzgues serás juzgado. Tienes un juez que ese, sí, a poco que hagas el mal, te acusa constantemente: es tu propia conciencia. No te deja dormir. Ese juez es constante, ese no es el que te dicta sentencia y te deja... no, ése es constante”.

El juez constante de tu conciencia... Bernardo lo camuflaba con su sombrero de ala ancha, su espíritu zumbón y sus bailes por las cuevas de Granada, pero tenía encima el juez constante de su conciencia, ¡claro que lo tenía!. Por eso sufrió algunos momentos de gran debilidad que a punto estuvieron de ponerlo de rodillas frente al reo. Especialmente cuando tuvo que ajusticiar a una mujer. Así ocurrió la primera vez que subió al patíbulo para agarrar a un condenado. Mejor dicho, a una condenada. Los hechos ocurrieron al amanecer del día 23 de mayo de 1949, en plena primavera. La persona sentenciada a muerte por un tribunal militar era María Domínguez y Martínez, una empleada de hogar de poco más de veinte años que había sucumbido a las zalemas y las falsas promesas de un teniente coronel de la Guardia Civil. El militar la sedujo con casa y matrimonio, pero el tiempo pasaba sin que llegara lo prometido, que se convirtió en deuda. La mujer acertó

por la calle de en medio y cada día aliñó la hora del café con un veneno que llevó a la tumba a la mujer del Guardia Civil y a su nuera que estaba embarazada.

El delito lo conocía perfectamente Bernardo, que puso rumbo de Sevilla a la cárcel de Huelva con el garrote vil en una maleta de madera, puede que igual que José Monero aquella madrugada del 2 de marzo de 1974. Y a Bernardo debió presentársele ese juez permanente de la conciencia porque, aunque el asesinato de la joven era triple y feroz, tenía que ponerle en el cuello un corbatín de acero para quitarle la vida de poco más de veinte años. Por eso Bernardo evitó mirar a los ojos a la víctima. “Pedí un capuchón y me lo trajeron”. En realidad lo que le dieron fue un capirote de Semana Santa. Fue la única vez que se cubrió la cara. Él, no la ajusticiada. A la mujer la llevaron al patíbulo dos oficiales de prisiones. Estaba desmadejada. Ni siquiera podía andar. Y toda la escena la veía Bernardo desde el fondo de sus ojos de nazareno. Era un capirote “de una hermandad de penitencia de Semana Santa”. Le quitaron el cartón interior, con lo que la tela negra de ruan le colgaba al verdugo por la parte de atrás de la cabeza y de la espalda. La mujer aullaba de terror, gritando: “¡Dios mío, esto es una canallada!, ¡Tened piedad de mí!, ¡si él lo sabía!, ¡a él también deberían ahorcarlo!”.

Enfrentarse a una mujer en el patíbulo suele ablandarle el ánimo a los verdugos. El caso de Bernardo no es ni mucho menos una excepción. Antonio López, el matarife de Madrid, era un aparente témpano de hielo. Pero lo era menos cuando tenía delante a una mujer: “Una de las primeras condiciones que se debían de poner al entrar a este destino es la de no tener que ejecutar nunca a una mujer. Ejecutar a una mujer es peor que tener que ejecutar a treinta hombres. Yo prefiero hacerlo con treinta hombres y no con una mujer. Tener que hacerlo con una mujer es lo más duro, lo más duro de todo, es insoportable. Y más con una muchacha joven. Fue la única vez, y eso que ya llevaba yo unas cuentas hechas, y sólo pido que no me vuelva a ocurrir. Con las mujeres es distinto, es que no puedes”. La primera y única mujer que agarrotó Antonio López Sierra fue la envenenadora de Valencia, Pilar Prades, otra empleada de hogar que intentó hacerse con las riendas de la chacinería perteneciente al matrimonio al que atendía matando a la dueña.

¿Cómo? Trago a trago, sorbo a sorbo, de Diluvión, un matahormigas de sabor dulzón con el que edulcoraba las infusiones que se tomaba Adela a la hora del té inglés.

Los nervios de acero de cualquier verdugo tienen que comenzar a temblar en el trance de la ejecución, por muy experto, sabio y desalmado que sea. Nadie es absolutamente indiferente ante la muerte. Ni la propia...ni la ajena, ni a la de una mujer ni a la de un hombre. Por eso, yo daría cualquier cosa por saber qué actitud tuvo José Monero el día de la ejecución de Heinz Ches, el día en el que no fue el verdugo el que se puso la caperuzza de nazareno, sino el reo el que acabó con la cabeza tocada por una funda de cojín. El valor no se le presupone al verdugo como se le presupone al soldado. ¿Por qué tiene que tener valor un verdugo?, ¿por qué tenía que tener valor nuestro verdugo? Florencio Fuentes Estébanez, el ejecutor de la Audiencia de Valladolid, acudía al patíbulo arrastrando su propia cruz, temblando como un gato aterido. En una ejecución en Valencia, en el año 49, presentó la objeción de conciencia. Se negó a ir. No podía. Le dominaba un potente sentido de culpabilidad. Lo llevaron a rastras, intentando calmarlo con inyecciones sedantes. Era, efectivamente, el verdadero verdugo de Berlanga. Y acabó mal. Lo expedientaron y condenaron por apartarse del cuerpo. Fue despreciado por sus vecinos, distanciado de su familia y se quedó sin recursos. Se suicidó. Lo mismo le ocurría a Casimiro Municio, el verdugo de Madrid que pasó de guardia de seguridad a ejecutor de sentencias. Su primer ejecutado, al notar cómo temblaba al ponerle el corbatín, le espetó como un tiro en el corazón: “Tengo yo más valor para morir que tú para matarme”.

Municio mitigaba el miedo con alcohol, una herramienta más del verdugo. Se engolosinó con las doscientas veinticinco pesetas que le ofrecían de sueldo pero se acababa gastando la soldada en vino y en medicinas. Y tanto con el vino como con las medicinas trataba de curar una conciencia que sufría la presencia de ese juez constante que va dictando, cada día, sentencia. Municio bebía demasiado. Acabó reumático y alcoholizado. Antonio López Sierra, el verdugo de Madrid, también le daba al alpiste para prepararse para cada ejecución. Vicente López Copete, el verdugo de Cataluña que debió ejecutar a Puig Antich, ya acumulaba una larga afición al alcohol, que se remonta a su etapa como legionario en África. “El coñac, el anís, la cerveza, el ron, la ginebra...”. Aún así, Vicente

era el que mejor domaba la conciencia, el que mejor dormía en las vísperas. Llegaba el día previo a la cárcel, dejaba montado el aparato y se iba a la cama temprano para que las horas de espera no se le hicieran largas. Dormía, sí que dormía hasta que algún funcionario cumplía su orden de que lo despertaran un rato antes de la ejecución.

¿Pudo dormir nuestro verdugo? ¿Durmió José Monero o se pasó la noche temblando como el desgraciado ejecutor de Valladolid? Siento vértigo, el vértigo de no poder alcanzar a saber nunca lo que ocurrió aquel día del 2 de marzo del 74. El alcohol también se está convirtiendo en una herramienta de mi trabajo. Será la última copa de Macallan - por hoy- y a dormir.

## **JORNADA 11.**

Siento en ocasiones que estoy en medio de varias corrientes y que ninguna de ellas me lleva a un destino franco. Voy recolectando pistas, señales, indicios, para tratar de salir, como Teseo, del gran laberinto en el que se ha convertido la vida de José Monero, el último verdugo que ejecutó en España. Es el gran laberinto de aquellas horas definitivas de la mañana de sábado del 2 de marzo de 1974. Ayer pude constatar un dato que llevaba algún tiempo persiguiendo. Nuestro verdugo acudió a Tarragona con un garrote obsoleto, de otro siglo. Un garrote de “alcachofa” metido probablemente en una maleta. Así recorrió los casi mil kilómetros que van desde Sevilla a la ciudad catalana.

Alguien decidió bautizar al garrote de alcachofa con este apelativo por un motivo obvio: los salientes puntiagudos en el extremo del tornillo que se hunde en el poste y causa la muerte del reo. Es el mismo instrumento que aún reside en el sótano de la Audiencia de Sevilla con un saco y una soga, el mismo garrote que provocó que comenzara a contarte esta historia hacia ninguna parte. A diferencia de otros modelos más avanzados y efectivos para la muerte, José Monero debutó con un artilugio que se fabricó en serie a

partir de las primeras décadas del siglo XIX: entre Fernando VII y la Reina Castiza... ¡El siglo XIX! Según algunas descripciones, “presenta un manubrio unido a un robusto husillo de paso largo, que remata en la muela o alcachofa con la que el mecanismo se afianza, por su propia presión, al palo de apoyo. Este husillo actúa a través de una potente tuerca de la que parte un soporte que sostiene dos tirantes paralelos. Los tirantes se proyectan hacia adelante y terminan en una abrazadera, de forma semicircular, que los verdugos denominan collarín o corbatín. Este collarín, abisagrado sobre uno de los tirantes, dispone de un pasador que lo fija al otro. Al accionar el manubrio, el husillo pasa por la tuerca a gran velocidad, provocando el arrastre de los tirantes hacia atrás y la consiguiente aproximación de la abrazadera o collarín al palo, en cuyo dorso se apoya la alcachofa”. Con ese engranaje de la muerte quedó agarrotado Heinz Ches y José Monero cumplió una misión que nunca quiso cumplir.

Nuestro verdugo no estaba avezado en estas lides. Ni tuvo tiempo ni interés en bautizar su garrote, como sí lo hacían otros, imitando a los guerreros de la Edad Media que ponían nombre a sus espadas: La Colada y la Tizona de El Cid; la Excálibur del Rey Arturo. Casimiro Municio, el verdugo que se gastaba el sueldo de las ejecuciones en medicinas y en alcohol para sofocar sus males del alma, llamaba a su garrote “El reloj” por la precisión en el patíbulo, mientras que Gregorio Mayoral, el famoso verdugo de Burgos, lo bautizó como “La guitarra”. Todos ellos eran verdugos curtidos en decenas de ajusticiamientos que habían ido depurando la técnica y templando los nervios en el momento decisivo. José Monero, no. El último verdugo de Sevilla usó por primera y última vez el garrote esa mañana del 2 de marzo del 74. Y lo hizo con un garrote antediluviano que estaba llamado al olvido antes de que un tribunal militar decidiera la sentencia sumarísima a Heinz Ches.

Cada verdugo fue añadiendo mejoras al garrote vil para conseguir una muerte más rápida, más letal, pero yo creo- ¿tú no crees?- que también era una cuestión de honor en el patíbulo, una forma de enseñorearse ante los demás de que, como el torero cabal, era posible matar a la primera y en el hoyo de las agujas. A todo ello era ajeno nuestro verdugo... Uno de los avances en la técnica del garrote vil fue la invención del trinquete.

Sí, del freno del trinquete, que es lo que permitía que el verdugo pudiera mantener la presión máxima tras los tres cuartos de manivela pese a la resistencia del reo, que ya no tenía ninguna opción de librar el pulso. Vicente López, el compañero de correrías de Antonio López, el verdugo de Cataluña, el que mejor dormía en las vísperas, decía que “se le da a la manivela y se echa el trinquete y ya se puede ir uno tranquilo, que eso queda hecho”. Eso queda hecho...

Otra mejora fue la la creación de un carro fijo que se insertaba en el poste de la ejecución -así eran los garrotes que exhibieron los milicianos en las calles de Barcelona en el 36- pero ninguna tan importante como la que llevó a cabo el verdugo Gregorio Mayoral, al que apodaron “El Abuelo” por su larga trayectoria en el patíbulo. El garrote de Mayoral, su “Guitarra”, era más ligero de peso y de volumen, pero sobre todo afinó en el punto exacto en el que había que ejercer la presión sobre el reo para que la muerte sí fuera casi instantánea. Al contrario que el resto de modelos, ejercía la presión de atrás hacia adelante a través del poste, con lo que el garrote se hundía en la base del cogote, sobre las primeras vértebras cervicales, sin que existiera ninguna masa muscular que se interpusiera en el camino de la muerte: la explosión del bulbo raquídeo y la médula espinal garantizaba una muerte inmediata, casi súbita.

La traumática, desastrosa -y mediática- muerte de Jarabo, el playboy del que ya te he hablado, provocó que las autoridades pensarán en un artilugio más efectivo. El verdugo Antonio López Sierra acudió a la cita, como era habitual, con alta graduación ética. Sumó un cúmulo de errores, tal y como todo apunta que ocurrió en Tarragona la mañana del 2 de marzo del 74. López Sierra calculó mal la altura de Jarabo y cuando se sentó descubrió que el aparato estaba demasiado bajo. Intentó rectificar sobre la marcha pero los vapores del alcohol y la lucha del reo provocaron que la presión la ejerciera en el cuello y no en la base del cráneo, que era el punto de la diana que encontró el verdugo de Burgos Gregorio Mayoral. El resultado fue una muerte larga y agónica por estrangulamiento, tal y como pudo ser la de Heinz Ches aquella mañana en Tarragona.

Un rito, sí, un rito de la muerte perfectamente pautado era el que seguía cada uno de los verdugos expertos. A nuestro verdugo no le dio tiempo de aprender ninguno. El experto Gregorio Mayoral lo explicaba de esta forma: “Monto el aparato así, horizontal, en un poste de dos metros de alto y de seis pulgadas por ocho de grueso. Un carpintero me ayuda a fijarlo bien en el suelo. Se hace un agujero de dos pulgadas a un metro diez de altura y por él introduzco este tubo que lleva dentro el paso de rosca. Después sujeto el aparato al poste con estos tornillos y las tuercas. Con una tabla de dos pulgadas hago el asiento, sujeto con patas y cruces. Siempre tengo a mano dos tablas de pulgada y media por si el reo es pequeño... para subirlo un poco más, claro. Las manos ya están sujetas con una correa, atrás, a la espalda; pero los pies se atan después de sentarlo”. Bernardo Sánchez Bascuñana, el predecesor de José Monero en la Audiencia de Sevilla, lo narra a su manera: “Yo el aparato lo monto una vez que ya está sentado el reo, o sea que cuando éste va al palo, el palo está vacío, únicamente con las dos alcayatas que le pongo para apoyar allí el aparato. Precisamente procuro enterarme antes de la estatura del interfecto, para colocar las alcayatas a una altura conveniente. Pero por lo regular las pongo un poco altas, lo que prefiero así, porque si luego es preciso poner un par de mantas dobladas debajo del reo, para que se siente, pues se ponen; además, en la estatura de un hombre sentado no puede haber mucha diferencia con otro; la diferencia, de haberla, está más bien en las piernas. Sentado ya el reo es cuando coloco el aparato en el palo y en torno a su garganta, encajándolo de atrás adelante en el poste, con la parte de atrás ya agarrada a la parte de atrás del poste y cerrando el pasador por delante sobre la garganta del reo. Así que le doy y eso es tan rápido que...no se da cuenta”.

Una técnica aparentemente sencilla pero que requería de unos pasos calculados e infalibles. Hay dos imágenes que no logro que se borren: Heinz Ches con una funda de cojín en la cabeza y José Monero camino de Tarragona con un garrote de alcachofa del siglo XIX. Y ninguno de los dos quería encontrarse aquella mañana del 2 de marzo de 1974.

**JORNADA 12.**

No es una cuestión de periodismo o de literatura. Es una cuestión de dedicación vital. Te reconozco -sí, te lo reconozco- que no vale la pena ser escritor a media jornada porque ser escritor a media jornada es mucho menos que ser la mitad de un escritor. Es ser un escritor diezmado, amputado, inválido, inútil. En estas horas de la noche en las que he acostumbrado a escribirte sobre los avances en la vida de mi verdugo, es cuando únicamente me siento un poco escritor. El resto del día, entre noticias clínicas de usar y tirar, entre órdenes absurdas de un director de periódico inepto y un redactor jefe que sólo se preocupa de aseguar al director, es imposible encontrar el tono, la medida, las palabras, el ritmo, la cadencia. En ese trasiego infernal es imposible encontrarme conmigo mismo. ¡Pero qué importa si ya te he dicho que todo esto va a quedar escrito en el agua, como en la tumba de Keats!, ¡qué importa!, ¡a quién le importa lo que te escribo y a quién le importa la vida del último verdugo que tuvo Sevilla y que ejecutó en España! Si algo importa es la literatura y ni siquiera logro la forma de encontrar la literatura. ¡La literatura! Oran Pamuk dice en uno de sus libros que para poder escribir bien es preciso “aburrirse como es debido”. “Y para aburrirme como es debido tengo que sumergirme en la vida. Cuando estoy en medio de todo ese barullo, de todos esos despachos, teléfonos, amores, amistades, costas soleadas y entierros, o sea, cuando estoy a punto de zambullirme en el corazón de los acontecimientos, de repente siento que en realidad estoy al margen. Empiezo a fantasear. O, desde una perspectiva pesimista, se puede pensar que empiezo a aburrirme. En cualquier caso, hay una voz interior que me dice ‘vuelve a tu habitación, siéntate a tu mesa’”.

Me gustaría sufrir el mismo bien del aburrimiento que Oran Pamuk. Me gustaría que ese estruendo de llamadas en el periódico, de órdenes absurdas de mis superiores y del destello de noticias hechas en tres minutos en el microondas, me llevara a un aburrimiento tan profundo que en estas horas de la madrugada ya me encontrara en el momento de fantasear, en el momento del escritor, en el momento de escribirte a ti como es debido para que nadie -quizás- lea nunca lo que te escribo. Esa función la hace el güisqui que siempre tengo a mano, como los verdugos cobardes en las horas previas a la ejecución,

como puede que hiciera José Monero aquella mañana en Tarragona. ¿Te he contado que Blanca me ha reprochado que no piense en la paternidad? “Sólo tú, el periódico y tu verdugo... El éxito en la vida no sólo es el éxito profesional, no es sólo cuánta gente lee la mierda de tus noticias en la web del periódico o qué pasó con ese criminal que dices que mató en Tarragona a un polaco que resultó ser alemán. Te has dejado arrastrar”. Te has dejado arrastrar...¿Por qué me he dejado arrastrar? ¿Sabes la paternidad que me gustaría? La paternidad de esta historia: la historia del último verdugo. Es cierto Blanca, sí, la única paternidad que busco en este momento es la literaria. Prefiero el güisqui de mis madrugadas que cambiar pañales llenos de caca de bebé. Y quiero llegar, en mitad del ruido, a esa delectación del aburrimiento para escribir con el asiento necesario sobre el último verdugo. Quiero que obre el milagro de Portis, uno de los maestros del reportaje estadounidense. ¿No sabes quién es Portis? Pues Portis un día abandonó de repente su corresponsalía en Londres del Herald Tribune. Nadie entendía que dejara una tribuna de tan alta graduación periodística y económica. Se fue, sí, sin avisar. Regresó a los Estados Unidos y se mudó a una cabaña de pescadores en Arkansas. En seis meses escribió una hermosa y pequeña novela que tituló *Norwood* y luego llegó *True Grit*, que fue un gran éxito de ventas. Ganó una fortuna y abandonó por supuesto el periodismo. Sin duda he bebido en exceso. Al menos, que sea porque aspiro a la literatura y no por el periodismo de tres minutos en el microondas. Que sea por el instante exacto en el que el aburrimiento de Oran Pamuk lo lleva a fantasear. Que sea por el último verdugo, joder.

### **JORNADA 13.**

¿Por dónde puedo empezar a contártelo? Estoy feliz y abatido. Confluyen ambos sentimientos a partes iguales. Hace unos días que no escribo, que no te escribo, y no ha sido por dejadez sino porque estaba tratando de hilvanar algunos cabos que me había dejado sueltos. ¿Recuerdas el antiguo miembro del Consejo General del Poder Judicial del que te hablé, que había sido secretario judicial durante mucho tiempo en la Audiencia provincial de Sevilla donde trabajó nuestro verdugo? Pues volví a la carga. Pongamos que se llama Antonio, aunque no quieras que te dé todos los detalles. En la última semana

lo llamé varias veces y finalmente pude contactar con él. Guardaba mi teléfono y se acordaba de aquella entrevista en el hotel Ayre de Sevilla -entonces se llamaba hotel Occidental- en la que se me olvidó darle al botón rojo de la grabadora. Me felicitó después por un relato en estilo indirecto en el que inventé bastante más de lo que recordaba. Al fin y al cabo, ese es el periodismo de creación... ¿no? Pues resulta que Antonio ya no tiene el cargo de vocal del Consejo General del Poder Judicial. Me dijo que pasó un tiempo por el Ministerio y ahora ha vuelto después de un tiempo a Andalucía a un órgano de extracción parlamentaria. Son tantos los consejos, fundaciones, agencias y órganos de esta laya que no es fácil retener el sitio con la nomenclatura exacta. Lo importante es que esta vez sí que ejercí de periodista, lubricando la conversación con los detalles exactos de aquel encuentro y la bonanza de las reformas legales que había acometido el Partido Popular -Antonio trabajó en el Ministerio con el Partido Popular- para cerrar en el bar del Parlamento de Andalucía un amistoso café. “Se sabe muy poco de aquel verdugo, yo nunca coincidí con él, pero voy a hacer algunas llamadas y algo seguro que tendré que contarte. Tengo una reunión dentro de poco en el Parlamento y nos vemos cuando acabe”.

Esta vez no tuve que inventar ningún alambicado relato en el periódico para escaparme al café con Antonio porque la reunión fue ayer jueves por la mañana, coincidiendo con la sesión de control en la Cámara autonómica. Quedamos a las diez y media para estar listos antes de las doce, que es la hora a la que comienzan las preguntas de la oposición al presidente de la Junta. Tengo que confesarte que nunca como ayer -pobre de mí- he llegado con ese estado de embriaguez periodística al Parlamento. Y claro que no era por el duelo de las doce, que uno puede escribirlo con quince días de antelación porque esa historia siempre se repite, sino porque se me quedaron clavadas seis palabras: “algo seguro que tendré que contarte”. No sé si me sudaban las manos por el café que me pedí o por la adrenalina de las vísperas de la noticia. Lo cierto es que me sudaban las manos. En ese momento no estaba en la cafetería del Parlamento para tratar de cazar a lazo a un político, para sonreír a una fuente informativa o para que un jefe de prensa me concretara el tema que estaba escribiendo para el fin de semana -¿recuerdas lo de cargar la lavadora?- , sino que aguardaba un posible avance sobre la vida de José Monero, nuestro verdugo. Aguardaba como un perro lebel...

A las diez y cincuenta minutos comenzó a extrañarme un poco la tardanza pero lo atribuí a mi urgencia. Y me calmé a medias después de comprobar que el sudor de las manos brotaba a rabiones. Hubo un conato de llamada pero lo aborté sobre la marcha. “Cálmate, joder, cálmate”. A las once y cuarto probé con un prudente mensaje de texto: “Hola Antonio, estoy en la cafetería, no hay prisa -¡y tanto que la había!- pero nos vemos cuando puedas. Saludos”. Pasaron quince minutos. Y siguieron pasando los minutos mientras crecía la posibilidad cada vez más cierta de que Antonio no se presentara. La hora máxima que me di -tan alborotado iba que lo pensé en inglés: el “deadline”, pensé- eran las doce menos un minuto, para tener el tiempo suficiente de asistir a la sesión de control y tener algo que escribir por la tarde en el periódico. Y llegaron las doce menos un minuto. Me levanté sin enfado porque estoy acostumbrado a ir tropezando en esta historia del verdugo. Sólo han sido tropiezos -algunos tropiezos magníficos....- en los caminos que me llevan a su historia. Tropiezos con Blanca...y con el güisqui Macallan, el mismo que me estoy bebiendo en esta nueva madrugada. Me invitó un parlamentario al café haciéndome honores con la sonrisa. Salía de la cantina de la Cámara resignado, con cara de cristiano recién comulgado, pero justo en ese momento vi a Antonio -¡sí, lo vi!- cruzar la puerta de entrada de la cafetería sujetando un maletín. Pelo blanco, chaqueta azul ojito de perdiz y corbata con unos extraños barcos piratas. No sé cómo pude reparar en los barquitos porque mi mirada quedó fija en el maletín de piel.

-Daba por hecho que te habías ido. Disculpa la tardanza, pero ya sabes que en la reunión con un político uno sabe cuando entra pero nunca cuando sale. Acabo de ver tu mensaje.

Opté por el abrazo con alguien que había visto media hora en mi vida hacía ya bastantes años, pero el exceso de confianza era la única forma de esquivar el sudor de mis manos. Nada, en cualquier caso, que fuera extraño entre políticos.

-Ya sabes que los periodistas tenemos la paciencia del cazador de aguardo. Las exclusivas siempre son una combinación de astucia, suerte y espera.

La verdad es que improvisé lo de las exclusivas por decir algo simpático u original, ¡yo qué sé lo que quería decir! No me quedó del todo mal porque Antonio me respondió con la mirada, con un gesto de aprobación.

-Oye, ¿cómo que te has metido en esta historia del verdugo de la Audiencia? Supongo que estarás escribiendo un reportaje para el periódico. Saluda, por cierto, a tu director de mi parte.

-Sí, es un reportaje amplio, en el que llevo algún tiempo trabajando. Recordarás mi primera llamada hace algún tiempo. Estoy investigando en la vida de José Monero. El gusanillo me despertó en una entrevista con el presidente de la Audiencia. Vi por casualidad el garrote del sótano y ya sabes cómo somos los periodistas. El presidente de la Audiencia no me dio muchos detalles pero no he podido resistirme. ¿Un café?

-Sólo por favor.

-Pensé en ti porque sabía que habías trabajado mucho tiempo como secretario judicial y podrías tener alguna información sobre el verdugo, aunque recuerdo que me dijiste que nunca habíais coincidido.

Antonio se me acercó un poco más y puso la voz en sordina como si casi cincuenta años después de la ejecución de Heinz Ches aún hablara de un asunto custodiado confidencialmente en su despacho.

-Verás. Yo no conocí a José Monero y por las llamadas que he podido hacer no hay nadie en la Audiencia que lo haya conocido.

No pude controlar el impulso:

-¿Y eso es todo lo que tienes que decirme?

-José Monero es una incógnita porque él también se encargó de ocultar su vida. Ten en cuenta que ha pasado mucho tiempo. Este hombre dejó la Audiencia de Sevilla poco después de matar a Heinz Ches porque con la llegada de la democracia, y la aprobación de la Constitución, se abolió la pena de muerte en España. En cualquier caso, te digo alguna cosa más.

-¿Qué?

-Todos los documentos de la Audiencia provincial de Sevilla los trasladaron a la Chancillería de Granada. Hace tiempo ya que se produjo ese movimiento de papeles. Y ahí debe haber algunos datos sobre el verdugo.

Ciertamente no sabía si estaba ante un nuevo descubrimiento o ante la imagen de un inmenso barco -mi historia del verdugo- que se va alejando en el horizonte, pitando a lo lejos con una gran bocina.

-¿En Granada?

-Sí, en Granada. Y sobre Granada hay un dato más que te puede interesar. Según me cuentan, el verdugo, cuando llegó de vuelta a Sevilla tras el ajusticiamiento, le entregó el garrote a la mujer del que era entonces secretario de gobierno de la territorial de Sevilla, que por cierto es la madre de un magistrado de Granada: José Luis Vílchez. Puedes tirar del hilo. Cuando aquella mujer se dio cuenta de lo que le había entregado el verdugo se llevó un buen susto. La verdad es que no era para menos.

Se me había secado el sudor de las manos. Lo despedí con un corto pero contundente saludo y le prometí que lo mantendría al tanto de las novedades. No le reclamé más información sobre el verdugo porque las breves y últimas palabras sonaron a broche y despedida, a no me pidas lo que no tengo. Y aquí me encuentro a estas horas de la madrugada, con tantas incógnitas como certezas. Ya habrás deducido que no pude asistir a la sesión de control parlamentaria, aunque no fue difícil arreglarlo con una mezcla elegante de varios teletipos de Europa Press y la Agencia Efe. Quedó casi tan bien como la entrevista no grabada a Antonio, el ex secretario judicial de la Audiencia de Sevilla, hace demasiados años para recordarla.

#### **JORNADA 14.**

El espanto que sufriría la mujer del secretario de gobierno de Sevilla al descubrir que la maleta que le había entregado José Monero contenía un garrote vil, una rudimentaria máquina de matar... Cuando aquella mujer se dio cuenta de lo que le había entregado el verdugo se llevó un buen susto... Esas palabras me siguen acompañando y de alguna forma me siguen hiriendo...sí, hiriendo. La cruz del verdugo ya era lo suficientemente dura para añadir el más pesado de los castigos: el repudio, el rechazo

público, el asco social. José Monero era sin duda un apestado, un leproso bíblico del que todos huían no sólo por ser un asesino sino por llevar con él la sombra de la muerte. Por ese motivo ocultó a todo el mundo que cobraba una soldada de verdugo de la Audiencia y se presentaba en el barrio y ante los amigos como vendedor de libros. La soledad, el aislamiento, el dolor interior... ¿Por qué nadie quiere comprender que quien mata realmente es la ley, la ley y no el hombre? ¿Sabes? Me gustaría tener delante de mí a nuestro verdugo -ya es nuestro verdugo- para poder preguntarle qué sintió en aquellas horas definitivas, cuánto le dolía su soledad, su apartamiento, su gran secreto, por qué emprendió un camino errático hacia Tarragona, un camino contra sí mismo.

El reo y el verdugo es una antítesis, una combinación maniquea de buenos contra malos. ¿Quién es el bueno, el que aprieta una manivela porque lo dicta la ley y su hambre o el que llega al cadalso por envenenar a traición a una familia o matar a la mujer del amante para avanzar en su camino de éxito? José Monero era, en el fondo, un verdugo del medioevo, un verdugo antiguo que tenía que seguir matando con las manos. En algunas zonas de Estados Unidos, la gran potencia que mueve el mundo, existe la pena capital, pero matan con silla eléctrica o con inyección letal. Son muertes limpias, profilácticas, higiénicas... Aparentemente no hay ningún intermediario con la muerte, nadie pone sus manos y mucho menos su fuerza al servicio del ajusticiamiento. En Estados Unidos hay una persona que presiona el botón de la inyección letal o activa los más de dos mil voltios de la silla eléctrica hasta que el cuerpo del reo acaba interiormente carbonizado, pero no son verdugos medievales como José Monero, son verdugos científicos que llevan bata blanca y se preocupan por la humana muerte del condenado.

La humanidad se ha preocupado de alejar las manos del verdugo de su víctima, quitarlas de la escena y borrar las huellas del presunto crimen. La muerte noble siempre fue a espada. A espada o con un certero y rápido hachazo. Ana Bolena, una de las mujeres penitentes de Enrique VIII, eligió la espada y María Estuardo se decantó por mirar de frente el hacha. Luego sus partidarios difundieron el rumor de que su cabeza había hablado después de muerta. En este afán de apartar las manos del verdugo y tecnificar la muerte surgió en Francia el revolucionario invento de la guillotina, mucho más científica

que el garrote que se llevó nuestro verdugo camino de Tarragona. El doctor Guillotin, antiguo jesuita, propuso a la Asamblea francesa una máquina decapitadora en la que la víctima no sufriera dolor y el verdugo no tuviera que ejercer la fuerza que ya la imprimía la pesada y afilada masa de hierro en su rápida caída hacia el cuello. Se atrevió a decir que “el suplicio que he inventado es tan delicado que si la víctima no se esperara la muerte no sabríamos cómo definirlo y creeríamos haber sentido en el cuello sólo una ligera brisa”. Más tarde, la perfección del doctor Louis, que introdujo una cuchilla oblicua en lugar de la de media luna, acabó por consagrar esta forma de matar. La guillotina era una máquina racional, revolucionaria, moderna... Con la guillotina ya no tenían sentido los intentos de soborno de la familia de la víctima para que la muerte fuera lo más rápida posible. Sí, esto ocurría exactamente así. La familia y amigos de los reos a muerte se entrevistaban secretamente con los verdugos para ofrecerle dinero a cambio de que aplicaran los castigos de la forma más piadosa. La horca también se profesionalizó y el verdugo desapareció de la escena. La muerte primitiva en la horca se aceleraba cabalgando los verdugos en los hombros de los ahorcados. Era la única forma y poco sutil de conseguir una muerte más rápida que seguramente servía de divertimento público. La invención del escotillón dio otro gran giro. Apareció un baremo matemático para calcular la estatura, el peso del reo y la longitud de la caída, con un resultado de muerte inmediata por fractura de las vértebras cervicales en lugar de la muerte por asfixia y estrangulamiento. Era el ahorcamiento científico en el que “la posición submental del nudo y la caída larga garantizan la fractura de la apófisis transversal y corte de la médula espinal entre la segunda y cuarta vértebras cervicales, lo que, al interceptar la corriente nerviosa entre el cerebro y la médula, acarrea una muerte casi instantánea”. Una muerte moderna, rápida, oxigenada, limpia, una muerte sin manos. José Monero, nuestro verdugo, mató aquella mañana del 2 de marzo del 74 con un procedimiento de la Edad Media y un anticuado garrote de alcachofa.

No es tan difícil comprender por qué Bernardo se puso un capirote en su primera ejecución; por qué Heinz Ches acabó con una funda de cojín en la cabeza. Había que cegar la muerte artesanal, antigua y medieval, ejercida con las manos. Había motivos, claro que los había, para que los últimos verdugos españoles, incluido nuestro verdugo, fueran unos apestados, unos proscritos, unos leprosos modernos. “Esto no es como otros

métodos, que no requieren una acción directa precisamente. Aquí se toca la fibra y esa fibra eres tú y... se te enfrían las manos porque tocas la fibra. Ahí nada más que tocas un botón o una palanca y estamos terminando, como la silla eléctrica, que la enchufas y estamos terminando. Y eso es más fácil, pero lo nuestro es más difícil”. Lo nuestro es más difícil dice Bernardo Sánchez Bascuñana, el antecesor de José Moreno en la Audiencia de Sevilla. Lo nuestro es más difícil...Era mucho más difícil para nuestro verdugo porque fue la primera y única vez. Y nadie pudo enseñarle porque era un leproso moderno, un apestado, un proscrito.

Todo el mundo huía de los verdugos. Hace ya algunos siglos llevaban una vara para que nada de lo que tocaran quedara machado por sus manos. Pero esto no ocurría sólo hace siglos. Bernardo recuerda que su segunda ejecución fue en Ibiza. Allí al verdugo le llamaban el bochí. Fue a tomar café y el tabernero rompió el vaso y el plato que le pusieron por delante. “¿Esto es del bochí? ¿Esto es del bochí? Y los rompió y tiró en pedazos”. “La gente huye de mí. Unos me miran con miedo, otros parecen tenerme asco; lo cierto es que yo no molesto a nadie y que mi dinero vale tanto como el de cualquiera...Porque no soy yo el que mata; compréndanlo ustedes. La que mata es la ley”, se quejaba amargamente otro verdugo de Madrid, Cesáreo Fernández Carrasco.

Imagino a José Monero con una varita para ir a comprar al mercado. Con una varita y con los libros para camuflar el trabajo con el que realmente llevaba el pan a su casa. Imagino a José Moreno sufriendo la soledad del verdugo que en pleno siglo XX se consagró a ejecutar una muerte -no ya decimonónica, sino medieval- propia de la Inquisición. Imagino a José Monero camino de Tarragona con todas esas cruces a cuestas. José Monero ni siquiera recibió la orden presencial por parte de sus superiores. El presidente de la Audiencia de Sevilla convocó al verdugo desde el otro lado de la puerta. Le transmitió las instrucciones a través de un conserje. José Monero era un apestado, un proscrito, un leproso moderno.

**JORNADA 15.**

La discusión con Blanca ha sido bíblica. No sé por qué utilizo este término, pero me parece que efectivamente la discusión ha sido bíblica. Me pongo en la piel de José Monero. Me pongo en su piel por las numerosas penalidades que tuvo que sufrir. Su penuria económica quizá fuera menor que su penuria social, vital. ¡La vida le había condenado de forma perpetua! Blanca no tiene ningún tipo de empatía y descuenta cualquier circunstancia personal: “Son criminales”. Criminal es el que mata de forma taimada a otro, el que acuchilla por celos o por venganza, el que viola para satisfacer sus instintos. José Monero no cometió ningún crimen. La vida le puso en su encrucijada. Cogió uno de los caminos que le llevaban a su subsistencia. Fue un ejecutor de sentencias, un mediador entre la ley y la muerte, un eslabón más del sistema represor del franquismo.

Me he sumergido en la vida de muchos verdugos, me he entregado con fruición buscando en todas y cada una de las fuentes que he podido y no hay ninguno que eligiera desempeñar este oficio por sadismo o por pura afición. En todos los casos se impone una vida caótica, precaria, hostil. Una vida trágica que se agarra al único asidero posible. Cesáreo Fernández Carrasco había sido soldado en Cuba. Volvió a España tras perder la guerra y no le quedó otra opción que las dieciocho pesetas mensuales que le ofrecían por el trabajo de verdugo, más el plus de cincuenta pesetas por cada ejecución. Casimiro Muncio, el verdugo de Madrid al que mató el miedo y el alcohol que bebía para ponerse en paz con Dios, tampoco tenía ninguna vocación. Fue esclavo de las circunstancias: “Esta perra vida, los chicos, la familia, los agobios, el hambre. Me engolosiné con las doscientas veinticinco pesetas que ofrecían y un mal día, cuando leí el anuncio del concurso, lo solicité. Me asusté, guardía, me asusté, puede creerme, cuando me comunicaron el fallo. Ya no podía retroceder. Mi pobre mujer, una verdadera santa, enfermó de la impresión cuando lo supo y ella fue mi primera víctima. Enfermó de gravedad. Estaba en estado y su muerte, acaecida a los pocos días, acarreó y arrastró otra víctima inocente: el recién nacido. Luego se me murió otro hijo. Dicen que nosotros no tenemos corazón pero es bien cierto, señor, que los que así hablan no saben qué es eso. Para ahogar esos recuerdos, esos pensamientos lúgubres, bebo hasta emborracharme. Es

terrible este remordimiento, amigo mío, remordimiento que ya no me abandonará hasta la muerte, a la que yo, desgraciadamente, desafié muchas veces por imposición de lo que llamamos sociedad”. “Estoy arruinado físicamente, soy un desgraciado, un miserable que mata para vivir. Siempre que trabajo, me da el Estado cincuenta duros, que me gasto en medicinas porque siempre enfermo después de cada ejecución”. “Vivo ajeno a todo el mundo. Cuantos se han acercado a mí se han visto defraudados. No quiero nada con ellos. ¿Para qué? ¿Para qué ensañarse con un pobre hombre desgraciado que nada malo les hace? Ellos quieren información, y ¡qué información! Para saciar la curiosidad de la mala gente”. Las máximas conquistas de Casimiro Municio fueron una casa cerca del cementerio Este de Madrid y un hijo con un empleo en un taller de lápidas funerarias. Gregorio Mayoral, el verdugo de Burgos, cuando le preguntaron por los motivos que le llevaron a ejercer de ejecutor de sentencias, lo explicó de forma clara: “Yo no lo elegí. Vivía con mi madre pobremente. Pasábamos muchas fatigas. Un señor, que era abogado y que en paz descansa, conocía a mi madre y le dijo: ‘Hay un empleo del Estado que está vacante y sale a concurso con 1.750 pesetas. Su hijo Gregorio serviría, y como ha sido corneta en el servicio militar puede ganar el concurso por méritos’. Mi madre me lo dijo, fui a ver al abogado y me explicó la cosa... Al fin y al cabo sólo se trataba de cumplir órdenes. Bueno ese señor echó la solicitud, la firmé y al poco tiempo me dieron el cargo. Mi madre no quería que firmara y la pobrecita lloraba como si yo fuera el reo”. Así que Gregorio Mayoral, “El abuelo”, el verdugo que perfeccionó el garrote hasta convertirlo en una máquina exacta de matar, tuvo como trampolín haber sido corneta en el servicio militar, mientras que Cándido Cartón, otro ejecutor de sentencias de Madrid, pasó por la Legión antes de profesionalizarse en el cadalso. Cartón cogió los aparatos del garrote enloquecido por la pérdida de varios familiares muy cercanos en los horrores de la Guerra Civil.

La vida de Antonio López, el verdugo de Madrid que sudó tinta para ajusticiar al playboy Jarabo, también es un carrusel de infortunios y pasajes propios de la picaresca del Siglo de Oro. Antonio López, su compañero de correrías y paisano Vicente López Copete, y Bernardo Sánchez Bascuñana, se repartieron los últimos ajusticiamientos de España hasta que la muerte de Bernardo puso a José Monero, nuestro verdugo, en el camino del patíbulo. Antonio López campeó en Madrid y su área de influencia; Vicente en Cataluña;

y Bernardo en el sur, con Sevilla como cuartel de operaciones. Antonio López rodó por el mundo como mejor pudo y nunca le sobró el hambre. La querencia de envolver la comida que quedaba en la mesa cuando excepcionalmente acudía a un bar o un restaurante fue una profunda herida del pasado. Antonio nació en Badajoz un año antes de que estallara la primera guerra mundial, en una casa de seis hermanos. Fue a la escuela hasta los trece años y a los catorce se inició en el trabajo de cerrajero. “Me tiré tres años de aprendiz de cerrajero, hasta los dieciséis. Ganaba veinticinco céntimos todas las semanas. A los quince años ya ganaba diez reales, dos cincuenta diarias. Luego pasé a peón de albañil, en la capital. De albañil me tiré hasta los diecinueve años, o sea, albañil he sido siempre”. En aquellos tiempos tenía una novia y uno de los caciques de Badajoz olió la debilidad: fue a hablar con él para que le prestara, previo pago, su ligue. Se revolvió como un jaguar herido. Le pegó una cuchillada, de la que el cacique tardó veinte días en curarse. Como Cartucho en la novela de Martín Santos, el agredido lo amenazó a la salida de un baile para arrebatarse definitivamente la novia, pero el cacique salió con el rabo entre las piernas. Antonio cogió una pistola de su padre de dos coñones, se acercó tanteando el terreno y le pegó dos tiros en las piernas. Fue el primero de los muchos pasos por el presidio. “Me encerraron pero luego ya vino mi padre, que era el jefe de los mangueros en el Ayuntamiento. Era el que mangoneaba en las elecciones cuando por dos kilos de azúcar o un kilo de garbanzos o diez duros se compraban los votos. Con otros señores de allí, me sacaron sin más complicaciones. Yo entonces, en mi juventud, era un punto peligroso”.

En esos años se casó el verdugo de Madrid, cumplida la mayoría de edad. Dejó embarazada a su novia y su padre le obligó a pasar por el altar. Tuvo trece hijos y sólo pudieron vivir dos hasta una edad razonable. “Los demás se fueron muriendo de pequeñitos todos. Es que antes había mucho más atraso”. “Entonces empecé a dedicarme a la vida de la albañilería para poder vivir. Luego fue cuando tuve un fracaso y me metieron preso. Me condenaron en la prisión de Alcalá de Henares, luego en la prisión de Burgos y de aquí voluntario a la prisión de Segovia, al sanatorio de tuberculosos de presos, para hacer el servicio militar de camillero. Tenía poco más de veinte años y ya se me habían muerto dos muchachos”. A la prisión de Alcalá entró durante la Segunda República. Fue por encubrir un robo. Le condenaron a seis años y un día de prisión que

no agotó en su totalidad. Cumpliendo condena, entró detenido Juan March y, como ya tenía destreza en las labores de albañilería, le arregló el cuarto al financiador de los republicanos. Eso fue antes de que Juan March se escapara de la prisión de Alcalá tras sobornar al oficial de la guardia Eugenio Vargas y huyera a Gibraltar. “Era un hombre alto, que andaba con trabajo. Vendría a tener entonces unos sesenta y tantos años y allí se pasó cinco o seis meses. A mí me daba una gratificación de quinientas pesetas todos los meses, que ingresaba en mi peculio y luego fue cuando ya se fugó del penal, estando de jefe de servicios don Emilio, a lo cual después fue detenido e ingresado en la misma prisión por la fuga, que se había efectuado en un avión con un oficial de prisiones que se llamaba don Miguel, y luego ya don Juan March salió diputado por las Baleares”.

Entre unas cárceles y otras, Antonio estuvo cuatro años y medio entre rejas. “Y a todos los sitios donde fui desde que pasó esto, que me condenaron siendo yo inocente, ya siempre fui rebelde”. Cuando estalló la Guerra Civil se tuvo que decantar. Y se decantó por el bando nacional. La represión de las tropas de Franco en la ciudad extremeña, en los primeros compases de la guerra, fue atroz. El coronel Juan Yagüe se ganó para toda la vida el apelativo de “El carnicero de Badajoz”. El dictador recompensó al africanista Yagüe con un Ministerio del Aire por aplastar la ciudad en su rápido camino hacia la gran toma, que era Madrid. La prueba de la matanza, los cuatro dedos de sangre que se hundían en el albero de la plaza de toros. Una sangre que pertenecía a más de un millar de milicianos y civiles.

El verdugo de Madrid se presentó de voluntario en las fuerzas de choque, en los Regulares de Melilla. “La guerra la hice toda en Peñarroya, todo ese territorio, y por Granada, por Sierra Nevada. Y allí, a pegar tiros. Había que cumplir las órdenes. De matar a nadie no se puede decir, por ahí no se sabe”. “En Pozoblanco caí enfermo, en un contraataque. Fui al hospital a Córdoba y de allí a Málaga, con una herida por una onda explosiva. Me incorporé otra vez en Peñarroya y luego, cuando la terminación, fuimos con las tropas nacionales a Villanueva de Córdoba y Úbeda. Allí estuvimos ya hasta la terminación de la guerra. Nos licenciamos en Mérida”. “Yo en la guerra... yo en la guerra española si llego a ser uno de esos hombres reservados, que guardan... pero como tenía hijos...

Cuando la guerra fue cuando ya se había muerto uno de los muchachos que tenía...o dos”. Lo de guardar y el estraperlo llegó después, cuando acabó la contienda. Comerciando entre bandos con las mercancías de los territorios que quedaron arrasados algunos consiguieron enriquecerse hasta subirse al pódium de la fama y así poder lucir puro y sombrero de postín. Uno de los adelantados fue Rafael Sánchez “El Pipo”, el primer apoderado de “El Cordobés”, rey en los despachos de las plazas de toros traficando con la miseria. “A la terminación de la guerra ya me volví a la capital a vivir, a hacer la vida normal, a trabajar de peón de albañil. De ahí fue cuando ya solicité un destino en el sanatorio de la Poyata, un sanatorio antituberculoso, de conserje. Pero no me lo aprobaron. Por una equivocación de un certificado no pude ocupar ese puesto”, cuenta Antonio López Sierra.

Al verdugo de Madrid no le quedó más remedio que enrolarse en otra guerra. Se presentó como voluntario en la División Azul. Se fue a Alemania. A la vuelta a España no se encontró nada más que hambre y volvió para trabajar en lo que pudo en el país teutón. Era la Alemania a la que pertenecía Heinz Ches, de la que huyó la víctima de nuestro verdugo, José Monero, cuando la República Democrática -poco democrática- se convirtió en un régimen opresor como lo fue el régimen franquista o el régimen de Hitler. “Cuando llamaron para la guerra esa de Alemania, como necesitaban obreros, me fui a trabajar, pero no me fui solo. Fueron muchos miles. Estuve trabajando en la fábrica Reinbac. Ahí me tiré cinco meses. Como peón trabajaba allí. Se vivía muy bien, se ganaban perras entonces. Al cambio, el marco era muy bueno. Cambiábamos a cuatro veinticinco”. El salvoconducto que utilizó para volver otra vez a España fue aplicarse por todo el cuerpo una pomada que provocó un gran sarpullido. Consiguió lo que quería: aparentar que tenía sífilis. El estraperlo ya lo inició en Alemania, trayéndose un cinturón lleno de agujas que iba a revender por los comercios de España, pero que acabó vendiéndolas a bajo coste a unas monjas. “Lo que me traje de Alemania fue el cinturón todo lleno de agujas de máquinas de coser Singer. Un cinturón ancho de cuero que yo tenía con dos mil agujas clavadas en el forro porque ya sabía que aquí había escasez y allí no costaba nada. Se las quedaron todas a cuatro pesetas cada una las monjas, que tenían varias máquinas de coser y las necesitaban”. “La guerra esa acabó estando yo ya en España, sí”.

La vuelta a Badajoz ya le iba acercando al trabajo de verdugo que no llegó muchos años más tarde. Antonio López era una máquina de supervivencia que tenía el cuerpo blanco de hambre y negro de tristeza. Se entregó de pleno al estraperlo y a divertir y engañar al personal -a partes iguales- en las ferias de Badajoz y alrededores. Su hermano, al que llamaban “El sargento” porque había sido sargento en Carros de Combate en la guerra, y el que más tarde fue verdugo de Cataluña, Vicente López Copete, le acompañaban en estas correrías. Estuvo tantas veces en la cárcel que acabó de confidente de la Policía. “Ya sabía la Guardia Civil que por nosotros no había follones de ninguna clase. Y es más, que por medio nuestro pues todo lo que había allí estaba controlado y se sabía quién era y quién no era, los que estaban y todo lo que estaban haciendo. Así que no había inconveniente en dejarnos ganar honradamente unas pesetas con los primos de las ferias, que quieren llevarse las perras y lo que hacen es perderlas y dejarse hasta las pestañas, como se descuiden”. “Pero lo que pasó una vez fue que llegamos y nada más llegar vienen los de la secreta y nos detienen. ¿Qué pasa aquí?, ¿qué es esto? Se llevaron todo el juego de las cartas, con la trile, que se juega sólo con tres cartas”.

Tanto roce con la Policía y la Guardia Civil, tantos pasos por el cuartelillo, acabaron reportando a Antonio López, compañero de José Monero, un oficio. El oficio de verdugo. Un policía amigo suyo fue quien le prepuso el puesto. Le preguntó si era capaz de manejar el garrote vil. “Hombre, valor, si hay que tenerlo, se tiene”. El mismo policía le dijo que existían plazas vacantes que había anunciado el Boletín Oficial del Estado. Se ofreció a ayudarlo con el escrito para la solicitud. “Ya me había olvidado del asunto cuando en diciembre se presentó un oficial en mi casa, uno del juzgado, a decir que me presentara yo allí. Mi mujer toda asustada. Qué va a pasar, no pasa nada. El señor juez me mandó llamar. Muy educado quiso que entrara yo solo y me dice: ‘¿usted es el fulano de tal, usted solicitó tal cosa, el puesto de ejecutor de la justicia?’ ‘Sí, señor’. ‘Pues ha llegado la aprobación del Ministerio y debe usted presentarse en la Audiencia de Madrid el 26 de diciembre a las once de la mañana’”. Antonio pidió la plaza de Sevilla, pero ya estaba cubierta por Bernardo Sánchez Bascuñana, el verdugo del sombrero, la pajarita, el verbo socrático y las pataítas en las cuevas del Sacromonte. Le ofrecieron Madrid o Barcelona

y se quedó con la Villa y Corte. Tomó posesión en el año 1950. Estuvo dos meses solo, en una pensión. Primero en Atocha y luego en Carabanchel Bajo. Siguió viviendo en Badajoz pero al final tuvo que coger carretera y manta e irse a Madrid porque todo el mundo sabía ya que Antonio, el hermano de “El sargento”, era el verdugo de la capital. Intentó que su hijo se sacara el carnet de chófer porque el oficio de fontanería estaba cada vez peor. Su hijo Cándido, que nació el mismo año que Antonio López optó a ser verdugo de Madrid, recordó mucho tiempo después en una entrevista en *El País* que su “viejo parecía un tipo muy duro, pero te aseguro que siempre iba borracho cuando tenía que ejecutar a alguien. Era un trago hacer eso”. A Cándido, en el colegio, lo llamaban “El guillotinas”.

De Badajoz era también Vicente López Copete, el verdugo de Cataluña, que se enzarzó a cuchilladas con Paco, el hermano de Antonio López Sierra, a cuenta de las rifas, el trile, el contrabando de todo lo que estuviera al alcance y el reparto de la quinta de las ganancias, como hacía El Cid con su ejército. Los dos acabaron presos. Paco con siete agujeros en el cuerpo y una estocada casi mortal que le rozó el hígado. Vicente debió estar la mañana del 2 de marzo de 1974 junto a Heinz Ches. Cataluña era su territorio, pero en ese momento estaba cumpliendo condena por un delito contra una menor. Cambió el garrote por una cuestión más dulce: sus últimos días laborales los pasó trabajando en Elche en una empresa de caramelos. El azar lo marca todo. Si Vicente hubiera sido el ejecutor de Heinz Ches y no el inexperto José Monero, no estaría una madrugada más escribiéndote. Vicente era de nervios templados, sereno, dormilón en las horas previas en las que debía apretar la manivela. Frío con el garrote y con la navaja, propiedades que intentó explotar subiéndose a la tapia en las abundantes ganaderías extremeñas para probar suerte como maletilla.

“En esta vida hay que conocer de todo. Yo conozco lo bueno y lo malo, y lo del medio. Yo he pasado por todo. A mí me ha entrado el agua por la cabeza y me ha salido por los pies”. Así le resumió Vicente su periplo vital a Daniel Sueiro. El verdugo pacense con plaza en Cataluña nació en una familia de tres hermanos. A uno de ellos lo mataron en el frente de Extremadura con 18 años. Pertenece a la quinta del 40. En su casa nunca

abundaron ni la comida ni los buenos consejos. Su padre era ferroviario aunque Vicente trató de cambiar la mecánica de los trenes por la de los coches. No tuvo mucho éxito. En el colegio aprendió las cuatro reglas, a leer y a escribir. La única ventana de oportunidad que encontró fue enrolarse como voluntario en la Legión en Marruecos cuando cumplió la mayoría de edad. Antes estuvo trabajando en un circo. Un circo que se llamaba Circo Bozas. Él era el encargado de la jaca que tenía Amelita Bozas, Miss Andalucía en 1933, la hija del dueño y novia de Victoriano de la Serna, gran torero en la plaza y en la alcoba. Con el circo hacían gira por las provincias de Cáceres y Badajoz y saltaban a algunos destinos más lejanos como Jaén. “Me despedí del circo por unos asuntos y ¿sabe lo que hice? Pues comprarme en un estanco un cajón vacío de esos de tabaco, comprar un pliego o dos de papel de barba y un lápiz y pintar un cuadro para el juego. Con el papel pintado encima del cajón me gané unas perras hasta que vino la Guardia Civil”. Vicente, en compañía de Antonio López Sierra -que todavía no era verdugo de Madrid- se aficionó a dar golpes por las ferias a los más incautos. Y perfeccionó el oficio para extenderlo a los dominios africanos. “No sé si usted lo sabrá. Este es un juego de tres cartas. No se juega nada más que con tres cartas y le llaman el juego de la trile. O sea, coges las tres cartas y las pones así, boca abajo. Tres cartas nuevas, de baraja. A ti te enseñan una carta: con esta es con la que se gana, y con estas otras dos se pierde. Te las enseñan. Y él hace así, pim, pam. Si me levanta por aquí, bien, si me levanta por aquí, también, para ganar con este. Te hace así y tú te crees que la carta está en un lado y donde está es en el otro”.

En La Legión fue cabo y tuvo una novia hebrea que a punto estuvo de ponerle para siempre la chilaba y las pantuflas. Llegó a cabo. Anduvo por Nador, Casablanca, Fez, Mequínez... aunque pasaba también mucho tiempo en Melilla, donde le colocó una dentadura un capitán de Ingenieros. Es el oro que Vicente luce con el mayor de sus orgullos. En África se aficionó también a algunas bebidas espirituosas: el coñac, el anís, la cerveza, el ron y la ginebra. Vicente no tenía la necesidad de su paisano Antonio López; ni la del viejo ejecutor de Madrid, Casimiro Municio, al que un gitano le partió el dedo índice de una mano de un mordisco en una turbulenta ejecución. Vicente era de un trago, quizás dos, nada más. El estallido de la Guerra Civil le alcanzó en Melilla. Andaba por las calles de paisano. Ya estaba licenciado y había acabado el contrato con la Legión pero prefirió no cambiar de cuerpo. La cabra legionaria volvió a tirar al monte. La guerra la

pasó toda en África aunque no pegó ningún tiro porque se dedicó a gestionar la impedimenta de los que iban y volvían a Marruecos. En el único asalto que participó, antes del estallido del Movimiento, fue en la revolución de Asturias de 1934 apaciguando el levantamiento. Cuando acabó la guerra ya estaba harto de África y de la Legión y entró por Málaga en la península hasta acabar otra vez en Badajoz. Fue entonces cuando trató de probar suerte en los talleres mecánicos, pero ni era perito en el asunto ni le daba la gaita, así que comenzó a trabajar reparando calzado. No encontraba ni el sitio ni el dinero. Si tenías valor -y Vicente lo tenía- con lo que se podía ganar dinero en España en la posguerra era con el estraperlo. Y se lanzó al estraperlo, mercadeando con el aceite, la harina y el café que corría como la pólvora a ambos lados de la frontera entre Extremadura y Portugal. “No era yo, eran cincuenta mil los que se dedicaban al estraperlo porque entonces, ya ves”. Igual que con el circo y con el trile también expandió el negocio fuera de Extremadura. Se jugó la vida -entonces la Guardia Civil daba el alto y apretaba el gatillo- traficando por la Andalucía occidental de Huelva y Sevilla. Estuvo en el trapicheo hasta que se acabó: nadie pagaba lo que se pedía y amainó la carestía de productos. Antes lo detuvieron en varias ocasiones y pisó la cárcel. En alguna ocasión en compañía de su amigo -y luego verdugo- Antonio López Sierra.

A la ilegalidad del tráfico de productos se unían las tretas de los estraperlistas que trataban de dar gato por liebre y garbanzos por café para sacar el máximo rendimiento. No era inhabitual que las bolsas de café las llenaran en el fondo de garbanzos. Tan morenitos, tan bien tostados y con una hendidura tan bien hecha que a simple vista parecía el más selecto café de Colombia. Después de mucho andar y mucho trapichear, Vicente se casó en Olivenza en el año 48. Su mujer estaba sirviendo con unos señoritos en una casa en Badajoz. Trató de ejercer de marido responsable y legal trabajando en los talleres mecánicos de los autobuses Leda, la empresa que aún hoy presta sus servicios por toda España con el cuartel base en Extremadura. Se ocupó de la limpieza y el engrase de los coches pero ese oficio no rentaba. Entonces fue cuando a través de un enlace que había conocido en sus tiempos en África comenzó a trabajar en una fábrica de serrar madera, encargado de la carga y descarga de material. Tampoco daba el mínimo de subsistencia y se lanzó de nuevo e irremediabilmente al trapicheo que aprendió en España y mejoró en África, la Meca del negocio a baja escala.

Al igual que su paisano Antonio, tantos pasos por la cárcel y los cuartelillos le granjearon una amistad con la Policía y la Guardia Civil: el salvoconducto para convertirse en ejecutor de sentencias. Amo de la picaresca y del trile, ya se había convertido, al igual que muchos otros delincuentes de baja estofa, en confidente de las fuerzas del orden. Una relación de ida y vuelta, de mutuo acuerdo. La Guardia Civil miraba para otro lado cuando veía café o aceite en la raya con Portugal, y los confidentes les avisaban de los movimientos de mercancía. La Policía y su paisano Antonio, que ya llevaba dos años en el oficio de verdugo, le animaron a entrar en el cuerpo. “Me dijeron que solicitara la plaza, que existía una vacante. Había hablado también con Antonio de esto, así que escribieron. Yo firmé y me mandaron la credencial. Fulano de tal, secretario de gobierno de la Audiencia de Barcelona, certifico que el 25 de febrero de 1952 tomó posesión del cargo de funcionario de esta Audiencia, para el que fue nombrado por orden del 10 de marzo del mismo mes”. Estuvo cobrando gentilmente, sin ejercer, hasta que en abril de 1953 llegó el aviso de la primera ejecución. En las dos décadas de verdugo de Cataluña llegarían otras trece más, aunque no la de Heinz Ches, que era la que estaba destinada por azar del destino a José Monero, nuestro verdugo.

Salvo Syd Dernley, un verdugo inglés que descubrió su vocación a los once años cuando curioseaba un libro en una biblioteca que describía una ejecución, no hay casos documentados de vocación patibularia. Syd Dernley es un ejemplo extraño, una raya en el agua. Este auxiliar de verdugo murió hace más de veinte años en Inglaterra. Y hasta que le llegaron sus últimos días disfrutaba enseñando en su casa los sus artilugios de matanza. En el salón familiar instaló una maqueta a escala de la horca, con su ahorcado y su ataúd. Conservaba, además de una soga reglamentaria, una capucha de lino, correas, ligaduras y todos los instrumentos del oficio para saciar la curiosidad de los visitantes. Debió por tanto sufrir de lo lindo cuando lo apartaron del cuerpo. Algunos apuntan a que el detonante fue el comentario obsceno sobre el tamaño de las partes pudendas de un reo al que acababa de ahorcar: Johan Kenneth Livesey; pero lo cierto es que la causa mayor fue el tráfico de material obsceno que le incautaron, y que le granjeó una pena de seis meses de prisión y una importante multa. En su haber, tuvo este verdugo vocacional el

récord en una ejecución: siete segundos desde que se abrió la celda del reo hasta que se le rompió la cervical a Timothy Evans en el “long drop”. Y resultó que Timothy Evans era un tipo inocente que no asesinó a su familia...

Ningún otro verdugo conocido demostró esta vocación por el ajusticiamiento ajeno. Ya sabemos que los que demostraban mayor gallardía, resulta que se animaban en las vísperas con largos tragos de güisqui o de coñac, en algunos casos hasta ir perdiendo el hígado a trozos. Las herencias del puesto se producían más por inercia y necesidad alimenticia que por verdadera vocación, puesto que el verdugo era un dios Hades que tenía que habituarse a malvivir en el inframundo de las sombras. Después de mucho delinquir, de pasar mucha hambre, de dar tumbos por el mundo, de probar mil y una profesiones que apenas daba para mantener una familia, de jugarse la vida en la Legión o en el estraperlo, de probar con el trile, el café Camello o bajo la carpa de un circo, después de dar algún tiro por riñas con las ganancias y acabar en la cárcel, después de todo eso se abría la ventana de un puesto fijo apretando una manivela que era el último apéndice de lo que sentenciaba la Justicia.

Nunca ha hablado ningún familiar de José Moreno, nunca, pero su caso no es distinto al de sus coetáneos Antonio López Sierra y Vicente López Copete, al de Casimiro Municio, Cesáreo Fernández Carrasco, Gregorio Mayoral... y los mil y un verdugos que han habitado el mundo desde que el mundo es mundo, desde que los sacerdotes sacrificaban a quienes tuvieran a mano como exvoto a sus dioses y le entregaban el corazón aún latiendo. Bernardo Sánchez Bascuñana, el pintoresco verdugo que le dio el relevo a José Monero, nuestro verdugo, también llegó al puesto tras atravesar un rosario de penalidades. Su padre se gastó la jugosa herencia de su madre jugando a las cartas. Perdió hasta una fábrica que producía cientos de arrobas de jabón. A Bernardo le gustaba estudiar pero su padre le pegaba para que no fuera al colegio. Y todo ello le granjeó su talante locuaz y peligroso. Ingresó en la Guardia Civil durante la guerra, probó arreglando bicicletas y estuvo bien tentado de ponerse los hábitos franciscanos pero le exigieron un pastizal para calzarse las sandalias de pescador. El ingreso en el cuerpo de verdugos fue un bálsamo de estabilidad. Murió su mujer, pero no fue de muerte repentina sino tras 29 años, un mes

y dieciocho días de sufrimiento por una enfermedad. “En mi camino, a cada paso, espinas y más espinas”.

El antecesor de Bernardo Sánchez Bascañana tampoco debió tener una vida digamos que fácil. Bartolomé Casanueva, alias “Bartolo”, fue asesinado en 1948, en unas circunstancias extrañas y que nunca llegaron a esclarecerse. De él, pese al escaso tiempo que estuvo desempeñando el oficio de verdugo durante los años cuarenta, sí hay al menos una foto en la que se le puede ver con rostro hosco y gesto cenceño, camisa abotonada hasta la garganta y pelo al ras, una imagen propia del abundante hambre de la posguerra española.

Cada verdugo llega al patíbulo con una corona de espinas. Yo la veo, yo veo esa corona en la cabeza de José Monero aunque el silencio sea por ahora su gran historia. Blanca, no, Blanca sólo ve a gente de malvivir que prefirió el camino corto y fácil de la muerte, gente que no tuvo el suficiente valor para remontar la inercia de los acontecimientos. Por eso la discusión, como te decía, ha sido bíblica, de espinas bíblicas. Nada me gustaría tanto como sentar frente a mí a José Monero y que me contara su verdad, como la pudo contar Casimiro Municio, Gregorio Mayoral, Antonio López Sierra, Vicente Copete, todos y cada uno de los verdugos españoles a los que le pone voz Daniel Sueiro en un libro que me ha costado la propia vida encontrar, y que por casualidad aún estaba en una biblioteca perdida de El Puerto de Santa María. No, yo no creo que José Monero fuera un verdugo vocacional como aquel verdugo inglés. Monero arrastró su propia cruz y se puso la corona de espinas que llevan todos los verdugos.

## **JORNADA 16.**

“Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron”. Así lo escribió Fígaro, Mariano José de Larra, el mejor

periodista del siglo XIX, en un artículo que tituló -mira por dónde- “Un reo de muerte”. Claro que hay un determinismo social que te pone en un camino o en el contrario, en el de los cazadores o el de los pastores, porque en la vida -que ya lo escribió el otro gran periodista: Manuel Chaves Nogales- sólo se puede ser pastor o cazador. A José Monero, a nuestro verdugo, le tocó ser pastor, como a López Copete, como a López Sierra, como a Municio y a Mayoral. Y todos ellos, con el protocolario chute de güisqui o de coñac, transitaron gregariamente apiolando reos en el patíbulo.

La muerte pública fue durante mucho tiempo un gran espectáculo de masas en el que tanto reo como verdugo se exponían a la chanza, las chacotas y el escarnio público. José Monero agarrotó a Heinz Ches en la fría soledad de una cárcel de Tarragona, pero no siempre ocurrió así. Larra describe precisamente en “Un reo de muerte” (1835) el teatro de lo abyecto, en el que el pueblo se desparrama cuando cae el telón y sabe -huele- que alguien va a morir en la plaza. Sigue existiendo un disfrute hacia la muerte ajena, claro que sigue existiendo, y no es sólo por la venganza o el deseo de justicia hacia el delincuente, sino por la atracción de la sangre de otro. La muerte sigue siendo la gran curiosidad humana porque ninguno de los que seguimos viviendo la hemos probado. Y por eso durante mucho tiempo -y en fechas no tan lejanas- se organizó como un verdadero espectáculo público en el que se cobraba entrada y los días de mercado eran propicios para que la ejecución tuviera la máxima repercusión. Lo describe muy bien Larra: “Enseguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo que, vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado de pies y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza. Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y los balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan, y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre”. El último dolor del hombre... “Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces. Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo; en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo; esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros

de Casti, a quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos o asados. Sonreíame todavía este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe; el que sólo había robado acaso a la sociedad, iba a ser muerto por ella; la sociedad también da ciento por uno: si había hecho mal matando a otro, la sociedad iba a hacer bien matándole a él. Un mal se iba a remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce menos diez; el hombre vivía aún...De allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela; el hombre no existía ya; todavía no eran las doce y once minutos. La sociedad -exclamé- estará satisfecha: ya ha muerto un hombre”.

Esa misma expectación y recreo público se vivió con el ajusticiamiento de Higinia Balaguer, en fechas que lindaban ya con el siglo XX. Hasta 20.000 personas se agolparon para presenciar una muerte que antes corrió de boca en boca, de taberna en taberna y de periódico en periódico hasta conformar un cronicón social que atrajo la atención de Galdós, quien la plasmó en *El crimen de la calle de Fuencarral*. El caso tenía todos los ingredientes de una novela policíaca. Por eso se convirtió en el crimen mediático del siglo XIX, como lo fue el de Jarabo, el de la envenenadora de Valencia, o el de Angiolillo: Michele Angiolillo Lombardi, el periodista y anarquista italiano que mató a Cánovas del Castillo. Una mañana del 2 de julio de 1888 apareció en la calle de Fuencarral el cuerpo de doña Luciana Borcino, viudad de Vázquez Varela. Estaba muerta, boca arriba, cubierta con unos trapos mojados en petróleo. En la habitación de al lado, un perro bulldog y la sirvienta Higinia Balaguer Ostalé, durmiendo bajo el efecto de un narcótico. Los vecinos alertaron por el fuerte olor a carne quemada. Todas las miradas se dirigieron desde el principio a Higinia Balaguer, pero la sirvienta trasladó la acusación al hijo de la víctima, conocido como “El Pollo Varela”, un espíritu bohemio que no tenía precisamente un currículum immaculado. Según la versión de la criada, “El Pollo Varela” la amenazó y ella, coaccionada y seducida por el soborno, fue a comprar el petróleo, limpió la sangre del asesinato, quemó el cuerpo y cerró tras de sí la puerta del gabinete. El juicio fue largo. En el Palacio de Justicia de Madrid se formaban largas colas para seguir el proceso -y sobre todo- ver el desfile de los encausados. Higinia Balaguer se derrumbó y confesó que

mató a su ama con un cuchillo: rompió sin querer un jarrón y pagó el mal humor de la infortunada mujer con tres cuchilladas certeras. Pero quedaban más capítulos inquietantes que el público seguía con la misma voracidad que hoy se consumen los culebrones del corazón. Un nuevo dato dio un vuelco a la investigación porque se descubrió una conexión entre Higinia Balaguer y José Millán Astray, padre del fundador de la Legión y -más importante este detalle...- director de la cárcel Modelo de Madrid en la que dijo “El Pollo Varela” encontrarse la noche del crimen.

Ni “El Pollo Varela”, ni Millán Astray subieron al patíbulo. Higinia Balaguer sí fue ejecutada en garrote vil el sábado 19 de julio de 1890 a la edad de 28 años. La muerte la siguieron en directo más de 20.000 personas, más que las que caben en la plaza de toros de Sevilla, más que en la plaza de toros de Bilbao, de Valencia y casi tantas como caben en la plaza de toros de Madrid.

España fue durante mucho tiempo un enorme patíbulo. Y reos y verdugos se convirtieron en los personajes protagonistas. El Código Penal español de 1822 recoge que “la ejecución será anunciada al público por medio de carteles, con determinación del día, la hora y el sitio, así como el nombre, domicilio y delito del condenado. Y se efectuará entre las once y las doce de la mañana, nunca en domingo, día feriado, o fiesta nacional”. Se llevará a cabo “sobre un cadalso de madera o de mampostería pintado en negro, sin adorno ni colgadura alguna, en ningún caso, y colocado fuera de la población, pero en sitio inmediato a ella y proporcionado para muchos espectadores”. El reo era conducido desde la cárcel al suplicio con túnica y gorro negros, atadas las manos y en mula, que tiraba del ronzal el ejecutor de sentencias. En el caso de cometer infamia, el reo era conducido en burro, con la cabeza descubierta. Y si era traidor llevaba atadas las manos a la espalda, la cabeza descubierta y rapada, con una soga de esparto al cuello. Los asesinos vestían túnica blanca y la misma soga. Era una romería, un espectáculo público que atraía un carrusel de cocheros; pudientes que se alquilaban la calesa para lucirse ante el respetable; campesinos que llegaban a la ciudad a vender el género; gente arracimada en los balcones y en los zaguanes; vendedores de bebidas enfriadas en el búcaro; narradores de romances con los crímenes del muy pronto agarrotado; carteristas; auxiliares del verdugo que se

afanaban en sacar algún rédito cobrando tasas inventadas; y traficantes de frutos podridos para lanzarlos contra el reo y el verdugo en el caso de que la ejecución se dilatara más de lo debido. El ajusticiamiento público es una pulsión casi obsesiva del hombre porque ya en tiempos de los romanos las cabezas que mandaba cortar el César se exponían en la plaza para que todo el mundo pudiera contemplarlas. Hay una pulsión oculta hacia los detalles del dolor ajeno, hacia esos últimos instantes en el que se rompen los nervios y el reo es un vivo de cuerpo presente, un muñeco articulado al que la sangre apenas calienta. Han cambiado los métodos y los emplazamientos pero no el miedo. El miedo del reo -y el del verdugo- han sido los mismos a lo largo de los siglos. El miedo que invade al que va a morir cuando se abre la puerta de la celda por la noche y le ordenan que se vista, que ha llegado su hora. Y le leen la sentencia. Entonces el reo se convierte en un autómatas que va abandonando poco a poco su entereza, perdida ya la esperanza de que nunca ya llegue la comunicación del indulto. Heinz Ches, la única víctima de nuestro verdugo, fue una excepción, apurando los últimos instantes de su vida bebiendo chupitos de moscatel y jugando al parchís, por eso esta historia me ha atrapado hasta el tuétano.

Los grandes ajusticiamientos públicos acabaron cuando trasladaron el patíbulo de las plazas a las cárceles, pero quedaron rescoldos de aquella afición tan hispana. En Castellón de la Plana se empeñaron en que Antonio López Sierra, el verdugo de Madrid, ajusticiara a un reo en la plaza de toros, cobrando entrada y que los beneficios se destinaran a fines benéficos. “Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, déjeme suavemente deslizar al verdadero teatro; a esa muchedumbre en continuo movimiento, a esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde a veces hasta de balde y en balde se repartan tantos y tan distintos papeles”. Larra plasmó como nadie ese teatro del ajusticiamiento público. José Monero, nuestro verdugo, fue un personaje secundario, inadvertido, oculto. No sufrió ni el protagonismo ni el escarnio. No apareció en los periódicos ni existe ninguna foto. Todo ocurrió en una fría habitación de la cárcel de Tarragona una mañana del 2 de marzo de 1974, con pocos testigos y un régimen de Franco que selló la ley del silencio para que nada se supiera.

**JORNADA 17.**

Siento, ahora sí, que le estoy pisando los talones a mi verdugo. ¿Recuerdas la pista que me dio el antiguo secretario judicial de la Audiencia provincial de Sevilla? La he seguido. Por eso no he escrito en los últimos días, que los he pasado entre visitas a archivos y llamadas furtivas en el periódico. Antonio me dijo que los papeles de la Audiencia provincial de Sevilla los pasaron a la Chancillería de Granada, pero parece que no fue exactamente así. Te cuento. Pregunté en la Chancillería, que depende de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía; y de la Chancillería me mandaron al Archivo Histórico provincial de Sevilla. Y allí, Braulio, el responsable del Archivo, me puso en el camino que parece correcto: los posibles documentos sobre José Monero Renomo están en la sede del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía. Ha sido un camino tortuoso, lleno de esperas, pero he vuelto a sentir esa misma sensación del minero cuando pica en una veta de mineral. Esta mañana he recibido el correo electrónico que llevaba varios días esperando: “Respecto al tema de tu investigación, he estado indagando y al parecer la serie de expedientes personales de la Audiencia Territorial de Sevilla, que es la que podría ser de más utilidad, pasó hacia 1986 a la sede del Tribunal Superior de Justicia en Granada”. Este traslado, según me indica el responsable del archivo -quien se ha apiadado de mí por pena, por cansancio, o por ambas cosas- se produjo coincidiendo con la reforma de la Ley Orgánica del Poder Judicial en 1985, que se debatió cuando ocupaban escaño en el Congreso de los Diputados José María Ruiz-Gallardón, Juan María Bandrés y Santiago Carrillo, protagonistas de aquel cambio. Fue justo el año en el que murió nuestro verdugo, José Moreno Renomo. Me avisa Braulio de que “un trabajador de esas características poca huella más pudo dejar en la documentación administrativa de la Audiencia. Incluso los justificantes de las dietas que pudiera cobrar por su desplazamiento a Tarragona para la ejecución tuvieron que acabar en su expediente”. En el Archivo histórico de Sevilla no hay ningún rastro. Y lejos de amilanarme, me ha motivado esta noticia porque me permite descartar caminos para coger la ruta que, ahora sí, parece franca. “He estado buscando documentos sobre José Moreno Moreno (también José Moreno Renomo) en el Fondo de la Audiencia Territorial, tanto en la serie de expedientes personales como en la serie de expedientes de provisión de cargos, en ambos casos con un resultado negativo. Dadas las singulares características del puesto desempeñado por

este hombre, puede que ni tuviera expediente. Según apuntan algunas informaciones cobraba en un sobre directamente en el despacho del presidente de la Audiencia. Nadie lo conocía allí. Y hasta aquí llega lo que sabemos, me temo”. Es toda la información que me ha proporcionado el responsable del Archivo de Sevilla, quien se ha despedido de mí deseándome suerte y advirtiéndome de que “el problema radica en que Justicia tiene la documentación de estos años digitalizada desde el año 1991, pero hay un lapso en los años 80 para los que sólo cuentan con inventarios e índices en papel, y claro, todo es más laborioso”.

Nunca ha sido fácil. Desde que comencé esta historia han sido muchos los obstáculos que se han interpuesto en el camino, pero poco a poco he ido acercándome a nuestro verdugo. Seguro que no he sido el primero en iniciar esta expedición hacia José Moreno Renomo. Y seguro que tampoco he sido el primero en encontrarme con todas estas dificultades por la falta de información, de pistas, de señales que nos lleven hacia el último verdugo que tuvo Sevilla. Nuestro verdugo tuvo que afanarse en borrar todas las huellas de su vida. De otra forma no se entiende. No hay ninguna foto, ninguna referencia directa en un medio de comunicación, ninguna entrevista. Nadie habló con él y lo plasmó por escrito ni en los dos años que precedieron a la ejecución de Heinz Ches ni en los tres años siguientes que siguió cobrando el sueldo, hasta que le suprimieron la plaza. El periódico *ABC* tenía en aquel momento una gran redacción en Sevilla. También la tenía *El Correo de Andalucía*. Me cuesta creer que ningún periodista se interesara por el testimonio del último verdugo. O quizá era un asunto proscrito, del que no se podía ni debía informar. Puede que fuera un tema baladí, sin mayor trascendencia y es a mí a quien me quita el sueño la vida de José Monero porque no sólo veo a un verdugo, sino que veo una vida de sentimientos enfrentados, una vida a rastras por las circunstancias de una época.

Es cierto que voy a tientas, pero me voy acercando a José Monero. Quiero ser al menos el único que no sucumbió ante el desánimo de tantas puertas cerradas, tanta información oculta, de tanto silencio. La próxima parada de esta historia va a ser en el Tribunal Superior de Justicia de Andalucía. Y tendré avances que contarte, seguro que los voy a tener. Siento un palpito, una extraña seguridad de que voy a encontrar los papeles que

nadie ha encontrado aún sobre el último verdugo de Sevilla, sobre José Monero Renomo. Es la pieza que va a prender esta historia sepultada por el silencio, el repudio y el olvido. Y será en Granada, donde Bernardo Sánchez Bascuñana, el antecesor de nuestro verdugo, se paseaba por las cuevas de los gitanos con su sombrero de ala ancha, su pajarita, y su filosofía parda.

Doy prácticamente por seguro que no va a existir un archivo específico de nuestro verdugo. No tenía entidad para ello. Imagínate que tienen que realizar un archivo de cada uno de los cientos, miles de trabajadores que pasaron por la Audiencia de Sevilla y por cada una de las audiencias de Andalucía. Algunos pájaros de mal agüero me han alertado además de que es posible incluso que la documentación se haya destruido porque periódicamente “hacen limpia” de los documentos que consideran menos relevantes. No voy a pensar en esta hipótesis, porque al fin y al cabo son hipótesis. Estoy más cerca de José Monero Renomo. Sé que va a haber un descubrimiento sobre su vida que no ha conseguido nadie todavía. Y cuando tenga esa pieza, cuando tenga ese eslabón perdido, voy a escribir un libro que se va a titular *El último verdugo de Sevilla*. Lo voy a escribir no como un libro o un reportaje más, sino como una gran misión. Todas las grandes historias se han escrito así. Y yo voy a escribir la de nuestro verdugo con la fuerza de un descubrimiento. Y lo haré rápido, muy rápido, dejando el rastro quemado de la escritura cuando vuela sola. Ya tiene título: *El último verdugo de Sevilla*.

### **JORNADA 18.**

Prefiero callar, callar y no decir nada. Prefiero reproducir directamente el contenido de esta carta de Blanca, que ha dejado abandonada en una mesa del jardín. Se acabaron nuestras confidencias, se acabó escribir en el agua, como en el epitafio de Keats...

*Sólo porque sé que ya no hay nada que hacer, te escribo. Eso me da la tranquilidad de no perseguir ningún fin, ni de tener ninguna urgencia. La urgencia y la instrumentalización de un teclado, como un arma de combate, fue lo que me abocó a dejar el periodismo. Lo sabes. Tengo la serenidad de la que no dispuse en mucho tiempo. Estoy en la que ha sido hasta ahora nuestra casa, en el jardín. Cae la tarde y todo lo cubre un color ambarino. Sí, ambarino, ese término que te parece tan cursi, tan demodé, tan del pasado. Nuestra relación, como la lluvia en el poema de Borges, es ya, efectivamente, cosa del pasado, Iván. Me he encendido un cigarrillo y tengo más de un paquete de Chesterfield de repuesto. Gala, nuestra gata, se amontona en el sofá, después de comerse lo que ha quedado de mi merienda. He puesto lo primero que he encontrado de Claude Debussy -sé que lo odias, como todo lo que no comprendes-. Y es el momento de colocar cada pieza en su sitio.*

*Te sumergiste en la historia del último verdugo de Sevilla no para auscultarle los intestinos a ese cretino -eso debiste hacer-, sino para que te condecoraran literariamente, para ganarte la púrpura, para sentarte en un trono y asombrar a tu grey. Y te equivocaste. Porque ahora ya ni tienes el trabajo en el periódico, ni te ha alcanzado la púrpura. Y te has quedado sin pareja, aunque ese sea probablemente el detalle más insignificante de todos los que pueda ahora contarte.*

*Me he prometido a mí misma no dejar de teclear hasta que me arranque la piel a tiras con la última letra. Son las ocho y media de esta tarde noche tibia de marzo. Mañana no voy a ir a la academia de oposiciones de Administración General, esas que repudias como un afán menor, así que me centraré en escribirte como lo hacía cuando yo también estaba en el periódico: dejando batir las manos, como un fuego que prende hasta entrar en ignición y suelta pavesas. Será probablemente lo último que escriba en mucho tiempo. Me emplearé a fondo.*

*José Monero Renomo, el último verdugo que tuvo la Audiencia de Sevilla, no merecía tantas horas de biblioteca, ni tantas visitas a archivos, ni tantas escaramuzas en el*

*pariódico, ni tanto tiempo dilapidado en un empeño inútil, en balde. Era un sicario, como todos los de su oficio, que no tuvo los arrestos suficientes para salir al mundo a ganarse honradamente el pan; o para pegarse un tiro; o para echarse al colete, como Zweig, un trago de veronal. Pusiste como ejemplo a Larra. Precisamente a Larra... quien puso en orden su destino y su conciencia con un balazo en la sien. Igual que Hemingway, que libró la última batalla contra sí mismo ante dos cañones plateados de una escopeta del calibre 12. Te equivocaste, Iván. José Monero Renomo no era una víctima del sistema, sino un simple cobarde, uno más, como todos los que prefieren agachar la cabeza y transigir. Como todos los periodistas que preferís arrodillaos a levantar la voz. Huir siempre es de valientes -nunca lo olvides- porque lo cómodo es permanecer quieto, dócil, y esconder la cabeza como suelen hacer algunas aves cuando avistan que hay algo de peligro.*

*Te va a sorprender lo que te voy a decir, pero yo también he investigado y he seguido alguna pista sobre tu verdugo y la corte de matarifes que se dedicaban a ejecutar sentencias de muerte durante el régimen de Franco. Y no he encontrado ningún rastro de arrepentimiento, ni de lástima, ni de compasión a la hora de darle la media vuelta a la manivela y romperle el cuello a los condenados. Te confieso que no he hallado ni un atisbo de literatura. Lo que sí he encontrado es resignación y cobardía. Sobre todo cobardía. Todavía me pregunto qué fue lo que te impulsó a zambullirte en esta historia, por qué te alcanzó la obsesión de desentrañar el misterio -si es que hay algún misterio- del último verdugo de Sevilla, qué magnetismo fue el que encontraste en un personaje marginal que acudía mensualmente a la Audiencia a cobrar en un sobre por estar prevenido para el día en el que tuviera que coger el maletín y montar el aparato para aniquilar a un desgraciado reo. Porque así lo llamaban: el aparato, como el albañil que va camino de la obra con el cemento y el palustre. Todos ellos eran, sí, simples obreros de la muerte.*

*La literatura hace en ocasiones malos compañeros de viaje. Sé que te sedujo que José Monero Renomo entró en el cuerpo con la esperanza de no tener que ejecutar a nadie. Llegó cuando la pena de muerte estaba a punto de desaparecer y se camufló en una doble*

*vida como vendedor de libros y ejecutor de sentencias. O eso creíste, porque ya te contaré más adelante que no fue exactamente así. Su único encargo -y creen que el único- fue la ejecución de Heinz Ches, el mismo día que ajusticiaron al anarquista Salvador Puig Antich. No hay documentos fiables. El escenario lo puso tu imaginación. Imaginaste una llamada fatídica de las autoridades judiciales y una despedida dramática de su mujer y de sus hijos para coger un coche de Tarragona, donde esperaba en una celda Heinz Ches, sin familia, sin nadie que le acompañara, arropado por un cura y un pastor evangélico porque el régimen de Franco hizo creer a todos que Heinz Ches era polaco, pero era ciertamente de la Alemania del Este.*

*Lo convertiste en una víctima. Antepusiste la literatura a la realidad y ese es un error imperdonable. Yo diría que definitivo. Ningún editor que se precie comprará nunca un injerto de realidad y literatura. Lo sabías, te lo advertí, pero decidiste seguir adelante cegado por la borrachera de una historia hacia ninguna parte. Te amarteló eso de que el verdugo y el reo escaparan de su propio destino, a ambos lados del Telón de Acero. José Monero Renomo escapaba -es tu versión- de la pobreza de la dictadura franquista; y Heinz Ches de la Stasi y de la represión del régimen comunista de la Alemania comunista. Sus vidas fueron transcurriendo en paralelo hasta que se unieron en una línea secante la madrugada del 2 de marzo de 1974. Reo frente a verdugo, verdugo frente a reo, dos víctimas por diferentes motivos, esa es la columna vertebral de una historia errática, que acaba desfondada como los pliegues de un acordeón, igual que el cuello del ajusticiado cuando penetra el garrote vil en el bulbo raquídeo.*

*Dejaste crecer las incógnitas sin darle ninguna respuesta. O peor: las inflamaste, las travestiste. Es cierto que hay un garrote vil en los sótanos de la Audiencia de Sevilla con un saco atado con una cuerda a modo de cuña. Eso fue lo que te cegó. Pero nadie que lo viviera de primera mano ha contado cómo fueron esos instantes definitivos en los que José Monero Renomo ajustició a Heinz Ches. Construiste un relato a partir de una cuerda y un saco, pero ninguno de los testigos que estuvieron en el ajusticiamiento aquella mañana del 2 de marzo del 74 ha dicho que efectivamente se produjera una masacre. ¿Y sabes por qué? Porque el régimen de Franco decretó la ley del silencio y ninguno de los*

*testigos habló nunca. No hay testimonios orales o escritos, no hay documentos, no hay pruebas, Iván. Y pese a todo decidiste seguir adelante alcoholizado por la literatura, adornando una historia inexistente. Era más literario imaginar a José Moreno intentando ajusticiar a su primera y única víctima con las manos temblorosas que con el pulso firme. Era más literario imaginarlo ensayando giros de manivela como si fueran las intentonas de verdugillo de un torero torpe, que plasmarlo como un verdugo inexperto pero eficaz que consiguió romper el cuello con ahínco a un alemán del Este llamado Heinz Ches. ¡Quién sabe! Un garrote vil con un saco y una cuerda abandonados en el sótano de una Audiencia. Te dejaste deslumbrar. Y caíste al vacío con las alas quemadas como Ícaro, pero no te diste cuenta. No te has dado cuenta.*

*Literariamente es más rentable perfilar la vida del verdugo como un desecho del sistema que se agarra al último clavo ardiendo para alimentar a su familia. Y no es cierto. Te lo argumenté en muchas ocasiones, pero ya no tenías ni ojos ni oídos para la realidad. Despreciaste la realidad. La llamada de las autoridades para acudir a una ejecución era un pasaporte a nuevas experiencias, a viajar en tren por España en billetes de primera, a conocer un trozo de nuevo mundo, a dormir en fondas que frecuentaban algunas visitadoras, a gastar las dietas en lo que correspondiera y como mejor mandara u olvidara la conciencia. El maletín de verdugo era una puerta abierta a ir al fútbol, a los toros, a conocer la playa que en esos años sólo conocían los que vivían a las faldas del mar. Y ninguno de los últimos verdugos nació a las faldas del mar.*

*Me menospreciaste. En las noches en las que te creías escritor mezclando la escritura con Macallan, yo leía y me enfadaba y me destrozaba lo que iba descubriendo sobre esos asesinos a sueldo. Bernardo Sánchez Bascuñana, el antecesor de tu verdugo, disfrutó de un placentero viaje a Ibiza para acudir a una ejecución. Tenía alojamiento y pensión completa en la cárcel. Se enorgulleció de piropear en el barco de vuelta a las “niñas” del capitán de la Guardia Civil de la Costa. Allí, como tú cuentas, al verdugo lo llamaban bochí. Y las niñas imaginaron al bochí como un demonio con barba y tridente. “Les eché un piropo de esos míos, que es lo siguiente: digo olé la crema de las esencias de la purificación de la simpatía, señorita, ¡quién fuera hombre!” ¿No te dan asco estas*

*palabras de un verdugo que acababa de matar a una víctima?, ¿no te dan asco, Iván? En otra ocasión Bernardo estuvo veintiocho días en Badajoz porque no le llegaba el dinero después de la ejecución. Aprovechó la coyuntura para vivir como un maharajá. “Veintiocho días comiendo y bebiendo, con dos policías secretas a todos lados, hasta que vino el dinero del Ministerio”.*

*Cuentas que a Antonio López, el verdugo de Badajoz, le pidieron que una ejecución se celebrara en Castellón, previo pago de entrada. Lo que no cuentas es que alardeaba de que lo habían tratado a cuerpo de rey. “No nos dejaban pagar en ninguna parte, nos invitaban a esto, nos invitaban a lo otro”. Lo trataron como si fuera un cantante, un futbolista o un torero. Se hospedó en una fonda a pensión completa. “Nos tiramos veintitantos días. Nos íbamos a los bares a jugar al dominó, a beber unos vasos de vino hasta la hora de la comida, y luego un paseo por allí distrayéndonos. Todo el mundo se portó muy bien con nosotros en Castellón de la Plana: los dueños de las fondas, el presidente y todo el tribunal”. ¿Dónde está la literatura en esta historia, Iván?, Si al menos los verdugos tuvieran un conflicto interior, una lucha intestina, un arrebató de arrepentimiento o un calvario soterrado... pero no. Disfrutaban de una vida que ni en sus mejores sueños habían tenido. ¿Qué hubiera sido de Antonio López si no decide empuñar el garrote vil? Hubiera acabado definitivamente en una cárcel o con una bala en el estómago, como acababan tantos que traficaban con café torrefacto en la raya con Portugal. Pero es un cobarde, era un cobarde. Un cobarde que prefirió acabar con la vida de los demás antes que con la suya. Tan cobarde como tu verdugo, como José Monero, al que has vestido temerariamente con los ropajes sagrados de la literatura. Y eso es imperdonable, Iván. Es imperdonable.*

*Me he metido en esta historia para escapar de ti. Me he metido hasta las cejas buscando lo que tú, probablemente, no querías que nadie supiera. ¿Por qué no has contado que Antonio López Sierra, el verdugo de Madrid, se pasó media semana de farrá en Oviedo esperando que llegara el momento de una ejecución? Antonio López no había estado nunca en Asturias. Seguramente nadie de su pueblo había estado nunca en Asturias porque en esos años de miseria viajar era un objetivo exótico, imposible, im planteable.*

*El verdugo probó por primera vez la sidra y se deslumbró en el Puerto de Pajares. No me lo estoy inventando. Él mismo lo contó a todo el que pagó para conseguir su testimonio. Se divirtió en el departamento de solteros y transeúntes de la Guardia Civil de Oviedo. Justo enfrente tenía un bar, donde acudía puntualmente a cumplir a la hora del vino con el resto de parroquianos. Y por la noche le esperaba la fiesta en la plaza principal. Fue al fútbol, como iban al fútbol los fines de semana los labradores ricos de Badajoz a los que repudiaba por tener el dinero que él nunca había podido ganar trabajando honradamente. El oficio de verdugo le dio a Antonio López Sierra la oportunidad de ver el mar. Fue en una ejecución en Alicante en el año 1954, cuando España estaba todavía cosida con las cicatrices de la guerra. Eran las vísperas del verano. Él, disfrutando de la brisa salina del Mediterráneo mientras en Extremadura se apaciguaba el hambre en los colegios con la leche americana del Plan Marshall. No quiero decir que los verdugos estuvieran encampanados en lo alto del estatus social ni que vivieran como nuevos ricos, pero sí que disfrutaban de unas regalías que no tenían los de su clase y extracción social. Y se vendieron a esa comodidad. Se vendió Antonio López Sierra, se vendió Vicente López Copete, se vendió Bernardo Sánchez Bascuñana y por supuesto que se vendió tu verdugo, José Moreno Renomo, quien acudió mansamente a la Audiencia de Sevilla, cada mes, a recoger el sobre hasta que se abolió la pena de muerte en España. Y luego litigó. Litigó como un cobarde, Iván. ¿Esperaba que siguieran pagándole el sueldo hasta el fin de sus días por un trabajo que ya no existía? A esa clase de gente es a la que has dedicado tantas horas baldías de esfuerzo. Y has acabado, como ellos, emborrachándote por las madrugadas para matar tus demonios internos. No imaginaba tener que decírtelo, pero en el fondo eres tan cobardes como tus verdugos, como ese último verdugo de Sevilla.*

*Mostraste problemas menores, casi accesorios. Ninguno de tus verdugos se ha querido arrancar la conciencia como Edipo los ojos, ninguno, Iván, y, en el fondo lo sabes. José Moreno, por supuesto, tampoco. Todos ellos encontraron una vía rápida para sobrevivir, que es la vía menos heroica de pasar por la vida. Y sabes tan bien como yo que todos se aclimataron a esa temperatura media, a esa temperatura de invernadero que le proporcionaba la paga mensual de verdugo. Se dedicaron a matar a los demás con la misma profesionalidad que hace pan el panadero, zapatos el zapatero y pone chatos de*

*vino antes del almuerzo el tabernero. Todos ellos eran simples profesionales de la muerte que igual ajusticiaban a uno que a un ciento porque alguien tenía que hacerlo. Probablemente te sorprenda lo que pensaba José Moreno sobre su oficio de verdugo porque yo si sé algunas cosas que pensaba José Moreno Renomo, el último verdugo de la Audiencia de Sevilla. No tengas prisa. Te lo contaré.*

*Dijiste que tu verdugo metió en el maletín su destino camino de Tarragona. No, Iván. José Moreno pudo torcer ese destino, pudo ser valiente, pudo tener honor, pudo negarse a acudir y afrontar las consecuencias. Es mucho más literario decir que metió en el maletín su destino. Y ese es el pecado original: tu necesidad de construir un personaje literario a partir de un asesino dedicado al rudimento de la muerte. A los verdugos no los arrastró una marea inexorable. Tenían otras vías para ganarse la vida y sacar adelante a su familia. José Moreno tenía experiencia en otros oficios. La mayoría de la gente de su época trabajaba en lo que podía y salía a flote, salía dignamente a flote. Ni siquiera optaste por la equidistancia, sino por alinearte claramente con los pobres verdugos. “¿Quién es el bueno, el que aprieta una manivela porque lo dicta la ley y su hambre o el que llega al cadalso por envenenar a traición a una familia o matar a la mujer de la amante para avanzar en su camino de éxito?”. Es tuya esta pregunta. Y no es una pregunta retórica. Es tu respuesta. Estabas convencido de que el bueno, el que ganaba moralmente, era siempre el verdugo por llegar a la muerte arrastrado por el sufrimiento y la miseria personal. El verdugo era el que sufría, el que bebía en soledad, el que luchaba con su conciencia, el que metía en el maletín su destino... el héroe, Iván, el héroe...*

*Tú no sabes nada, prácticamente nada de quién fue José Monero. Murió en el año 85, cuando tú aún no habías nacido. Seguro que tiene que haber algún rastro. Seguro que sus cuatro hijos aún viven y pueden ofrecer el más preciado de los testimonios. Seguro que hay algún jubilado de la Audiencia de Sevilla que coincidió con él en sus años de ejercicio. Seguro...pero tú optaste por el camino fácil de las hemerotecas y los archivos. ¿Y presumes -presumías- de que estabas haciendo el verdadero periodismo?, ¿literatura de no ficción? Querías seguir los pasos de Javier Cercas en Soldados de Salamina. Nunca*

*me lo dijiste, pero yo sé que era así porque el libro estaba junto a los recortes y los despojos que ibas encontrando. Cercas sí que hizo periodismo, sí que hizo literatura. Todo surgió, como en tu historia, con una entrevista. Una entrevista a Rafael Sánchez Ferlosio, que lo introdujo de lleno en un bosque catalán que fue desbrozando hasta encontrar la historia de su padre. Viajó, preguntó, indagó, y en una incansable búsqueda en una guía de teléfonos encontró el eslabón perdido que le puso cara a cara con quien contuvo el gatillo para no matar a Sánchez Mazas. Tú no perseguiste el gran pez literario hasta el final, hasta alzarlo con la enorme caña y depositarlo en la cubierta de tu barco en señal de triunfo. Ese es el verdadero periodismo. Tu barco encalló porque no era fácil encontrar la ruta hasta llegar a tu verdugo. Y optaste por el cómodo cabotaje en las penínsulas cercanas: la vida de los verdugos coetáneos a José Monero, las mil y una formas de matar que ha depurado el hombre, las peripecias por la España del trile, el estraperlo y el hambre; e introdujiste tu vida como un elemento literario, como si a alguien, francamente, le importara si tú y yo hacíamos el amor por las tardes o por las madrugadas. Esa es la verdadera realidad, Iván.*

*Hay una tapia de silencio en torno a la vida de José Monero, pero algunos datos estaban latiendo en la superficie. Y no los encontraste. A veces pienso incluso que los obviaste para que no te estropearan una historia que ya habías construido con cascotes de realidad y de fantasía. Juan Eslava Galán entrevistó algunos años después de la muerte del verdugo a un amigo de José Monero, y al que era conserje de la Audiencia Provincial de Sevilla cuando se produjo el ajusticiamiento de Heinz Ches. Puedo asegurarte que hay datos que deberías conocer. Efectivamente, José Monero, tu verdugo, nació en el año 19, cuando acabó la Primera Guerra Mundial, y murió en noviembre de 1985 aquejado de una enfermedad en el hígado que le obligaba a tomar grandes dosis de bicarbonato. Tuvo cuatro hijos. O por ser más precisos, tres hijos y una hija. Nació en la trianera calle Castilla. Pasados los años pudieron emanciparse de la casa de los abuelos y se mudaron con la prole a la calle Troya, por lo que no me extraña que tu búsqueda en el barrio de las Candelarias fuera infructuosa. Su amigo describe al verdugo “recortaíto” de talla, con el pelo peinado hacia atrás, y más importante que su físico era su carácter: un “geniecillo” que lo llevaba a transitar de trabajo en trabajo sin que acabara de cuajar ninguno. Estuvo cinco años trabajando en una empresa aeronáutica remachando la*

*chapa de los aviones. Lo pusieron de patitas en la calle porque era un pícaro, un caradura. Estuvo enfermo con una gripe y extendió todo lo que pudo la ausencia al trabajo. Pero no creas que se quedaba en su casa. Se iba a ganar otro sueldo al bar de su hermano. Lo delató un obrero de la fábrica que llegó a tomarse un café y lo vio manos en la masa detrás del mostrador. Después pasó al Sanatorio de Miraflores. Le ayudó a entrar su suegra, que trabajaba en el servicio de limpieza. Estuvo trabajando de celador hasta que, en uno de sus arranques de ira, discutió con un enfermero y lo volvieron a despedir. Trabajó también de sereno, con una gorra de guardacoches y un palo dando vueltas al vecindario para hacer recados y abrirle la puerta a los que llegaban tarde. Cuando murió Bernardo Sánchez Bascuñana en 1972, optó al puesto de verdugo, sin que nadie haya dicho nunca que mostrara ningún tipo de culpa, de dolor o de arrepentimiento. Tras el ajusticiamiento de Heinz Ches siguió acudiendo a la Audiencia a cobrar mensualmente el sueldo, hasta que en el año 1977 le suprimieron la plaza de verdugo porque el Gobierno estaba en vísperas de abolir la pena de muerte. Le concedieron una indemnización y agotó sus últimos años como portero en un piso en una casa en Los Remedios, donde acudía también su mujer a trabajar de planchadora. Su amigo, con el que habló Juan Eslava Galán, se lo encontró el año antes de morir en la Semana Santa, con su nieto. Iba vestido de nazareno. Ya había arreglado los papeles de la jubilación, pero se lo llevó un cáncer en cinco meses.*

*¿Quieres saber, Iván, lo que pasó en las horas definitivas del 2 de marzo de 1974? Quien ha aportado más detalles es José Morillo, el conserje de la Audiencia de Sevilla, al que entrevistó Juan Eslava Galán un 7 de noviembre de 1989, a los cuatro años exactos de la muerte de tu verdugo; y dos años después de que el escritor jiennense saliera del anonimato de sus clases de Inglés en un instituto del Polígono de San Pablo al conseguir -por sorpresa- el Premio Planeta con *En Busca del Unicornio*. El presidente de la Audiencia llamó al conserje para que cogiera un coche y reclutara a José Monero porque el Consejo de Ministros había decidido ratificar la pena de muerte para Heinz Ches y Salvador Puig Antich. José Morillo llegó a su casa, tocó el timbre. El verdugo salió solo. El conserje le dio las instrucciones en un aparte porque no quería que su familia se enterara de lo que se estaba cocinando. Se subieron los dos en el coche y se dirigieron a la Audiencia provincial de Sevilla, que estaba donde está en estos momentos: en el Prado*

de San Sebastián. El conserje entró en el despacho del presidente, pero éste declinó que José Monero le acompañara. Dada la premura de tiempo y el largo viaje que tenían por delante, barajaron en un primer momento sacar dos billetes de avión: uno para el conserje y otro para el verdugo. El conserje se sacudió una responsabilidad que no le correspondía y finalmente optaron por la vía terrestre. Camino de Tarragona enfilaron dos policías de la secreta, un chófer y el verdugo. Se montaron en un Dodge ranchera matrícula de Sevilla, que era la misma marca de coche que llevaba Carrero Blanco cuando lo mataron en un sonado atentado un año antes. El verdugo no sabía ni cómo funcionaba el garrote vil porque era la primera vez que lo veía en su vida. Lo tanteó, lo escrutó y lo metió en el maletero liado en un saco. El viaje lo hicieron directamente, sin paradas. Desde Sevilla a Tarragona porque corrían el riesgo de no llegar a tiempo de la ejecución.

Alcanzaron la cárcel catalana a las tres y media de la madrugada. Así lo relató el abogado defensor de Heinz Ches. El Dodge lo aparcaron en la acera, junto a la prisión. José Monero entró en la sala donde estaban reunido el personal de la cárcel y las fuerzas de seguridad: “Soy el ejecutor de Sevilla y necesito a tres o cuatro hombres para hacer unas prácticas”. Lo acompañó un militar y estuvieron preparando la ejecución. José Monero pidió a dos hombres para que se pusieran delante del reo cuando accionara el garrote y lo sujetaran para que no pudiera moverse. Ningún funcionario de prisiones quiso prestarse a ese cometido, por lo que tuvo que resolverse por designación obligatoria. En ese momento en el que el verdugo estaba atareado en los preparativos de su primera ejecución, Heinz Ches seguía jugando al parchís con un sacerdote y un pastor evangélico, bebiendo sorbos de moscatel y demostrando una templanza que asombró a todos los que le rodearon en esas horas de vísperas. José Monero tampoco estaba nervioso. Al abogado defensor del reo en trámite de morir no le pareció que lo estuviera. El que estaba más afectado era el médico militar al que le tocaba actuar como forense. Le prendió un brote de gastritis. Hubo dos tentativas de agarrotamiento. Falló la primera. Eran poco más de las nueve de la mañana y a Heinz Ches le sorprendió que ese día no tocaran diana al alba. Era una señal de respeto al reo que iba a morir. El segundo intento fue el definitivo.

*El propio José Monero le contó al conserje a su vuelta de Tarragona que Heinz Ches tenía un cuello muy delgado “y aquello no cogía bien”. Tuvo que desmontar el garrote y ponerlo en el suelo. Le lio en la argolla un trozo de manta y de saco. Lo ató bien para que estrechara y así poder percutir eficazmente el tornillo que mandaba la manivela. El arreglo surtió efecto. José Monero, tu verdugo, tuvo la bajeza de tomarse a chacota aquellos instantes de miseria y podredumbre. Así se lo contó al conserje: “Tenía el gachó el pescuezo delgado, pero luego era un tío fuerte, que si lo sueltan allí, me come”.*

*A la vuelta de Tarragona sí pararon en una fonda para hacer más liviano el viaje. Ya no había prisa. La mezquina misión estaba cumplida. José Monero se presentó de nuevo en la Audiencia de Sevilla. El presidente evitó otra vez recibirlo. Lo mandó a su casa con la encomienda de que volviera en unos días con el garrote engrasado y limpio. Eso sabes bien que no ocurrió. El garrote sigue en un armario del sótano de la sede de Justicia con el mismo saco y las mismas cuerdas que tuvo que improvisar el verdugo para partirle el cuello a Heinz Ches. El conserje lo definió como un tipo despierto, abierto y simpático y con ninguna carga de conciencia. Una vez le escuchó decir: “A mí que me los pongan, que yo aprieto y me da igual hacérselo a uno que a un ciento. El que la hace, que la pague”.*

*Aquí está la historia, Iván. Es la única historia que se conoce. El resto es fruto de la fábula o de la imaginación. De tu imaginación. Como ves, no hay ni un pequeño rastro de heroicidad y, lo que es más grave, ni un destello de literatura. José Monero era lo que eran todos los demás a los que le has dedicado tanto esfuerzo: un “condottiero”, un mercenario, un asesino, que abandonó su moral para encontrarse con la muerte de otros a los que no miró ni siquiera a la cara. Piénsalo, Iván. Y no busques en más archivos porque va a ser en balde. La Ley de Patrimonio Histórico Español, en su artículo 57, blindó cincuenta años la custodia de documentos que contienen datos familiares y personales. Para algo ya ves que me sirven estas oposiciones de Administración General a las que le tienes tanto desprecio.*

*La literatura te ha alcoholizado. Y te ha cegado.*

*Buena suerte, Iván.*

*Hasta siempre.*

*Blanca.*

## **MEMORIA JUSTIFICATIVA.**

### **0.)UNAS NOTAS INICIALES.**

*El último verdugo de Sevilla*, la obra de creación que presento en este trabajo Fin de Máster, es, antes que nada, una deuda saldada a medias con el pasado. Todo ocurrió hace unos años cuando trabajaba para un periódico nacional con delegación en Andalucía. En una entrevista rutinaria con el que todavía es presidente de la Audiencia provincial de Sevilla, Damián Álvarez, me desveló que en el sótano de la sede judicial se encontraba el garrote vil con el que José Monero ajustició una mañana del 2 de marzo de 1974 en Tarragona a Heinz Ches, un ciudadano alemán que mató a tiros a un Guardia Civil. La revelación fue una llamada a la curiosidad periodística y el señuelo para un empeño mayor que superaba por supuesto el espacio de aquella entrevista. Tras algunas indagaciones, el trájín diario del periódico dejó aquel interesante tema en un breve reportaje que, ciertamente, pasó sin pena ni gloria. Sin embargo, desde aquel día siempre pensé que detrás del último verdugo de Sevilla existía una historia que merecía el esfuerzo de ser contada con mayor dedicación y amplitud. Era preciso indagar en la vida de un hombre que ajustició a una persona en su vida y que pensaba jubilarse de verdugo sin tener que usar el garrote vil porque el franquismo estaba orillando en sus últimos estertores la pena capital. O, al menos, esa era la versión oficial que había trascendido.

Con el afán de retomar el trabajo abandonado hace años comencé a escribir el *Último verdugo de Sevilla*, pero primero inicié una ardua labor de documentación que me llevó a la hemeroteca, al Archivo Histórico de Sevilla, la Chancillería de Granada, el Tribunal Superior de Justicia de Andalucía; y a entrevistarme con personas que habían trabajado durante años en la Audiencia como el secretario judicial y ex vocal del Consejo General del Poder Judicial Antonio Dorado. El resultado es la existencia de un muro de silencio sobre la vida de José Monero y sobre las horas decisivas en las que el verdugo recibe la orden de las autoridades y coge un coche -un Dodge ranchera- para enfilarse camino de la ciudad catalana con el cometido de ajusticiar al último reo de muerte, el mismo día que fue ejecutado el anarquista Salvador Puig Antich. *El último verdugo de Sevilla* es un reportaje de creación sobre la vida no sólo de José Monero, sino de la época

que le tocó vivir y de los últimos verdugos que existieron en España. Es un reportaje que trata de indagar en los motivos, las contradicciones y las peleas interiores de los que un día dan el paso para convertirse en funcionarios de la muerte. Y, a la vez, es una crítica ácida sobre la situación actual del periodismo, convertido en una fábrica de producción a gran escala en la que prima la cantidad sobre la calidad, la inmediatez sobre la profundidad y la reflexión. En definitiva, lo que modestamente he intentado es bucear en las motivaciones y las contradicciones de la generación de los últimos verdugos españoles, que es lo mismo que bucear en la propia naturaleza humana. Ryszard Kapuscinski en su autorretrato de reportero que es *El mundo de hoy* habla de “reportaje reflexivo” (2004: 69), que se propone “abarcar y ordenar la realidad” para “llegar hasta el fondo de las cosas” (2004:69). Esta máxima ha sido una guía para mí a lo largo de todo este reportaje.

La deuda, en cualquier caso, y como indicaba más arriba, está saldada a medias porque existe un interesante camino de investigación por delante que excede, obviamente, el tiempo con el que cuento en el Máster de Escritura Creativa. Javier Cercas estuvo años investigando sobre el intento de fusilamiento de Sánchez Mazas en un bosque de Collell hasta que escribió *Soldados de Salamina*, una obra redonda que parte de un hecho real y discurre victoriosamente por los raíles literarios. La consanguinidad de la literatura y el periodismo, del periodismo y la literatura de no ficción, esa relación poco pacífica y a la vez promiscua (por utilizar la terminología de Albert Chillón) la abordaremos a lo largo de esta memoria justificativa. No obstante, lo que sí quiero dejar claro es que *El último verdugo de Sevilla* tiene la vocación de ser el embrión de una obra mayor, que complete toda la curiosidad que despertó aquella entrevista rutinaria, hace ya bastantes años, con el presidente de la Audiencia provincial.

## **I.) PUNTO DE PARTIDA. OBJETIVOS Y FUNDAMENTOS.**

La obra de creación que hemos titulado *El último verdugo de Sevilla* tiene la forma de un diario dividido en dieciocho jornadas en el que un periodista se encuentra por azar con la historia de José Monero Renomo, el último verdugo que tuvo a sueldo la Audiencia provincial de Sevilla. Y va contando, a modo de confesión íntima, cuáles son los

descubrimientos en torno a este personaje, el desengaño con el periodismo y las cuitas personales con su pareja, que se llama Blanca.

A lo largo del relato hemos trabajado por tanto en dos planos distintos. Por un lado, la narración en primera y segunda persona, además de en tiempo presente, que se corresponde con el aquí y ahora del diario. Y, por otro, la historia de José Monero, el último verdugo de Sevilla, contada en tercera persona y en tiempo pasado desde la perspectiva actual. Podemos decir que en estos dos planos que mencionamos radica toda la arquitectura del relato puesto que en torno a ellos conviven paralelamente la esfera de la ficción (el tiempo presente del diario) y la de la realidad, o no ficción (la historia de José Monero y su contexto histórico). De hecho, todas las jornadas transitan de la narración en presente del diario a la historia del último verdugo de Sevilla contada a modo de reportaje en profundidad.

En este reportaje también hemos perseguido trabajar la oralidad en la narración aprovechando que el cauce elegido es la confesión a un tú ficticio a través de un diario. Un libro que nos ha servido, salvando las distancias, de cierta inspiración es *Las mil y una noches de Hortensia Romero*, con el que Fernando Quiñones fue finalista del Premio Planeta en 1979. El personaje principal de esta obra, “La Legionaria”, cuenta su vida y aventuras amorosas a través de distintas grabaciones de audio que Quiñones reproduce con una cuidada y divertida literalidad. Este relato no ejecuta la misma idea, pero sí ha servido de base para tratar de imprimir ritmo y vivacidad.

Hay otros libros que me han servido de modelo o de inspiración, pero me gustaría centrarme en dos. Por un lado, *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. Y, por otro, *Si una noche de invierno un viajero*, de Italo Calvino. En el caso de la obra de Cercas, el autor indaga igualmente en un hecho real -el frustrado fusilamiento de Sánchez Mazas- partiendo de una entrevista que tiene con el hijo del primero, Rafael Sánchez Ferlosio. En cuanto a la novela de Italo Calvino, conviven igualmente dos planos de narración, uno extradiegético -el relato marco- y otro intradieгético -los cuentos inacabados- entre los que se van tendiendo puentes y produciendo transiciones a lo largo de la obra. Hay, en definitiva, un relato primario y un relato secundario, por utilizar la terminología de Gerard Genette, tal y como explicaremos con más profundidad un poco más adelante basándonos en su obra *Nuevo discurso del relato*. Una obra que hemos usado como consulta habitual

para cuestiones específicas de narratología, a la que añadimos otras como *Análisis del discurso* de Brown y Yule; *Historia y discurso* de Seymour Chatman; *Narración y ficción* de Antonio Garrido; *Teoría y estética de la novela*, de Mijail Bajtin; o *Teoría de la literatura*, de Tomachevski.

En este punto es muy importante aclarar por qué estamos citando libros sobre teoría de la novela cuando hemos escrito un reportaje de creación, que pertenece al género periodístico y no, *stricto sensu*, al literario. Esta cuestión será objeto de mayor profundidad más adelante, pero es una cuestión clave que es mejor aclarar cuanto antes. La fortuna del periodismo de creación y, en concreto, del reportaje, se basa en gran medida en usar adecuadamente las herramientas de la literatura. No se trata ni mucho menos de una deducción propia, sino que existe un amplio desarrollo teórico sobre este asunto. En este sentido, nos parece muy oportuno lo que señala Rafael Yanes Mesa en su libro *Géneros periodísticos y géneros anexos* cuando señala que el reportaje “es un texto en el que se utilizan herramientas de la literatura para aportar información periodística construida en clave de novela” (2004: 207).

Erraríamos si identificáramos el reportaje simplemente con las publicaciones que aparecen en la prensa diaria y que tienen una extensión y unos márgenes limitados. El reportaje es mucho más complejo y tiene la virtud de recibir muchas aportaciones tanto de la literatura como de otros géneros periodísticos. El reportaje es, utilizando de nuevo la terminología de Albert Chillón, un autor que será de referencia constante en esta memoria, un “venero de todos los géneros y estilos” (Chillón, 2011:20) que tiene una profunda influencia:

Dicho sea sin ambages: aun cuando antaño muchos -entre los que me cuento- incurrimos en el error de detectar en el periodismo de nuestros días el recurso a técnicas de composición y estilo exclusivamente fraguadas en el yunque literario, hoy parece mucho más atinado observar que, con harta frecuencia, tales procedimientos y proceder es no pertenecen a la literatura de ficción ni a ninguna otra especie discursiva en concreto, sino más bien al feraz patrimonio de los relatos del mundo. Y asimismo que novelistas, cineastas y reporteros echan mano de ellos y los adaptan a sus respectivos medios, soportes, géneros e idiolectos, sin perjuicio de que ese trasplante engendre a su vez renuevos fecundos. (Chillón, 2011: 24)

En otra de sus obras, *Literatura y periodismo*, Albert Chillón compara incluso el reportaje con la novela por ser el género de mayor complejidad, el de la mayoría de edad del periodismo. Y lo hace teniendo en cuenta el concepto de novela polifónica que acuñó Mijaíl Bajtín.

El reportaje fue conformándose, pues, como una modalidad comunicativa generada en el seno de la cultura periodística, aunque desde sus orígenes heredó procedimientos y convenciones de representación -tanto orales como escritos- propios de la cultura anterior coetánea, así como también técnicas de colaboración y tratamiento de la información desarrollados por ciencias sociales como la antropología, la sociología, la psicología y la historia. De manera análoga a la novela, el reportaje se fue perfilando como el más rico y complejo de los géneros periodísticos; un género cuya característica más relevante era precisamente su diversidad funcional, temática, compositiva y estilística: se trataba de una modalidad comunicativa enormemente versátil, no sometida a pautas de escritura fijas. (Chillón, 1999: 178)

Esta observación de Albert Chillón es una de las más acertadas que hemos encontrado para poner cierta paz en el terreno nada pacífico entre el periodismo y la literatura, entre el reportaje y la novela, dos géneros que incluso se han ido enriqueciendo mutuamente a lo largo de una larga historia.

Desarrollada durante los últimos ciento cincuenta años, la historia del reportaje discurre paralelamente a la de la novela moderna: sus mejores expresiones han recibido la influencia de este género omnipresente. Pero es menester tener en cuenta que la influencia ha sido recíproca. Cuesta imaginar qué habría sido del realismo novelístico moderno sin el reportaje periodístico, qué habría escrito Daniel Defoe, Charles Dickens, Josep Pla, James Agee, Ernest Hemingway o John Dos Passos si no hubiesen podido aprender la artesanía y el arte de la escritura mediante el ejercicio crítico y creativo del periodismo. (Chillón, 1999: 181)

Por tanto, y aunque profundizaremos en este aspecto por ser una de las cuestiones medulares de la memoria, queda sentado de inicio por qué vamos a aludir tanto a técnicas y herramientas de la narratología como del periodismo; tanto de la novela, como del reportaje. De no ser así, nos enfrentaríamos a un análisis de vuelo corto, incapaz de

explicar la complejidad del género que hemos elegido a sabiendas de su complejidad, dicho sea de paso. De hecho, toda esta discusión teórica tiene una gran presencia en la obra, especialmente en la carta final de Blanca en el capítulo dieciocho, cuando le reprocha a su pareja, Iván, el periodista que está investigando sobre el último verdugo de Sevilla, que nadie le va a editar una obra que es un “injerto de periodismo y literatura” y, por tanto, los diarios que está escribiendo están condenados al fracaso. Hay, asimismo, una discusión más profunda entre ambos que es también una discusión teórica acerca del periodismo de no ficción, que será objeto de análisis. Blanca le reprocha en ese alegato final, que supone la ruptura entre ambos, que ha mezclado realidad y ficción, aunque ciertamente hemos tratado de mantener estos dos planos perfectamente diferenciados como ya se ha explicado. La relación entre Iván y Blanca pertenece al mundo de la ficción; sin embargo, cada dato sobre José Monero, el verdugo de la Audiencia provincial; el oficio de los ejecutores de sentencias; o el contexto histórico del Franquismo está fielmente documentado.

Por otra parte, hay un aspecto que nos parece importante y que hemos tratado de tener siempre presente: el conflicto. El conflicto exterior o interno, entre los personajes o de los personajes consigo mismos. Es el conflicto de Iván con su pareja Blanca, el conflicto interior de los verdugos. En suma, el conflicto que desarrolla Aristóteles en su *Poética*, acompañado de “un lenguaje sazonado” (Aristóteles, 2011: 47).

## **II.) ESTRUCTURA y CONTENIDO DE LA COMPOSICIÓN.**

El reportaje, tal y como hemos indicado, se estructura a modo de diario en dieciocho jornadas. No quiere esto decir que el tiempo de la narración transcurra en dieciocho días, sino que hay dieciocho momentos distintos en los que el protagonista principal cuenta sus impresiones y avances sobre la historia de José Monero. Partimos de una estructura clásica en la que podemos distinguir un planteamiento, un nudo y un desenlace. El planteamiento o marco abarca de las jornadas uno a la cuatro, en las que el lector asiste al descubrimiento inicial que da pie a la investigación sobre el último verdugo de Sevilla, al tiempo que son presentados los principales personajes de la historia: Iván, Blanca, José Monero y el ajusticiado Heinz Ches.

Por su parte, el nudo o complicación abarca de la jornada cinco a la diecisiete, en la que asistimos a los problemas que sufre Iván para investigar sobre la vida de José Monero, al tiempo que van apareciendo otros temas muy importantes en el reportaje como el conflicto moral de los verdugos, su extracción social, el carácter público de la muerte, el perfeccionamiento de las ejecuciones a lo largo de la historia, y por supuesto, la crítica al periodismo de urgencia que le lleva a Iván a la frustración.

El desenlace o resolución se produce en la jornada decimoctava y última, en la que Iván encuentra en su casa una carta que le ha dejado Blanca y en la que explica no sólo los motivos de la ruptura, sino que desvela que ella también ha estado investigando sobre la vida de José Monero y muestra detalles importantes de la historia no conocidos hasta ese momento. La carta final de Blanca es un ajuste final de cuentas con Iván, al que ha “alcoholizado” y “cegado” la literatura, y por eso ha perdido su trabajo en el periódico en el que trabajaba. Blanca, a diferencia del personaje protagonista, no percibe ningún tipo de arrepentimiento ni de conflicto interior en José Monero ni en ninguno de los verdugos. Para ella, se trata de simples asesinos a sueldo que han optado por el camino más cómodo de sobrevivir con un puesto fijo de funcionarios de la muerte. Además, han podido viajar por España en billetes de primera y disfrutar de regalías que nunca hubieran estado a su alcance si hubieran optado por rechazar el puesto de verdugo.

En función de los distintos modelos de estructura narrativa que apliquemos podemos usar una terminología u otra. En este sentido, si nos ceñimos al modelo narrativo de Stein y Trabasso, que se basa en la *Morfología del cuento* de Propp, podemos distinguir entre ambiente, estructura y resolución. Si atendemos a una disposición más lineal como es el modelo de Jean Michel Adam, nos encontramos con elementos (situación inicial, reacción y situación final) que con mayor nivel de concreción se anclan igualmente en la misma estructura tripartita.

No es nuestro propósito hacer un desarrollo extenso de los elementos de la narración. Pero sí es oportuno hacer una breve incursión en este asunto para dejar claro algunos elementos estructuradores de este relato. En este sentido, Tomachevski marca la diferencia entre trama, tema y motivo. “La distribución, la estructuración literaria de los acontecimientos en la obra se llama trama” (Tomachevski, 1982: 185). En nuestro caso la trama es cómo contamos el relato que nos ocupa que hemos titulado *El último verdugo*

*de Sevilla*, mientras que tenemos un tema principal del relato (las circunstancias personales que llevan a una persona a decidir ser verdugo) y una serie de motivos, entre los que distinguimos algunos como la decadencia del periodismo, la ocultación de la personalidad de Heinz Ches o el choque entre el pragmatismo y la aventura que encarnan el periodista que escribe el diario y su pareja, ex periodista que está preparando oposiciones a administración general.

Lo que queremos señalar, en definitiva, es que nos encontramos con un tema principal y otros temas secundarios que orbitan en torno a los dos planos de narración que ya hemos apuntado: la escritura del diario y la historia del último verdugo de Sevilla. Nos parece en este sentido muy acertado usar la terminología de Chatman, por ser muy gráfica, que habla de núcleo y satélites.

Los sucesos narrativos no sólo tienen una lógica de conexión, sino también una lógica de jerarquía: algunos son más importantes que otros. En la narrativa clásica sólo los sucesos de gran importancia forman parte de la cadena o armazón de la contingencia, los sucesos secundarios tienen una estructura diferente. Según Barthes, cada uno de esos sucesos de gran importancia, que llamaré núcleo traduciendo su “noyau”, forma parte del código hermenéutico y hace avanzar la trama al plantear y resolver cuestiones. (Ver Chatman, 1990: 56)

Siguiendo igualmente a Chatman, hay otro elemento de la estructura de nuestro reportaje que nos parece oportuno destacar. Este autor en su obra *Historia y discurso* desarrolla conceptos como suspense, sorpresa o incertidumbre que son los pilares sobre los que se alza cualquier obra y a través de los cuales se consigue atraer la atención del lector. Ya hemos señalado que el reportaje que nos ocupa tiene forma de diario dividido en dieciocho jornadas en las que el protagonista cuenta sus avances sobre la historia del último verdugo de Sevilla. Es la propia estructura de diario la que va en sí misma generando el suspense de los descubrimientos sobre la investigación:

Otra característica importante: al contrario de los auténticos narradores, el corresponsal o escritor de diario no puede saber cómo van a terminar las cosas, ni puede saber si algo es o no importante, sólo puede relatar el pasado de la historia, no el futuro, sólo puede tener temores o hacer predicciones. El suspense se deriva de nuestra curiosidad por saber si sus esperanzas o sus temores se van a materializar. (Chatman, 1990: 183)

Esto es lo que hemos intentado en definitiva al usar el diario como elemento de la trama de este reportaje (volviendo a Tomachevski). Siempre buscando que el relato tenga agilidad, vivacidad y cree una cierta atmósfera de suspense que capte la atención del lector, que es, al fin y al cabo, la gran conquista de quien se dirige a otro para contar una historia.

Esta estructura del reportaje provoca que el verdadero momento climático - siguiendo la terminología que expresa Freytag en su pirámide- se produzca en la última jornada, cuando Blanca deja en el jardín de la casa la carta de despedida a Iván. No obstante, podemos distinguir algunos elementos de esa pirámide de Freytag como el incidente incitador, que es la entrevista con el presidente de la Audiencia de Sevilla, que ejerce de motor inicial del reportaje. A partir de ahí la narración va creciendo con nuevos avances sobre la vida de José Monero Renomo y de otros verdugos hasta llegar al final.

Freytag se basó en la estructura del drama para diseñar su pirámide. Y, ciertamente, hay muchos vasos comunicantes entre el drama y la novela; o, para ser más precisos, entre el drama, la novela y el género periodístico. En este sentido, Suárez Sián aporta una idea aplicada a los medios audiovisuales y que nos parece interesante por su relación con lo que estamos exponiendo. Asegura que “el estancamiento de los hechos produce una ansiedad capaz de defraudar a cualquier espectador” (Suárez, 2007: 21). El peor enemigo para un espectador, para un lector, es la triple R (redundancia, retórica y regodeo). Es lo que hemos tratado de evitar en todo momento.

Es muy interesante, asimismo, la observación de Roberto Herrscher, en su libro *Periodismo narrativo*, sobre la estructura común de novelas de no ficción que se basan en la investigación. En el análisis de *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, señala lo siguiente:

El libro está muy sabia y astutamente estructurado. No encontré ningún texto ni ninguna entrevista en que Cercas mencione a Rodolfo Walsh, pero la estructura es idéntica a *Operación Masacre*: una primera parte en que el investigador se encuentra con un hecho insólito, que no encaja (en ambos casos es un fusilado que sobrevive), comienza a entrevistar a testigos y rebuscar en archivos, hasta que parece que da con la clave. Luego, una parte central donde cuenta a partir de lo que descubrió una plausible historia de los

hechos. Y en una tercera, vuelve el personaje del investigador a atar los cabos sueltos, a sacar conclusiones de sus descubrimientos y a discutir con el lector sobre las implicaciones de su largo camino hasta descubrir la verdad. (Herrscher, 2012: 302)

En el reportaje *El último verdugo de Sevilla* hay diferencias con esta estructura, pero también grandes analogías que hemos descubierto en el análisis teórico posterior para fundamentar esta memoria. Tenemos una estructura tripartita que se basa en un planteamiento, nudo y desenlace. E, igualmente, el investigador (el periodista Iván) encuentra un “hecho insólito” que le mueve para seguir buscando en archivos y entrevistándose con fuentes. En el reportaje que estamos analizando, los últimos cabos sueltos los ata Blanca en la carta final en la que no sólo contrapone su criterio periodístico y moral al de Iván, sino que revela, a través de varias entrevistas que hizo años antes Juan Eslava Galán, detalles sobre la vida de José Monero y el viaje del verdugo a Tarragona para ajusticiar a Heinz Ches que no habían trascendido en el reportaje.

Merece la pena abundar un poco más en el planteamiento que hace Roberto Herrscher en su obra *Periodismo narrativo* por las analogías que pueden trazarse con el reportaje objeto de análisis:

Hay una obvia diferencia, por supuesto: el extraordinario libro de Cercas es una novela. Con sus grandes conocimientos de literatura pero también de cómo es una investigación periodística, en esta ficción se usan los pasos, los códigos y hasta el vocabulario del relato de periodismo de investigación para contar una resolución del enigma que no es tal en la realidad, sino en la imaginación del autor. Así como las novelas de detectives usan la forma de trabajar de un detective de verdad para urdir sus tramas, en ésta un periodista de ficción llega al fondo de un caso. Pero el caso no es de ficción: es cierto. (Herrscher, 2012: 302)

Salvando todas las distancias, en *El último verdugo de Sevilla* también encontramos un periodista de ficción (Iván) que quiere llegar al fondo de un caso que es real: el ajusticiamiento del alemán Heinz Ches por parte del verdugo José Monero Renomo la mañana del dos de marzo de 1974, el mismo día y con pocos minutos de diferencia que ajusticiaron a Salvador Puig Antich.

### **III.) TÉCNICAS Y ESTILOS ENSAYADOS**

En un apartado anterior hemos tratado de marcar, al menos, el punto de inicio de la propuesta que hemos intentado llevar a cabo en *El último verdugo de Sevilla* para evitar interpretaciones erróneas o que pueda dar lugar a equívocos. Hablamos de un reportaje de creación que, por su propia naturaleza, al tratarse de un género complejo y que recibe múltiples aportaciones, se vale de muchas de las herramientas de la literatura. No estamos, por tanto, ante una novela -es importante volver a subrayarlo- pero sí ante un reportaje de larga extensión que se enriquece con muchos de los recursos que podemos encontrar en la novela. De hecho, es fácil encontrar en este reportaje rastros de la crónica, de la entrevista, de género epistolar y, por supuesto, de confesiones o de diario íntimo, puesto que es el personaje protagonista, Iván, el que va contando a un tú imaginario e inexistente -repite en varias ocasiones que escribe en el agua, como en el epitafio de Keats- sus avances en la investigación sobre José Monero, su desengaño con el periodismo o su enfrentamiento con su pareja, Blanca.

Es útil detenernos en estas aportaciones de otros géneros porque así podremos entender mejor la naturaleza del reportaje. El diario íntimo, como decíamos, está muy presente. Y es necesario destacar que este género es uno de los muchos que acaba abrazando el reportaje:

Durante las primeras décadas del siglo XX, la antigua tradición autobiográfica -heredada de las confesiones de san Agustín y de Rousseau- recibió un notorio impulso, y al mismo tiempo produjo piezas que, en todo o en parte, se acercaban a la vocación documental de la crónica y del reportaje. Pienso, por ejemplo, aparte de las piezas clásicas de Johan Stuart Mill (*Autobiography*, 1873) o Henri Adams (*The education of Henry Adams*, 1918), en los libros de memorias de Ernest Hemingway (*Death in the Afternoon*, 1932; *Green Hill of Africa*, 1935; *A moveable feast*, 1964); Gertrude Stein (*The autobriography of Alice B. Tockas*, 1933), Johan Dos Pasos (*The best times: an informal memoir*, 1966), Rafael Cansinos-Assens (*La novela de un literato*); Ramón Gómez de la Serna (*Automoribundia*, 1948), Corpus Barga (*Los pasos contados*, 1963), Maxim Gorki (*Moi universitety*, 1923), Robert Graves (*Good-bye to all that*, 1929) y George Orwell (*Down and out in Paris and London*, 1933; *Homage to Catalonia*, 1938). (Chillón, 1999: 114).

La tradición del diario o la confesión es muy amplia. Como sigue recordando el profesor Albert Chillón traza un largo camino que pasa por *La Arboleda perdida* de Alberti, *Confesiones de una máscara* de Yukio Mishima o *Confieso que he vivido* del chileno Pablo Neruda. Son solo algunos ejemplos de los centenares que podríamos traer a esta memoria. De hecho, es importante destacar la relación que existe con el periodismo, en tanto que “la eclosión del diario íntimo a finales del siglo coincidió aproximadamente con la del periódico de masas” (Chillón, 1999, 116).

En la misma línea, el profesor Albert Chillón señala que:

La novela realista no fue el único género que contribuyó a la conformación del periodismo literario -si bien fue, sin duda, el que brindó la aportación más importante. También pusieron de su parte otros géneros literarios de carácter testimonial -diario, relato de viajes, ensayo, prosa de costumbres, memorialismo, biografía, literatura epistolar, etcétera- así como algunas modalidades de escritura documental -historias de vidas, historia oral- cultivadas por ciencias sociales como la sociología, la antropología, la psicología y la historia. Y en último, pero no menos importante lugar, a todas estas influencias habría que sumar la que el nuevo arte cinematográfico ejerció sobre los periodistas y novelistas de la época. (Chillón, 1999: 108)

Albert Chillón destaca precisamente el impulso que estos diarios íntimos han tenido a través de las confesiones de San Agustín y Rousseau, pasando por la influencia de Tomas de Quincey o las confesiones de Baudelaire, quien, como autor plenamente moderno, “sufre las palpitations de la nueva sociedad urbana e industrial, las derivas y el *spleen* del individuo aislado en medio de la multitud” (Chillón, 1999: 112).

Asimismo, en *El último verdugo de Sevilla* está presente el género de entrevista, que aparece tanto en estilo directo como indirecto, así como la crónica. Respecto a la crónica es conveniente detenernos. Manuel Bernal señala en su obra *La crónica periodística* que este género es un paso adelante que conduce a la complejidad del reportaje, tendiendo un puente entre la literatura y el periodismo:

Ahora quiero referirme a un hecho que, a mi entender, no ha sido resaltado suficientemente: la crónica es, entre todos los géneros periodísticos informativos, el que más ha contribuido a mantener la conexión entre literatura y periodismo. Tanto que puede

ser considerada como el eslabón que ilustra el proceso evolutivo que lleva desde el terreno exclusivo de la literatura al de la pura información. Esa función, históricamente protagonizada por la crónica, aparece compartida, en el periodismo informativo actual, por el reportaje que, para Acosta Montoro es “esencia fundamental del periodismo moderno, aquello que devuelve a la literatura a su hegemonía”. (Bernal, 1997 :39)

Hay otro aspecto que merece la pena destacar de esta combinación entre los géneros periodísticos y la literatura y reside en la importancia que el autor le da al lenguaje. De hecho el profesor Gil González también lo destaca en su artículo “La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva” cuando defiende que:

A los rasgos ya apuntados, hay que añadir uno más y sin duda matizar otro. Del maridaje de la crónica con la literatura destacamos la pasión por la palabra que demuestra el cronista. Es un artesano que dibuja en letra impresa el suceso que está viendo, del que es testigo e incluso, en ocasiones, del que es partícipe. En la crónica novelística el lenguaje es un elemento esencial y no promocional. No es sólo un recurso retórico sino un modo distinto de enfrentarse a los hechos (Gil González, 2004: 29).

Con todos esos elementos, el reportaje, por tanto, aparece como un rompeolas de otros muchos géneros, tanto periodísticos como literarios que tiene como única limitación “la capacidad creativa de su autor” (Yanes, 2004: 1996). Este concepto amplio del reportaje, que encierra una gran libertad, es en el que nos hemos intentado mover. Y de ahí que tras algunas dudas iniciales y varios intentos que nos devolvieron a la casilla de salida, decidiéramos que este reportaje tuviera la forma de un diario íntimo dividido en jornadas, en las que el protagonista va contando a un tú inexistente -se lo cuenta realmente a sí mismo- su investigación sobre la vida de José Monero y el ajusticiamiento de Heinz Ches.

Después de consultar una amplia bibliografía sobre el reportaje, las obras de no ficción y las relaciones entre la literatura y el periodismo, la conclusión es doble. Por una parte, existe una difícil definición en torno al periodismo de creación; y, por otra, el enriquecimiento mutuo del periodismo y la literatura es innegable pese a que haya quien intente trazar lindes férreas para enclaustrar cada uno de estos ámbitos.

En este sentido, Tom Wolfe, uno de los padres del nuevo periodismo norteamericano, asegura que su aspiración era precisamente que sus reportajes se leyeran igual que una novela:

El caso es que al comenzar los años sesenta un nuevo y curioso concepto, lo bastante vivo como para inflamar los egos, había empezado a invadir los diminutos confines de la esfera profesional del reportaje. Este descubrimiento, modesto al principio, humilde, de hecho respetuoso, podríamos decir, consistiría en hacer posible un periodismo que...se leyera igual que una novela. Igual que una novela, a ver si ustedes me entienden. Era la más sincera fórmula de homenaje a la novela y a esos gigantes, los novelistas, desde luego. (Wolfe, 2012: 18).

Esta corriente tiene un claro precedente en literatos españoles que a finales del XIX y principios del XX escriben habitualmente en periódicos como Azorín, Julio Camba o Gómez de la Serna. Y, por supuesto, prende definitivamente en los años sesenta en Estados Unidos. Se trata de periodistas que escalan posiciones desde la última esfera en una redacción que era entonces el reportero de calle. Ganan autoridad, máxima notoriedad y fortuna. Hablamos de Thomas B. Morgan, Brock Brower, Terry Southern y, sobre todo, Gay Talese, Norman Mailer, James Baldwin, Breslin, David Newman... Todos ellos frecuentaban, con largos reportajes, las páginas de *Esquire* o el *New Yorker*. No obstante, esta unión entre el periodismo y la literatura ya la habían intentado antes con éxito en España autores como Galdós y, sobre todo, Manuel Chaves Nogales, tal y como queda de manifiesto en obras como *A sangre y fuego*. Chaves Nogales es probablemente uno de los más claros -y preclaros- precursores del periodismo de creación en España. Un espejo en el que quiere mirarse el protagonista de *El último verdugo de Sevilla*. Por eso menciona al autor sevillano junto a Gay Talese en una de las jornadas en las que vierte una dura crítica contra la deriva actual del periodismo. Prueba, también, de la intertextualidad que recorre buena parte del reportaje.

Siguiendo con Tom Wolfe, el autor estadounidense asegura que lo que le fascinó era que tenía la posibilidad de “escribir artículos muy fieles a la realidad empleando técnicas habitualmente propias de la novela y el cuento” (Wolfe, 2012: 26). O, en palabras de Albert Chillón, el periodista de creación aprovecha todos esos resortes literarios:

Así, amén de constatar, pongamos por caso, el modo en que el gobierno del punto de vista, la construcción de los personajes o el empleo de los diversos procedimientos de

articulación del tiempo, espacio y causalidad narrativos acrisolados por los novelistas ha sido aprovechado por los más talentosos periodistas de nuestro tiempo, es imprescindible levantar acta del grado y los modos en que estos -sin lugar a duda, a mi juicio- han facilitado a su vez significativos aportes a los artistas del verbo. (Chillón, 2011: 22).

En la misma línea, Albert Chillón señala en *Periodismo informativo de creación*, obra escrita junto a Sebastián Bernal, que “el lenguaje específico y las técnicas narrativas utilizadas por los escritores han contribuido, en términos generales, a enriquecer a la prensa y a los propios periodistas” (Bernal y Chillón, 1985, 45). Ambos autores reafirman además el arranque de un tronco familiar común entre el periodista y el literato.

Una vez abordado el periodismo de creación como un género complejo que se da la mano con la literatura, estamos ya en disposición de entrar de lleno en otra parcela no menos problemática, que es el periodismo de no ficción. Siguiendo una definición amplia, podemos señalar que el reportaje que hemos titulado *El último verdugo de Sevilla* es una obra de no ficción, en tanto que reproduce hechos verosímiles que ocurrieron realmente y están documentados. Venimos insistiendo en que todos los datos relativos a José Monero, así como el resto de verdugos están basados en las indagaciones que hemos hecho y en aportaciones documentales. No obstante, no a todos convence el término de no ficción, que cobra especial relevancia después de la obra *A sangre fría* de Truman Capote. Una obra que tiene como motor narrativo la historia que Capote leyó una mañana del 16 de noviembre de 1959 cuando estaba ojeando como cada mañana el *New York Times* en un bar de Mahattan. Le llamó la atención una noticia en la página treinta y nueve, fechada en Holcomb, Kansas, que recogía lo siguiente: “Un rico agricultor, su esposa y dos hijos fueron encontrados hoy en su casa muertos a tiros. Les dispararon a quemarropa después de haberlos atado y amordazado”.

Lo que hizo Truman Capote fue, a través de una exhaustiva investigación y de múltiples entrevistas, recrear el crimen a través de los ojos de uno de los personajes. Hablamos, por tanto, de una novela y no de un reportaje como el que estamos analizando en la memoria. Pero, igualmente, hablamos de una novela de no ficción, un término también polémico que no está exento de detractores. Uno de los más combativos con este término es precisamente Albert Chillón, al que venimos citando de manera recurrente por ser autoridad en la materia:

En lo tocante al asunto que pretendemos aclarar, es preciso admitir sin más que a esta nueva luz la expresión “no ficción” revela su condición falaz. Al fragante equívoco que la popular dicotomía entre realidad y ficción alimenta se agrega ahora -menos **por** deducción que por mero contraste, insisto- un nuevo yerro de aún mayor alcance. Ya que si en el plano ontológico asumimos la premisa según la cual la dicción y su deriva ficcional forman parte íntima de los hechos y acciones que integran lo real, y si en el epistemológico hacemos nuestra proposición de que el discurso no puede en modo alguno reproducirlo sino apenas transubstanciarlo en signos, entonces deberemos negar sin titubeos que las especies veridicentes de este sean capaces de referir las cosas como son, y ello muy a pesar del ahínco con que la ideología periodística hegemónica –“facts are sacred, comments are free”- alienta superstición tamaña. (Chillón, 2011: 29).

Albert Chillón opta por el concepto “escritura facticia”. De hecho, así titula el artículo del libro que coordinan Ignacio Blanco Alfonso y Pilar Fernández Martínez. La apreciación de Chillón implica una argumentación en profundidad sobre el concepto de objetividad y subjetividad que desborda el espacio de esta memoria. Pero sí que es muy útil para ilustrar hasta qué punto hay que pisar firme -y con cautela- cuando tratamos de explicar, en los ámbitos periodístico y literario, los márgenes de la realidad y la ficción.

No obstante, nos acogemos a una observación del propio profesor Albert Chillón para seguir analizando este aspecto tan importante: “los relatos facticios tienen que ser verificables” (2011: 32). En este sentido, todos los datos sobre el último verdugo de Sevilla y el desarrollo histórico de la época y del resto de verdugos que desarrollamos en este reportaje son absolutamente verificables, siempre hay detrás una fuente documental. No obstante, para contarlos nos basamos de una herramienta literaria que es el diario íntimo que escribe un personaje de ficción: Iván. Podemos expresarlo también con las palabras de Roberto Herrscher en su obra *Periodismo Narrativo* cuando señala que la vida real es por encima de todo “inapelable” (Herrscher, 2012: 308).

Una vez que hemos abordado el periodismo de creación, es preciso desarrollar en este capítulo de la memoria otros apartados concretos que afectan más directamente al terreno de la literatura en sentido amplio y la narratología de forma más específica. Insistimos en que una de las grandes virtudes del reportaje es la de aprovechar las herramientas de la literatura y eso es precisamente lo que hemos intentado en *El último*

*verdugo de Sevilla*. Para facilitar la lectura y claridad de los mismos los vamos a dividir en los siguientes subapartados.

### **Niveles narrativos.**

Tal y como ya hemos señalado, a lo largo de este relato combinamos un relato marco del diario de un periodista, que se corresponde con el nivel extradiegético; y un relato interno sobre la vida del último verdugo de Sevilla, que corresponde con el nivel intradieético. Éste ha sido uno de los aspectos en los que hemos volcado más esfuerzo. En el nivel extradiegético reside la ficción -verosímil, pero ficción- mientras que en el nivel intradieético se encuentra la realidad de la historia de un personaje llamado José Monero Renomo y que fue el último verdugo a sueldo de la Audiencia de Sevilla, quien ejecutó a Heinz Ches en 1974.

En todas las jornadas, a través del plano de la ficción nos adentramos en el plano de la historia real. Son dos planos separados, pero no estancos, en tanto que el narrador del relato marco no desperdicia ninguna oportunidad para hacer comentarios sobre lo que está contando o introduce su punto de vista. Éste puede ser un ejemplo: “El azar es el que decide en la mayoría de los casos, el azar. De no haberse producido este cambio en los planes, José Monero (O José Monero Renomo) hubiera cumplido su sueño: jubilarse de matarife de la Audiencia sin tener que empuñar el arma homicida”.

Volvemos de nuevo a Genette para arrojar algo más de luz sobre estos dos planos narrativos. Y para esclarecer también la diferencia entre extradiegético y heterodieético, que no está exenta de complejidad puesto que “la cualidad de extradiegético, que es un hecho de nivel, y la de heterodieético, que es un hecho de relación (de persona)” (Genette, 1998: 57). O dicho de otro modo:

A la inversa, Sherezade es una narradora intradieética porque es, ya antes de abrir la boca, un personaje dentro de un relato que no es el suyo; pero, dado que no cuenta su propia historia, es al mismo tiempo, narradora heterodieética (Genette, 1998: 58)

En el relato que nos ocupa, como en *Las mil y una noches*, tenemos un personaje protagonista que, a su vez, es la voz que cuenta la historia del verdugo. Sherezade le

cuenta la historia al sultán para evitar que la mate y nuestro protagonista se la cuenta a un tú ficticio al que se dirige en el diario.

En el relato primario, el periodista que escribe el diario pertenece al plano extradiegético y es un narrador homodiegético porque ejerce como personaje de la historia, como lo sería Lázaro de Tormes, por poner un ejemplo claramente identificable. En este relato primario, cuenta sus avances en la investigación, su visión del periodismo o los problemas que van surgiendo con su pareja. En el relato secundario -intradiegético, el periodista pasa a ser un narrador heterodiegético porque no forma parte de la historia como personaje, no la ha vivido. En este caso, los personajes principales son José Monero, el último verdugo de la Audiencia de Sevilla, y el ajusticiado Heinz Ches.

### **Focalización.**

La focalización, abundando con Gerard Genette, es “una restricción de campo” (Genette: 1998: 51) desde el que contamos la historia. Respecto al relato que hemos escrito, prima la focalización interna del personaje protagonista, el periodista que cuenta en su diario lo que le va ocurriendo y los avances de la historia que está investigando. Los hechos que conoce el lector son narrados desde su punto de vista y a través de sus propios comentarios. Así ocurre siempre que nos movemos en el relato primario, el relato marco que se corresponde con el nivel extradiegético.

Sin embargo, una vez que va fluyendo la historia del verdugo, el contexto histórico en el que se produjeron los hechos, y la narración toma cuerpo de reportaje en tercera persona, la focalización interna va teniendo tintes de focalización externa, es decir, desde una perspectiva más exterior, aunque alejada de lo que podríamos considerar una narración externa clásica como podría ser *El Jarama* de Sánchez Ferlosio o de algunos autores de narrativa norteamericana influidos por la narración cinematográfica. Los comentarios que hace el personaje protagonista sobre la historia de José Monero son los que ejercen de bisagra o de vaso comunicante entre el nivel extradiegético y el nivel intradiegético.

### **Narrador y narratario.**

Otro de los elementos que queremos subrayar es el narrador y narratario que nos encontramos en este relato. Es decir, quién escribe el relato y a quién se dirige. El narrador está claro desde el primer momento: el periodista que escribe la historia en un diario. En cuanto al narratario, encontramos un “tú” fingido, inexistente, al que se dirige el narrador con apelaciones directas y que tiene como fin acentuar la estructura de diario o de confesión. “Te cuento, en esta manía que ya he instaurado de contarte las cosas como si hubiera alguien al otro lado, como si me confesara en solitario. Digo yo que algún día alguien leerá esto. Y si no lo lee nadie, pues qué más da” (p.4).

Chatman, en *La estructura narrativa en la novela y en el cine*, distingue entre el autor implícito y el lector implícito, que son piezas intermedias entre el autor real y el lector real. No obstante, de todo este engranaje, el elemento que nos parece más interesante es el del narratario, que se acaba convirtiendo en un personaje más, pese a su inexistencia por las continuas alusiones. O al menos así lo hemos pretendido.

### **Personajes**

Nos parece oportuno partir de un concepto amplio de los personajes, más allá de las categorías actanciales que desarrolla Greimas. Volvemos de nuevo a Chatman:

Una teoría del personaje viable debería conservarse abierta y tratar a los personajes como seres autónomos y no como simples funciones de la trama. Debería mantener que el personaje es reconstruido por el público gracias a la evidencia declarada o implícita en una construcción original y comunicada por el discurso a través del medio que sea. (Chatman, 1990: 128)

El personaje protagonista del reportaje tiene oponentes claros, como su pareja (Blanca), que le pone problemas para seguir avanzando en la historia, o el director del periódico, que le apercibe igualmente por desatender su trabajo. Esta lucha de intereses es la que produce el conflicto del que hablamos más arriba citando a Aristóteles, y que nos parece una pieza esencial en cualquier narración. No obstante, la relación más interesante, en nuestra opinión, se produce en el relato secundario, en el nivel

intradiegético: entre el verdugo, José Monero Renomo, y Heinz Ches. A lo largo del relato se van desvelando las motivaciones de uno y otro, que acaban por clarificarse en la jornada final.

José Monero, el verdugo de Sevilla, y Heinz Ches, son los personajes más antagónicos puesto que el primero ejecuta al segundo. Sin embargo, esta relación no es tan sencilla o tan clara, de ahí que prefiramos huir de la rigidez de las categorías actanciales de Greimas. El verdugo de Sevilla y Heinz Ches son víctimas en ambos casos, según la opinión que intenta fundar el narrador del reportaje, de un régimen totalitario: José Monero del régimen Franquista y Heinz Ches del régimen comunista de la Alemania del Este. Así lo entiende Iván, aunque su pareja, Blanca, tiene una opinión diferente. A su vez, José Monero acude a la ejecución sin querer cumplir ese cometido que esperaba que nunca le iba a tocar desarrollar.

Esta constelación de sentimientos encontrados, de conflictos interiores -más allá de los externos-, es en definitiva el motor principal del reportaje.

### **Oralidad y estilo**

Otro de los elementos destacados de este relato, tal y como hemos señalado, es el trabajo de la oralidad. En ningún momento hemos pretendido reproducir literalmente un discurso oral, pero sí imitar algunos giros para aportar una mayor vivacidad y frescura, con el objetivo último de conseguir una narración más atractiva para el lector.

Guilliam Brown y George Yule hablan en ese sentido de “marcadores de interacción y articuladores discursivos” (Brown y Yule, 1993: 34). Son muchos los que encontramos a lo largo del relato, como repeticiones, frecuentes signos de exclamación, dudas, autocorrecciones propias del discurso oral, apelación directa al interlocutor o expresiones características igualmente del lenguaje oral. Podemos poner algunos ejemplos para que quede más claro. “Te cuento, en esta manía que ya he instaurado de contarte las cosas” (p.4), “el caso es que estaba ya en los tanteos finales con el presidente de los togados, hablando de las cosas intrascendentes que se hablan cuando tampoco se quiere decir nada” (p.4), “en los sótanos de la Audiencia hay un garrote vil. Qué yuyu” (p.5), “no me digas que esto no tiene más salsa que la pendencia judicial” (p.6). Hay otras

muchas expresiones que jalonan el relato con la intención que hemos indicado de aportar frescura y de acompañar de la forma más sutil posible los códigos del lenguaje oral en el lenguaje escrito.

Esto es una de las características fundamentales del estilo de este relato, y por eso precisamente hemos unido oralidad y estilo en este epígrafe. Lo que hemos buscado es el contraste en todos los planos. El contraste entre la ficción y la realidad; el contraste entre el verdugo y su víctima; y también el contraste entre el lenguaje oral y el lenguaje más formal. Conviven por tanto el estilo más sobrio (“antes, en su otra vida, antes de entrar en el cuerpo de verdugos en el año 72, con Franco dando las últimas boqueadas, parece que trabajó como vendedor de libros, una profesión con la que blanqueó su oficio homicida” (p.8); con el lenguaje más informal propio de la oralidad (“Va a ser verdad que el periodista es como un cazador de aguado. Vaya si es verdad, joder” (p.4).

En este sentido nos parece muy oportuna la reflexión que hace Bajtin en su *Teoría y estética de la novela*: “El estilo de la novela reside en la combinación de estilos; el lenguaje de la novela es el sistema de la lengua”. (Bajtin, 1989: 80). Si tenemos en cuenta la idea anteriormente desarrollada de que el reportaje y la novela son los géneros mayores y más elaborados del periodismo y la literatura, respectivamente, podemos entender mejor esta libertad a la hora de mezclar registros.

### **Espacio, tiempo y otros elementos**

Tenemos numerosos elementos de análisis que podemos abordar, pero nos hemos centrado en los que consideramos más importantes porque de lo contrario sería una tarea interminable.

No queremos pasar de largo el concepto del tiempo y espacio del relato, lo que Bajtin denominó el “cronotopo”. En cuanto al espacio, nos encontramos con emplazamientos reales fundamentalmente en Sevilla, como la hemeroteca que situamos en la calle Almirante Apodaca, pero también hay otros como Tarragona, donde acude José Monero para ajusticiar a Heinz Ches. En cualquier caso, el espacio no es un elemento distintivo de este relato. Hay más énfasis en la acción y los conflictos -externos y sobre todo internos- que en la recreación o descripción de espacios.

Respecto al tiempo, destacamos una cuestión interesante: el contraste entre el tiempo presente del diario, que aporta vivacidad; y la narración en pasado de unos hechos que ocurrieron hace más de cuarenta años, cuando el régimen de Franco estaba dando “las últimas boqueadas”. Por tanto, el relato marco en el que el periodista escribe el diario se correspondería con el momento actual, avanzado el siglo XXI. Un contraste más, de los muchos que hemos desarrollado a lo largo de este relato, que recurre repetidamente a lo que ocurrió en la jornada del dos de marzo de 1974.

Este reportaje, en definitiva, guarda relación con lo que Antonio Garrido denomina “ilusión biográfica” (Garrido, 2011: 102), un pacto con el lector a través de un diario dividido en dieciocho jornadas y en las que recreamos la vida del que fue el último verdugo de Sevilla, especialmente la mañana del dos de marzo de 1974 en la que José Monero ajustició a Heinz Ches. Ciertamente no inventamos nada nuevo. Esta narración, como ya hemos desarrollado, entronca con las cartas, las confesiones o los soliloquios. “Esa nueva actitud puede caracterizarse mediante el término de San Agustín “soliloquia”, es decir, conversaciones solitarias consigo mismo”. (Bajtin, 1989: 297). Nuestro protagonista no escribe para nadie, sino para él mismo, aunque dirigiendo toda la narración a un tú ficticio, inexistente, que le sirve de incentivo, es decir, de narratario e interlocutor. Sobre esta arquitectura narrativa se alza la historia de José Monero, el último verdugo de Sevilla.

Finalmente, es preciso destacar la importancia del perspectivismo en el reportaje. Es un aspecto más en el que el periodismo y la literatura trazan puentes. Cuando hablamos de perspectivismo, es fácil pensar en la obra cumbre de Cervantes y en la noción de novela polifónica de Bajtin, e incluso, en la obra filosófica de Ortega y Gasset. El perspectivismo permite al lector dudar y extraer sus propias conclusiones. Exige, en definitiva, un contraste de opiniones que es tan importante en el periodismo respecto de las fuentes que puede seleccionar el narrador. El perspectivismo lo vemos claramente ilustrado en la carta final de Blanca, en la que muestra su opinión contraria sobre buena parte de los planteamientos morales que adopta y defiende Iván en relación a José Monero y al resto de verdugos. Mientras Iván entiende que las penurias personales son las que abocan a los verdugos a dar el paso para ejecutar a reos de muerte, Blanca cree que simplemente se trata de una falta de valor. Salvando grandes distancias, hemos intentado el mismo efecto que Juan Mayorga en sus obras de teatro. Es el lector o el espectador el que decide en

función de los hechos planteados, nunca el autor, dando así gran libertad a los receptores, que con esta estrategia, también se convierten en protagonistas indirectos del reportaje, pues este no está completo, no sólo hasta que es leído, sino hasta que es completado con sus propias aportaciones personales. Una noción que explica muy bien Umberto Eco en *Obra abierta*, *Opera aperta* en el título original italiano.

#### **IV.) DIFICULTADES Y SOLUCIONES**

Las dificultades a la hora de realizar este relato se han centrado en varios aspectos. Uno de ellos es la documentación para narrar la historia del último verdugo de Sevilla. Fue necesario emprender una búsqueda en la hemeroteca sobre el ajusticiamiento de Heinz Ches y Salvador Puig Antich (*La Vanguardia*, *ABC*, *El Correo de Andalucía*) y fueron muy útiles algunos reportajes aparecidos en prensa. Citamos como ejemplos “Mi padre era verdugo”, publicado en *El País*; y “Georg Michael Welzel, el desconocido al que el franquismo ejecutó el mismo día que Puig Antich”, que escribió Marcel Beltrán en *Público*. Asimismo, películas como “El Verdugo” de Luis García Berlanga y sobre todo “Queridísimos verdugos”, un documental de Basilio Martín Patino con los tres últimos verdugos de la transición: Bernardo Sánchez Bascuñana (que le dio el relevo a José Monero Renomo); Vicente López Copete y Antonio López Sierra. Otros libros que nos han servido de documentación son: *No matarás*, de Salvador García Jiménez; *Verdugos y torturadores*, de Juan Eslava Galán; y *Los verdugos españoles*, de Daniel Sueiro.

Se da la circunstancia de que algunos libros que hemos usado para buscar información, como *Los verdugos españoles*, de Daniel Sueiro, están descatalogados y sólo algunas bibliotecas de Andalucía lo tienen. El libro de Sueiro lo encontramos en una biblioteca de El Puerto de Santa María, por lo que fue necesario requerir un préstamo interbibliotecario a través de la Biblioteca Infanta Elena de Sevilla.

El gran escollo del reportaje ha sido la ausencia de documentos y de testimonios acerca de la vida de José Monero Renomo. Las consultas al Archivo provincial de Sevilla, a la Chancillería de Granada o al Tribunal Superior de Justicia de Andalucía condujeron siempre a un muro de silencio que se transformó en muchos casos -es justo reconocerlo- en un muro de desánimo. Rondó en algunas ocasiones la sentencia de Roberto Herrscher, quien señala en su libro *Periodismo narrativo* que “cuando no hay suficiente información,

por más que rebusquemos, a veces debemos tomar la decisión de abandonar el terreno de la no ficción o de abandonar directamente el proyecto”. (Herrscher, 2012: 313). Sin embargo, el gran reto fue sobreponernos a esta falta de información y construir un reportaje no sólo sobre la historia de un verdugo, sino sobre la historia de los últimos verdugos y la situación del periodismo

Desde un punto de vista de la narración, la principal dificultad se centró en armonizar de forma coherente el plano de la ficción y el plano de la realidad, así como el lenguaje más informal propio de la oralidad que hemos comentado con un lenguaje más formal y cuidado, como se observa por ejemplo en la carta de Blanca. Encontrar el aristotélico punto medio de equilibrio no siempre ha sido fácil. Sin embargo, esta falta de información se convirtió precisamente en uno de los acicates principales de este reportaje que fuimos nutriendo con temas paralelos como la crítica al periodismo que es lo que nos proponíamos desde un primer momento.

Por otra parte, una tarea nada sencilla ha sido definir el punto de vista desde el que se contaba la historia. Es decir, contar la historia del último verdugo de Sevilla desde la visión del propio verdugo, en primera persona; o que lo narrara una tercera persona. Respecto a la primera opción realicé varios intentos teniendo como referencia fundamental *El túnel* de Ernesto Sábato. Me parecía muy interesante que el propio José Monero contara sus motivaciones, sus miedos, hasta llegar a la madrugada del 2 de marzo de 1974 en la que ejecutó a Heinz Ches, igual que Juan Pablo Castel cuenta el asesinato de María Iribarne. Respecto a la segunda, una de las obras que tenía como referencia principal era *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, en la que el escritor catalán cuenta el asesinato frustrado de Sánchez Mazas y cómo un militar retirado en un camping que baila el pasodoble *Suspiros de España*, le sirve de cierre final a su investigación.

Finalmente me decanté por que fuera un periodista, Iván, el que contara en un diario sus investigaciones sobre el último verdugo de Sevilla. Iván pertenece al mundo de la ficción y José Monero Renomo a una historia real que sigue estando preñada de silencio.

**A continuación, detallo la relación de periódicos consultados para la documentación del reportaje:**

-*ABC de Sevilla* del 1 de marzo, 2 de marzo, 3 de marzo y 5 de marzo de 1974

- El Correo de Andalucía* del 1 de marzo, 2 de marzo, 3 de marzo y 5 de marzo de 1974
- La Vanguardia* del 1 de marzo, 2 de marzo, 3 de marzo y 5 de marzo de 1974
- La Hoja del Lunes* del 4 de marzo de 1974.

## **V.) RESULTADOS**

Este reportaje ha sido el resultado de varias pruebas, con varios narradores y varios puntos de vista hasta encontrar la fórmula que pudiera conciliar los dos planos de narración a los que venimos haciendo referencia. La división en jornadas, así como el empleo del diario contribuyó finalmente a conseguir lo que estábamos persiguiendo.

No nos corresponde asegurar si el resultado es bueno o no, lo que sí podemos señalar es que responde a un proceso de maduración y de ensayo de distintas opciones hasta conseguir un relato que se ajusta a lo que estábamos buscando. La intención es que este reportaje de creación sea, tal y como indicamos en el inicio, el embrión de un proyecto mayor, para seguir indagando en la vida de José Monero, el último verdugo de Sevilla.

## **VI.) BIBLIOGRAFÍA CITADA.**

- ARISTÓTELES, *Poética*. Traducción, introducción y notas de Alicia Villar Lecumberri. Madrid, Alianza, 2011.
- BAJTIN, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Madrid, Taurus, 1989.
- BERNAL, Manuel. *La crónica periodística. Tres aproximadores a su estudio*. Sevilla, Padilla libros editores & librerías, 1997.
- BERNAL, Sebastián y CHILLÓN, Luis Albert. *Periodismo informativo de creación*. Barcelona, Editorial Mitre, 1985.
- BROWN, G. y YULE, G. *Análisis del discurso*. Madrid, Visor, 1993.
- CHATMAN, Seymour. Historia y discurso. *La estructura narrativa en la novela y en el cine*. Madrid, Taurus Humanidades, 1990.
- CHILLÓN, Luis Albert. *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1999.
- CHILLÓN, Luis Albert. “La escritura facticia”, 2011. En Ignacio Blanco y Pilar Fernández. *Entre la ficción y la realidad*. Madrid: Editorial Fragua, pp 20-32.
- ESLAVA, Juan. *Verdugos y torturadores*. Madrid, Temas de hoy, 1991.
- GARCÍA, Salvador. *No matarás*. Santa cruz de Tenerife, Melusina, 2010.
- GARCÍA, Salvador. *El último verdugo*. Valencia, Carena editors, 2009.
- GARRIDO, Antonio. *Narración y ficción. Literatura e invención de mundos*. Madrid, Iberoamericana, 2011
- GENETTE, Gérard. *Nuevo discurso del relato*. Madrid, Cátedra, 1998.
- GIL GONZÁLEZ, Juan Carlos. “La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo” en *Global Medial Journal*, México, Global Medial Journal Ediciones Iberoamericanas. Pág. 26-39. Ver en <https://rio.tamui.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1002&context=gmj> (consultado 4/11/21).
- HERRSCHER, Roberto. *Periodismo narrativo*. Barcelona, Periodismo activo 1, 2012.

- KAPUSCINSKI, Ryszard. *El mundo de hoy*. Barcelona, Anagrama, 2004.
- QUIÑONES, Fernando. *Las mil y una noches de Hortensia Romero*. Barcelona, Planeta, 1979.
- SUÁREZ SIÁN, Michel D. *Dramaturgia Audiovisual*. Sevilla, Comunicación Social, 2007.
- SUEIRO, Daniel. *Los verdugos españoles*. Barcelona, Alfaguara, 1971.
- TOMACHEVSKI, Boris. *Teoría de la literatura*. Madrid, Akal, 1982.
- YANES, Rafael. *Géneros periodísticos y géneros anexos*. Madrid, Editorial Fragua, 2004.
- WOLFE, Tom. *El nuevo periodismo*. Barcelona, Anagrama, 2012.